cool & lam

# LAS LECHUZAS LO VEN TODO

A. A. FAIR

El Barrio Francés de Nueva Orleans es un lugar un tanto caótico, donde el pasado parece estar presente donde no hay futuro, donde todo puede suceder. El camino desde Nueva York a Los Angeles y de Los Ángeles a Nueva Orleans es largo; pero una chica ha desaparecido, y un abogado de Nueva York quiere encontrarla rápidamente.

Donald Lam y Bertha fresca, siguen una ruta tortuosa, inmiscuyéndose en la vida privada de las personas que prefieren permanecer en el anonimato. Mientras tanto, Bertha descubre, como de costumbre, varias cosas: un cadáver en un apartamento, una pistola y recortes de periódicos ocultos detrás del cajón de un viejo escritorio; una niña de identidad incierta, una bailarina en un club nocturno que ha cometido el error de enamorarse, y, por último, una pista que conduce a un crimen pasado quedó impune.

A. A. Fair

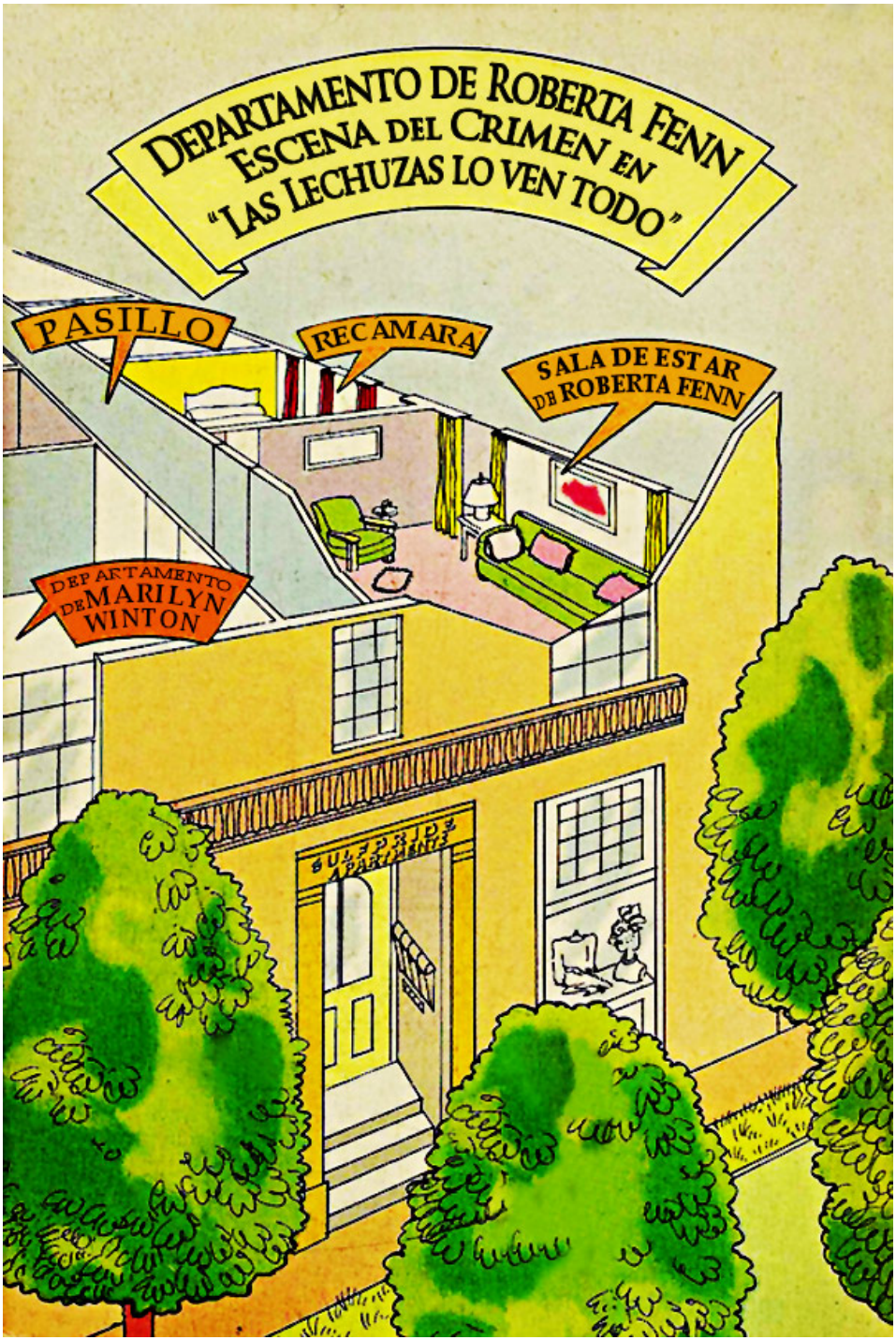
# Las lechuzas lo ven todo

## Cool & Lam-6

**ePub r1.2**
**fenikz** 25.12.14

Título original: *Owls Don't Blink*
A. A. Fair, 1942
Traducción: E. M. E.
Retoque de cubierta: fenikz
Ilustraciones: Mort Engle

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2


DEPARTAMENTO DE ROBERTA FENN
ESCENA DEL CRIMEN EN
"LAS LECHUZAS LO VEN TODO"
PASILLO
RECAMARA
SALA DE ESTAR DE ROBERTA FENN
DEPARTAMENTO DE MARILYN WINTON
GULFSIDE APARTMENTS

# Guía del lector

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.*

C. BISWILL (Herman): Abogado, gerente de la firma «Bienes Rox-berry».

BRAND (Elsie): Mecanógrafa de la agencia Cool.

COOL (Berta): Dueña de una agencia de detectives.

C. CRAIG (Howard): Tenedor de libros y hombre de confianza de Silas Roxberry.

CUTLER (Edna): Esposa divorciada de Marcos.

CUTLER (Marcos): Prestigioso financiero.

FENN (Roberta): Secretaria del gerente de un Banco.

GOLDRING: Al servicio de Marcos Cutler.

G. HALE (Emory): Abogado.

JOE: Camarero de este mismo club.

LAM (Donald): Socio de Berta en la empresa.

G. NOSTRANDER (Pablo): Joven abogado, asesinado.

PELLINGHAM: Teniente de Policía.

RONDLER (Peter): Sargento de Policía, de la Sección de Homicidios.

ROSALINDA: Compañera de la anterior en el citado local.

T. ROXBERRY (Silas): Acaudalado financiero.

C. SMITH (Archibald): Corredor de seguros.

WINTON (Marilyn): Empleada del Jack
O'Lantern
Club.

# capítulo primero

FUI despertado a las tres de la mañana por el ruido de la tapa de un cubo de basura que rodaba por la acera.

Un momento después se oyó la voz dura y aguda de una mujer que gritaba:

—*No voy a ir* con usted, *¿comprende?*

Me volví en la cama y traté de reintegrarme al olvido del sueño. Pero aquella voz aún zumbaba en mis oídos. No pude oír la del hombre con el cual discutía.

En el aire había pesadez de humedad. Estaba en un gran lecho con cuatro antiguas columnas colocado al fondo de una habitación de techo muy alto. Amplias ventanas francesas se abrían sobre un balcón con baranda de hierro. Éste sobresalía sobre la acera. Del otro lado de la calle estaba el Jack
O'Leary's
Bar.

Traté de cerrar las ventanas, pero la atmósfera se volvió pesada y sofocante; entonces volví a abrirlas, dejando entrar por ellas todos los ruidos de aquel barrio francés de Nueva Orleans.

No oí más aquella voz y me quedé dormido.

Pasado un rato se oyó un nuevo barullo. Alguien tocaba la bocina de un automóvil. Un momento después otra se agregaba al concierto.

Puse mis pies en las zapatillas, me levanté y fui hasta la abierta ventana mirando desde allí el
O'Leary's
.

Algún fanfarrón había ido a buscar el coche volviendo a recoger al resto de la compañía. Apoyaba la mano sobre la bocina y luego repetía la llamada varias veces para que sus amigos (y el resto del

mundo) se enteraran de su presencia. Mientras él obstruía el camino, otro coche quería pasar y luego otro, hasta que la calle se llenó con aquel repetido clamor. Como los que venían atrás demostraban su impaciencia, él trataba de dar prisa a sus amigos apretando la palma de su mano sobre la bocina sin retirarla. Y los demás empezaron a demostrar su descontento de la misma manera.

Era una calle que tenía una sola dirección y en la cual se permitía estacionar a los coches a ambos lados, quedando solo en el centro un angosto camino para el tránsito. Éste estaba ahora todo congestionado y el clamor de las bocinas era atronador.

Tres personas salieron del
O'Leary's
; un hombre alto y desgarbado, vestido de etiqueta, y que no parecía estar muy apresurado, y dos muchachas con largos vestidos que rozaban la acera. Éstas hablaban al mismo tiempo mientras se volvían mirando hacia el iluminado bar.

El hombre saludó con la mano al conductor del automóvil.

Las bocinas seguían su cacofonía. Cruzando perezosamente la acera se detuvo delante de la puerta del auto, abriéndola con galantería. Mientras una de las jóvenes se acercaba, la otra se volvió hacia el bar. Un hombre gordo, con traje de calle y sosteniendo un vaso de cerveza en la mano, salió a hablar con ella.

Las dos personas causantes de aquel alboroto parecían no darse cuenta de ello. Mientras conversaban animadamente, el hombre sacó un lápiz y una libreta de su bolsillo, luego miró a su alrededor buscando dónde dejar su vaso. Como no encontraba sitio trató de sostenerlo con la misma mano en que tenía la libreta mientras escribía.

Cuando terminó, la joven recogió sus largas faldas y subió al coche.

Se oyó el golpe de las portezuelas. Entonces el conductor pareció darse cuenta de la confusión que había producido en el tránsito y salió a toda velocidad con el escape libre.

El tránsito empezó a normalizarse.

Miré mi reloj de pulsera. Eran las tres y cuarenta y cinco.

Me quedé mirando por la ventana una media hora más, porque no sabía qué hacer. No podía volver a acostarme. Berta Cool debía llegar en el tren de las siete y media y le había dicho que iría a

esperarla.

Durante esta media hora estuve observando los diferentes grupos que salían del bar, adivinando de antemano los diferentes rumores que turbarían la silenciosa calle.

Allí estaban aquellos cuatro discutiendo en voz alta a qué otro sitio irían; generalmente, dos deseaban volver a su casa y los otros insistían en que entonces empezaba la velada.

Había gente que acababa de hacer relación en el bar, pero ahora se les ocurría tomar nota de sus nombres y direcciones, cuando se encontraban en la acera. Entonces el olvido era remediado con grandes risas y exclamaciones y alguna última pregunta recordada cuando ya los otros iban lejos, separados del resto.

Otros grupos protestaban… Mujeres que no deseaban compañía… Esposas que no querían regresar temprano al hogar… en fin, divergencia de opiniones.

En el bar había mucho bullicio y la gente que salía hablaba a gritos todavía, ensordecida por el ruido.

Siguiendo la costumbre de Nueva Orleans en el distrito francés, los cubos de basura son colocados al borde de la acera. Y los alegres trasnochadores consideran muy divertido quitarles las tapas de un puntapié y escuchar el ruido que hacen al rodar por la acera.

Aburrido de aquel espectáculo, me senté en una butaca dejando vagar mis ojos por la habitación.

Roberta Fenn había vivido en este mismo apartamento tres años antes. Lo había alquilado bajo un nombre supuesto y luego había desaparecido.

«Cool y Lam, Investigaciones Privadas», habían sido contratados para encontrarla.

Sentado en la sombra, traté de reconstruir la vida que debió llevar allí Roberta. Sin duda había oído los mismos ruidos que llegaban en ese momento por la ventana, había comido y bebido en algún bar de ésos, y luego ido alguna vez al
O’Leary’s
.

La pesada atmósfera tropical aumentaba el calor de la noche. Y me quedé dormido.

A las cinco y media me desperté lo suficiente para ir hasta la cama. Nunca había sentido tanto sueño. Los bulliciosos

noctámbulos se habían marchado a sus casas y la calle gozaba de un intervalo de tranquilidad.

Volví a dormirme y casi enseguida sonó el despertador.

¡Las seis y media!

Tenía que ir a la estación para recibir a Berta Cool, que llegaba a las siete y media.

# capítulo dos

ADIVINÉ que el hombre que venía con Berta Cool tenía que ser el abogado neoyorquino. Era un hombre alto y delgado, de unos cincuenta y tantos años y largos brazos. Parecía que su dentista había tratado de alargarle el rostro al hacerle la nueva dentadura.

Berta Cool se conservaba en sus ciento sesenta y cinco libras. Traía el viejo abrigo de piel que usaba para ir a pescar y su tostada piel contrastaba con sus cabellos grises.

Se me acercó caminando a grandes pasos, los que obligaban casi a correr al abogado neoyorquino para alcanzarla.

Me adelanté a saludarlos.

Berta me echó una rápida mirada con aquellos duros ojos grises, y dijo:

—Por Dios, Donald, tienes un aspecto que parece que hubieras estado borracho durante una semana.

—La culpa es del despertador.

Ella se burló.

—¡No te has levantado antes que yo…! Este señor es Emory Hale, Emory Gorland Hale, nuestro cliente.

—¿Cómo está usted, señor Hale? —dije.

Me miró y hubo una expresión de crítica en su rostro al darme la mano. Berta interpretó aquella impresión. La había visto antes en otros clientes.

—No se equivoque en lo que se refiere a Donald. Pesa ciento cuarenta libras con sus ropas, su cortaplumas y las llaves en el bolsillo, pero tiene un cerebro enorme y el arranque de un ejército.

Entonces Hale sonrió, y fue justo la clase de sonrisa que yo esperaba. Juntó con cuidado los dientes, entreabriendo los labios… tal vez era una costumbre, pero daba la impresión de que tuviera miedo de perder la dentadura.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Berta.

—En el hotel. He reservado habitaciones. La ciudad está llena de turistas; estamos en plena temporada.

—Muy bien —dijo Berta—. ¿Has descubierto algo, Donald?

—Según la carta aérea que me mandaste a la Florida, el señor Hale iba a darme unos datos para que yo iniciara mi trabajo.

—Así es —dijo Berta—. En esa carta te decía poco más o menos lo que él deseaba. Y hace tres días que estás aquí.

—Un día y dos noches.

Hale sonrió. Berta, no.

—Ya me doy cuenta —observó.

Un taxi nos llevó al hotel, un moderno hotel en la parte comercial de la ciudad. Era semejante al de media docena de grandes ciudades. Allí nada indicaba al romántico barrio francés, distante seis manzanas.

—¿Aquí se alojó la señorita Fenn? —preguntó Hale.

—No —dije—. Estuvo en el Monteleone.

—¿Cuánto tiempo?

—Alrededor de una semana.

—¿Y luego?

—Salió y… no volvió; se evaporó.

—¿No trajo su equipaje? —volvió a preguntar Hale.

—No.

—Sólo una semana —dijo—. No puedo creerlo.

Berta dijo:

—Tengo una cita con la bañera. Tú no te has desayunado, ¿no es cierto querido?

—No.

—¿No estás enfermo?

—No.

Hale dijo:

—Iré a mi habitación a quitarme el polvo. Creo que podré afeitarme mejor que esta mañana en el tren. Los veré… ¿a qué hora?

—De aquí a treinta minutos.

Hale asintió y se fue.

Berta se volvió hacia mí.

—¿Te reservas algo?

—Si.

—¿Por qué?

—Quiero saber algo más acerca de Hale antes de decirle nada.

—¿Por qué?

—No sé… una idea.

—¿Qué es lo que te reservas?

—Roberta Fenn estuvo en el Monteleone Hotel. Hizo una compra para que se la enviaran, un vestido que se había probado, y a cuenta de su importe entregó veinte dólares. Debía diez dólares más. El vestido llegó después que se había ido. Quedó allí una semana y el hotel lo devolvió al establecimiento. Esto figura en los libros.

—Bueno —dijo Berta con impaciencia—. Eso no nos dice nada.

—Tres o cuatro días después, el vestido fue reclamado. La señorita Fenn había llamado pidiendo que le mandaran el paquete a casa de Edna Cutler, en Saint Peter Street, donde ella dejaría el dinero.

—¿Quién era Edna Cutler? —preguntó Berta.

—Roberta Fenn.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo lo has descubierto?

—La mujer que le alquiló el apartamento identificó su fotografía.

—¿Por qué haría semejante cosa Roberta Fenn?

—No lo sé. Aquí hay algo más —dije abriendo mi cartera. Busqué un recorte de diario y se lo mostré a Berta.

—¿Qué es esto?

—Un anuncio personal que ha aparecido todos los días desde hace dos años.

—Léelo tú —me dijo ella—. Los anteojos los tengo en el bolso.

El anuncio decía así:

*Rob F. Por favor comunícate conmigo. No he dejado de amarte ni un solo minuto desde que te fuiste. Vuelve, querida, P. N.*

—¡Ha estado apareciendo desde hace dos años! —exclamó Berta.

—Sí.

—¿Tú crees que Rob. F. es Roberta Fenn?

—Podría serlo.

—¿Le diremos a Hale todo esto?

—Ahora no. Deja que él nos diga primero lo que sabe.

—¿Y tampoco le vas a decir nada de ese anuncio?

—Todavía no. ¿Le has sacado un cheque?

Los ojos de Berta brillaron indignados.

—¿Por quién me tomas? Naturalmente que me ha dado un cheque.

—Muy bien —dije—. Deja que sepamos primero qué es lo que él sabe y más tarde le diremos lo nuestro.

—¿Y el asunto del apartamento? ¿Podemos ir a verlo?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Sin despertar sospechas?

—Sí. Anoche dormí allí.

—¡Lo hiciste!

—Sí.

—¿Cómo arreglaste eso?

—Lo alquilé por una semana.

—El rostro de Berta se ensombreció.

—¡Dios mío, tú debes creer que la agencia fabrica el dinero! En cuanto me vuelvo de espaldas empiezas a derrocharlo. Podríamos haber ido allí mismo diciendo que deseábamos alquilarlo y…

—Lo sé —interrumpí—, pero yo quería recorrer aquel sitio con verdadero tesón y ver si no había algún rastro de lo sucedido.

—¿Encontraste algo?

—No.

Berta rió con ironía.

—Hubieras hecho mejor en instalarte aquí y dormir toda la noche. Muy bien. Al demonio con todo esto y deja que Berta vaya a bañarse. ¿Dónde comemos?

—Ya te indicaré un sitio. ¿Nunca has comido barquillos de pacana?

—¿De qué?

—Un barquillo de pacana.

—¡Santo Dios, no! Comeré las nueces como nueces y los barquillos como barquillos. Y voy a dejar este hotel y volverme al apartamento. Así no haré un gasto inútil. Cuando se trata de dinero tú…

Yo me metí por el corredor. La puerta al cerrarse cortó la frase.

# capítulo tres

HALE empujó su plato para despejar la mesa delante suyo.

—Voy a tomar el avión de las diez treinta para Nueva York. Así que hablaré mientras la señora termina sus barquillos… ¡Si es que no le molesta!

Berta, con la boca llena saboreando su segundo barquillo de pacana, le dijo:

—Adelante.

Hale levantó su maletín, se lo puso sobre las rodillas y lo abrió para poder sacar algo en cualquier momento.

—Roberta Fenn tenía veintidós años en mil novecientos treinta y nueve. Lo que quiere decir que ahora tiene poco más o menos veinticinco. Aquí tengo otras fotografías… creo que la señora Cool ya le mandó unas por correo aéreo, Lam.

—Sí, las tengo.

—Bueno, aquí hay otras que la muestran en diferentes poses. —Metió la mano en el maletín y sacando un paquete me lo dio—. Hay también una descripción más detallada. Altura, cinco pies, cuatro pulgadas; peso, ciento diez libras; cabello oscuro, ojos castaños, figura perfecta, dientes regulares, cutis color aceitunado, piel muy fina.

Berta Cool miró a la camarera y le hizo una seña.

—¿Quiere traerme otro barquillo de pacana? —dijo.

Entonces le pregunté:

—¿Estás tratando de que te queden bien los vestidos que tiraste el año pasado?

—Instantáneamente se volvió batalladora.

—¡Cállate! Creo que… —pero se dio cuenta que tenía delante un cliente de dinero y se guardó su enojo—. Yo sólo como una vez al día —le explicó a Hale con algo que parecía una sonrisa—. Por lo

general es al cenar, pero si almuerzo bien ceno poco y el resultado es el mismo.

Hale la miró.

—Usted tiene justo el peso que necesita para estar sana —le dijo —, es vigorosa y activa. Es en realidad sorprendente su energía.

—Vamos al asunto —dijo Berta—. Lamento que le hayamos interrumpido —y echándome una mirada agregó—: No he tirado ningún vestido. Los tengo guardados en un gran guardarropa de cedro.

Hale continuó:

—Bueno. Roberta tenía veintidós años cuando desapareció. Era modelo en una agencia de Nueva York. Posaba para cosas absurdas y de moda. Nunca consiguió hacer la propaganda de artículos conocidos. Sus piernas eran maravillosas. Trabajó mucho en medias… trajes de baño y ropa interior. Parece increíble que una muchacha que ha sido fotografiada tantas veces pueda desaparecer.

—La gente no mira la cara de las modelos de ropa interior —dijo Berta.

—Al parecer —prosiguió Hale— se trata de una desaparición voluntaria, aunque no sabemos la causa. Ninguno de sus amigos ha podido aclararlo. No tenía enemigos ni disgustos financieros, y hasta donde es posible asegurarlo, no había ninguna razón para que desapareciera así de pronto… Por lo menos ninguna de las razones habituales.

—¿Asuntos de amor? —pregunté.

—Parece que no. Esta joven era muy independiente. Le gustaba vivir su propia vida. Era tan reservada que sus amigas decían que ese mismo modo de ser le impedía tener confidentes. Era muy personal. Cuando salía con un hombre cada cual pagaba su parte como dos camaradas.

—Eso era llevar la independencia demasiado lejos —dijo Berta.

—¿Por qué la buscan ahora? —pregunté—. En otras palabras, ¿por qué han dejado ese caso en silencio durante tres años y de pronto mandan detectives a Nueva Orleans y recorren en avión todo el país y…?

Las dos hileras de dientes brillaron delante mío. Él asintió, sonriendo:

—Un joven muy astuto —le dijo a Berta—. Verdaderamente

bueno. ¿Se ha dado cuenta? Puso el dedo justo en la clave del asunto.

La camarera le trajo a Berta el plato con el barquillo. Ésta le puso encima mantequilla. La muchacha dijo:

—En este jarro hay nata batida, señora.

Berta inclinó la vasija sobre el barquillo.

—Tráigame otra tacita de café puro y traiga más nata —se volvió hacia Hale—. Ya le dije que era un tunante muy inteligente.

Hale asintió.

—Estoy muy satisfecho de haber elegido su agencia. Creo que llevarán este asunto con buen resultado.

—No quiero parecer insistente, señor Hale, pero…

Se echó a reír. Sus dientes se entreabrieron.

—Lo sé, lo sé —replicó—. Usted vuelve a la primera pregunta. Bueno, señor Lam, escuche. Nosotros la buscamos por una herencia. Siento no poderle dar más explicaciones. Yo trabajo para un cliente y debo seguir sus indicaciones. Preferiría que usted también siguiese mi ejemplo.

Berta hizo pasar un bocado de un barquillo y preguntó:

—¿Quiere decir usted que él no tiene que preocuparse en descubrir de qué se trata?

Hale contestó:

—Mi cliente procurará que ustedes reciban todos los datos necesarios, y además, como es él quien los ha contratado… bueno, sería muy desagradable que alguna de las partes se ofendiera.

Berta me hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Has comprendido, Donald? No vayas más lejos. Te dedicas al trabajo que tienes entre manos. Encontrar a esa joven Fenn sin preocuparte por saber quién la busca. Olvídate de los asuntos románticos.

Hale se volvió hacia mí para ver cómo tomaba esto y después miró a Berta.

—Eso está dicho más rudamente de lo que yo hubiera deseado, señora Cool.

—Ya lo sé. Usted habría soltado una gran palabrería para llegar a lo mismo. Basta con esto. Así no habrá malas interpretaciones. Detesto estar dando vueltas alrededor de un asunto.

Él sonrió.

—Usted es una mujer muy franca, señora Cool.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué otra cosa puede decirme de Roberta Fenn? —pregunté.

—Ya le di a la señora Cool todos los datos mientras estábamos en el tren.

—¿Parientes?

—No tenía ninguno.

—Sin embargo, usted la está buscando por un asunto de bienes.

Hale puso una de sus grandes manos sobre mi brazo con gesto paternal.

—Lam, creía haberme explicado bien claro sobre esto.

—Y lo ha hecho —murmuró Berta—. ¿Quiere usted informes diarios sobre la marcha el asunto?

—Sí, me agradaría.

—¿Dónde estará?

—En mi despacho de Nueva York.

—Supóngase que la encontramos. ¿Y después?

—Francamente —dijo Hale—, dudo del resultado. Es un rastro ya borrado y un rudo trabajo. Si la encuentran… estaré muy contento. Naturalmente me lo harán saber enseguida. Estoy seguro de que mi cliente lo agradecerá con una buena bonificación.

Hale miró a su alrededor con cautela.

—Creo que debo decirles que es mejor no hablar sobre esto. Y que realicen sus investigaciones como por casualidad. Si tiene alguna pregunta directa hágala de manera que no despierte sospechas. Obre como amigo de otro amigo. Usted venía a Nueva Orleans, y su amigo le pidió que buscara a Roberta Fenn. Proceda con naturalidad, sin demostrar ansiedad y… no deje rastros.

—El asunto está en buenas manos —dijo Berta.

Hale miró su reloj, luego llamó a la camarera.

—La cuenta, por favor.

# capítulo cuatro

BERTA Cool revisó el apartamento, buscando en los sitios más raros, como lo hace sólo una mujer.

—Buen moblaje antiguo —dijo Berta. Como yo no lo le contestara, prosiguió—: Para el que le guste —fue hasta el balcón y miró hacia afuera, luego volvió a observar los muebles—. A mi no me gustan.

—¿Por qué?

—¡Dios mío! Donald, piensa con la cabeza. Durante años pesé alrededor de doscientas setenta y cinco libras. Me invitaban a comer y me hacían sentar en una silla
Luis XV
con patas de araña, un asiento angosto y la sombra de un respaldo ovalado.

—¿Te sentabas en ellas?

—¿Sentarme en eso? Llevaban a la concurrencia al comedor y entonces yo miraba el sitio donde tendría que colocar mi polisón. Y la dueña de casa, de cortos alcances, me observaba a mí y luego a la silla. Parecía que entonces se daba cuenta de que yo tenía que sentarme para comer. Una de ellas me dijo más tarde que había temido que yo me ofendiera si decía a la criada que trajera un sillón.

»Le contesté que más desagradable era para mí sentarme en una silla de ésas y sentirlas ceder bajo mi peso como un acordeón. Detesto esa clase de muebles.

Recorrimos detenidamente todo el apartamento. Berta descubrió un diván, lo probó con cuidado, se recostó en él y sacando un cigarrillo de su bolso, dijo.

—Veo que no estamos más cerca de descubrir algo que al principio.

No le contesté. Frotó un fósforo en la suela de su zapato y me miró con aire batallador.

—Ella vivió aquí —le dije.

—¿Y eso que importa?

—Conocemos dónde vivía. Sabemos qué nombre usaba. Durante el tiempo que estuvo aquí, llovió mucho en Nueva Orleans. Debía comer afuera bastante a menudo y en tiempo lluvioso no iría muy lejos. En estas dos manzanas hay dos restaurantes. Vamos a recorrerlos y veremos lo que podemos encontrar.

Había una escalera de ruidosos peldaños que bajaba a un patio, luego un largo corredor. Doblé en ángulo recto, crucé otro patio y salí a Royal Street. Caminé hasta la esquina y vi una bandera que decía: «*Bourbon House*». Entré.

Era el típico restaurante del barrio francés… no lleno de adornos para atraer a los turistas, sino un sitio tranquilo donde los precios eran muy bajos y la comida buena. Poca ostentación y clientela regular. Cualquiera que viviera por allí cerca lo frecuentaría enseguida.

Entré por la puerta al bar, donde había un par de máquinas automáticas de juegos y música.

—¿Desea alguna cosa? —me preguntó el hombre que estaba detrás del mostrador.

—Una taza de café y unos níqueles para la máquina de *pinball* — dije tirando cuatro monedas sobre el mármol.

Me dio el cambio me sirvió a continuación el café bueno de veras.

Alrededor de una cie las máquinas varios hombres jugaban. La máquina musical empezó a funcionar. Una voz femenina dijo: «Les ruego que me escuchen. Esta canción está dedicada al auditorio». Se oyó *Way Down upon the Swrannee River*.

Saqué del bolsillo las fotografías que Hale me había dado. Al mirarlas lancé una exclamación de fastidio.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre que estaba detrás del mostrador—, ¿tiene algo el café?

—No —dije—. Son estas fotografías —él miró desconcertado pero con simpatía—. El fotógrafo me las ha dado equivocadas. Me pregunto dónde estarán las mías.

En ese momento no había nadie junto al mostrador. El hombre

se inclinó por encima de éste para mirar y yo volví las fotografías para que pudiera verlas.

—No tengo ninguna probabilidad de encontrarlas —exclamé—. Deben haber cambiado los negativos.

—Tal vez han confundido las papeletas y esa joven tiene las suyas.

—Esto no tiene arreglo. ¿Cómo voy a encontrarla?

—Espere —dijo de pronto—. Yo he visto a esta muchacha. Creo que hubo un tiempo que venía a comer aquí. Voy a preguntarle a uno de los muchachos —llamó a uno de los camareros de color y dio una de las fotografías—. ¿Recuerda a esta señorita?

El camarero tomó el retrato, lo acercó a la luz y dijo instantáneamente:

—No conozco su nombre, pero hace dos o tres años comía aquí todos los días. Ahora ya no viene.

—¿Ha dejado la ciudad?

—No. No lo creo. La he visto en la calle hace como cosa de un mes.

—Bueno —le dije—. Tal vez el fotógrafo conozca su nombre. Parece haber llevado hace poco este rollo de película a revelar. Todas son de ella.

—Le diré dónde la he visto —dijo el muchacho de color—. Salía del
O'Leary's
. Alguien estaba con ella.

—¿Hombre?

—Sí, señor.

—¿Usted le conoce?

—Yo no. Era un hombre alto con manos enormes y llevaba una maleta.

—¿De qué edad?

—Cincuenta o cincuenta y cinco años. No lo recuerdo bien. Para mí era un extraño. A la que recuerdo muy bien es a la muchacha. Yo siempre la servía.

—¿No podría decirme algo más sobre ese hombre?

El camarero pensó un momento.

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Parecía como si estuviera sosteniendo algo en la boca.

No llevé más lejos mi investigación. Pagué el café y me quedé un rato en pie mirando a los jugadores. Un momento después me fui.

Entré en el
O'Leary's
. A esa hora había poca gente. Trepé a un taburete y pedí un *gin*.

El barman me trajo la bebida, atendió a otro cliente y volvió a mi lado.

—¿Qué es este retrato? —le pregunté mostrándole la fotografía.

—¿Qué?

—Estaba aquí junto al taburete, cerca de mí. Creía que era un papel arrugado, pero vi que era una fotografía.

Él la miró detenidamente y frunció el ceño.

—Ella debe haberla olvidado —dije— o alguien que estuvo sentado en el taburete.

El hombre meneó la cabeza contestando:

—No. No ha estado hoy aquí, pero la conozco. Me pregunto cómo ha llegado esta fotografía. Hace tiempo que no viene.

—¿La conoce?

—La reconozco cuando la veo, pero no sé su nombre.

Me guardé el retrato. El hombre titubeó un momento como reflexionando y luego se alejó.

Terminé la bebida y salí, deteniéndome en la esquina mientras reflexionaba.

Recordé la ocupación de la muchacha… peluqueros, manicura, tintorería, limpieza.

Había una casa de belleza en la acera de enfrente al terminar la calle. Una mujer que parecía muy amable vino hacia mí cuando me vio tocar el pestillo.

—¿Qué pasa?

—Estoy tratando de descubrir algo sobre una mujer —le dije—. Es una cliente suya —y le mostré el mejor de los retratos.

La reconoció enseguida, diciendo:

—Creo que hace algo así como dos años que no viene. Antes lo hacía regularmente. No recuerdo su nombre, pero era una buena cliente… había venido de Boston o Detroit, de algún punto del Norte. La primera vez que vino creo que buscaba trabajo, pero después no se preocupó más.

—Tal vez lo encontró.

—No. Porque venía entre semana y durante el día. La veía ir a almorzar algunas veces a las once, otras después de mediodía.

—¿Usted no sabe si está en la ciudad?

—No lo creo porque habría venido. Éramos muy amigas… Bueno, a ella le gustaba mi trabajo, y conversar conmigo. Creo que era… Y dígame usted, ¿por qué quiere saber?

—Yo… Era una hermosa muchacha. Tiene mucha importancia para mí… no debí nunca perder su rastro.

—¡Oh! —ella sonrió—. Quisiera poder ayudarle, pero no sé nada. Tengo un cliente allí dentro. ¿En caso de que aparezca, quiere dejarle algún mensaje?

Yo sacudí la cabeza.

—Si está en la ciudad la encontraré —y sonriendo agregué—: Creo que así será mejor.

—Lo creo —dijo la mujer.

Seguí andando hasta una tintorería. Era mitad casa, mitad tienda con un mostrador en medio del local. Le mostré el retrato y dije:

—¿Conoce a esta joven?

La encargada del establecimiento lo miró y dijo:

—Sí. Nos traía mucho trabajo. ¿No es la señorita Cutler?

—Sí. ¿Sabe dónde está ahora?

—No… Es decir no sé dónde vive.

—Pero ¿está en la ciudad?

—¡Oh, sí! La vi en la calle… déjeme pensar; creo que hará unas seis semanas. Yo no voy muy seguido al centro. Mis obligaciones no me lo permiten. No puedo dejar el establecimiento más que cuando alguien…

—¿En qué calle? —pregunté.

—En Canal Street. Era… deje que recuerde, era alrededor de las cinco de la tarde y ella iba por allí. No creo que me reconociera. Yo tengo muy buena memoria para las fisonomías y encuentro muchos clientes cuando salgo —sonrió—. Muchas veces ellos no pueden conocerme porque están acostumbrados a verme detrás del mostrador. Yo nunca les hablo a no ser que ellos lo hagan.

Le di las gracias y volví al apartamento.

Berta Cool estaba hundida en el sillón, fumando, con un vaso de *whisky* con soda en una mesita a su lado.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó.

—Regular.

—Es buscar una aguja en un pajar. Dios mío, Donald, he encontrado el restaurante más maravilloso.

—¿Dónde?

—En esta misma calle.

—Creí que no comías más que una vez al día. Ignoraba que estuvieras hambrienta. Vine a ver si querías ir a comer.

—Ahora no, querido. Me encuentro mejor cuando paso hambre. Necesito comer algo para quitarme el apetito.

Asentí, esperando. Una mirada de satisfacción apareció sobre su rostro. Apenas movió los labios.

—Quingombó con arroz —dijo—. Yo pensaba que sería ligero.

—¿Y lo era?

—Era una comida… pero ¡qué comida!

—¿Estás satisfecha? ¿No quieres ir ahora conmigo a comer otro poco?

—¡Por favor, no me hables más de comida! Por hoy tengo bastante. Esta noche tomaré un poco de té con tostadas, eso será todo.

—Bueno, me voy a comer algo y seguir trabajando.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Nada todavía.

—No sé por qué estoy aquí —dijo Berta.

—Tampoco lo sé yo.

—Este abogado insistió en que le acompañase. Decía que después que la encontraras yo podía conversar con ella mejor que tú. Y como me invitaba pagando los gastos, decidí ir.

—Muy bien.

Berta agregó.

—Sería lindo que nos ganásemos la prima.

—¡Ya lo creo!

—¿Qué aspecto tienen las cosas?

—No puedo decirte nada todavía. Me voy.

Volví a Royal Street y caminé hacia Canal Street a lo largo de las aceras hechas hace años y años con grandes piedras desiguales, unidas con cemento. Las había que se movían ligeramente, otras que sobresalían.

El aspecto era artístico, pero no se podía andar por ellas con los ojos cerrados.

Estaba a mitad del camino cuando se me ocurrió una idea. Fui a un teléfono público y empecé a llamar a las escuelas comerciales.

La segunda me dio los informes necesarios. No, ellos no conocían a ninguna señorita Edna Cutler, pero una joven llamada Fenn había seguido un curso, y como era muy buena alumna, habían conseguido emplearla. Estaba en un Banco. Era secretaria del gerente. Me dieron la dirección.

Resultó todo muy sencillo.

Al gerente, que era un buen muchacho, le dije que estaba buscando unos informes por un asunto de una herencia y le pregunté si podría conversar con su secretaria. Contestó que me la mandaría enseguida.

Roberta Fenn era tal como la mostraban sus retratos. Tendría tal vez veintiséis años, como decían sus papeles, pero representaba veintidós. Tenía una simpática sonrisa, ojos claros y vivos y una voz bien modulada y agradable.

—¿Qué desea saber? —preguntó—. El señor Black me ha dicho que usted está tratando de recobrar unos bienes.

—Así es. Soy detective. Estoy tratando de descubrir algo sobre un hombre relacionado con una familia llamada Hale.

Sus ojos me dijeron que no recordaba nada.

—Tiene un pariente —agregué— cuyo nombre ignoro, pero creo que está relacionado con usted.

—¿No conoce el nombre?

—No.

—Yo no tengo muchas relaciones en Nueva Orleans.

—Es un hombre alto. Tiene la frente ancha, cejas tupidas y manos muy delgadas y dedos largos. Sus brazos también lo son. Debe tener unos cincuenta cinco años.

Ella frunció el ceño con aire pensativo como buscando en su memoria.

Yo la observaba de cerca y dije:

—Yo no sé si es una costumbre o que los dientes no le sientan bien, pero cada vez que se ríe…

Vi cambiar la expresión de su rostro.

—¡Oh! —dijo y rió.

—¿Usted sabe a quién me refiero?

—Sí. ¿Y por qué ha venido a buscarme a mí?

—Oí decir que él había venido a Nueva Orleans y que tenía que verse con usted por un asunto de negocios.

—Pero ¿no conoce su nombre?

—No.

—Se llama Archibald Smith. Viene de Chicago. Es corredor de seguros.

—¿Tiene usted su dirección de Chicago?

—Aquí no. La tengo anotada en casa.

—¡Oh! —murmuré con expresión de desaliento.

—Puedo traérsela mañana.

—Eso estaría muy bien. ¿Hace mucho tiempo que le conoce, señorita Fenn?

—No. Vino a Nueva Orleans hace tres o cuatro semanas y se quedó dos días. Una amiga le había dado una carta para mí… me pedía que le hiciera conocer la ciudad, y entonces lo llevé a algunos de los sitios más típicos… ¿cómo le diré…?, restaurantes, bares, en fin todo lo que un turista desea conocer.

—¿El barrio francés?

—¡Oh, sí!

—Supongo que no les llamará la atención a ustedes los que viven aquí, pero es interesante para los que están de paso.

—Sí —contestó sin hacer más comentarios.

—Me gustaría encontrarme con el señor Smith. Estoy seguro que ha de tener que ver algo con la persona que busco. ¿Y esta misma noche no podría darme su dirección?

—Sí… pero cuando vuelva a casa.

—¿Tiene teléfono?

—No. Hay uno en el edificio, pero es muy difícil hablar desde allí.

Miré mi reloj de pulsera y esto le hizo recordar que era una empleada y le estaba robando su tiempo al Banco. La vi moverse inquieta, ansiosa de interrumpir aquella entrevista.

—No quiero insistir —murmuré—. ¿Su domicilio queda cerca de aquí?

—No. Bastante lejos, hacia Saint Charles Avenue.

Y de pronto dije:

—Déjeme esperarla en un taxi cuando salga de su trabajo. Podría llevarla hasta su casa y usted me daría la información que deseo. Irá más rápida que en tranvía y…

—Muy bien —dijo la joven—. Salgo a las cinco.

—¿Cierra el Banco a esa hora?

—Sí.

—¿Dónde la encontraré… si el Banco no está abierto?

—Delante de la puerta que da a esa calle.

—Muchas gracias, señorita Fenn, y aprecio mucho todo lo que hace por mí.

La saludé, salí del Banco, fui al hotel, puse el letrero «No incomodar», delante de mi habitación, llamé a la telefonista y le pedí que me despertara a las cuatro y media.

Luego me eché en la cama para dormir un par de horas.

# capítulo cinco

ROBERTA Fenn fue puntual. Salió con aspecto fresco y arreglada con su traje de chaqueta. Sus ojos castaños tenían una expresión divertida como si aquello fuera un juego en el que ella podía intervenir si lo deseara. Le señalé el coche que esperaba en el borde de la acera y de un salto abrí la puerta.

Instalada sobre los almohadones, Roberta me miró diciendo:

—¿Así que usted es detective?

—Así parece.

—Yo siempre tenía unas raras ideas acerca de los detectives.

—¿Qué clase de ideas?

—Que eran unos hombres grandes que intimidaban, o unas personas siniestras disfrazadas.

—No hay que generalizar.

—Su vida debe ser interesante.

—Creo que sí, si uno se detiene a pensarlo.

—¿No lo hace algunas veces?

—¿El qué?

—Pensar en esto.

—Tal vez.

—¿Por qué no?

Yo le contesté:

—Creo que uno nunca se detiene a analizar la clase de vida que lleva, si está satisfecho con ella. A mí me gusta mi trabajo; por eso no hago comparaciones inútiles.

Ella se quedó pensando un largo rato y luego dijo:

—Tiene razón.

—¿Por qué?

—Sobre la manera de ver su vida y su idea, para no hacer comparaciones innecesarias. ¿Cuánto tiempo hace que es detective?

—Mucho.

—¿Estudió para eso?

—No. Empecé a estudiar Leyes.

—¿Qué se lo impidió? ¿No terminó la carrera?

—Nada. Me licencié de abogado.

—Y entonces… ¿por qué?

—Algunas otras personas me hicieron la contra.

—¿Qué quiere decir?

—Encontré un escape en la ley mediante el cual un hombre que cometiera un crimen podría dejar con un palmo de narices a la Justicia.

—¿Qué sucedió? —preguntó Roberta sin aliento.

—Me expulsaron del foro.

—Lo sé… pero ¿qué sucedió después que usted descubrió el asunto…? Bueno, usted sabe a qué me refiero.

—No mucho.

—¿Cometió alguien el crimen y se escapó?

—Es una historia muy larga.

—Me gustaría oírla alguna vez.

—Cuando me expulsaron, me dijeron que estaba loco, que mi plan no resistiría el agua, que aquello sólo era un sueño, pero demostraba un espíritu peligroso y antisocial.

—¿Y qué pasó?

—Entonces —proseguí— salí a la calle y se lo probé a ellos mismos.

—¿Quién cometió el asesinato?

—Ellos creyeron que era yo.

—Diga, ¿se está burlando de mí?

—¿En un taxi?

Aquellos ojos de avellana siguieron mirándome de frente, luego dijo:

—No le creo.

—Como le parezca. No tengo interés en mentirle.

—¿Y qué dijeron ellos… los que habían dicho que era una fantasía?

—¡Oh! Nombraron una comisión entre la gente del foro y empezaron a remendar las leyes para tapar aquel agujero.

—¿Hicieron eso?

—Poco más o menos… en lo posible, dentro de las leyes del Estado.

—¿Puede decirme si arreglaron algo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque uno nunca sabe lo que hará el Tribunal Supremo.

—¿No sigue reglas fijas?

—Están dominados por los precedentes. En esos asuntos conocemos bien la ley. Ahora están cambiando todas esas viejas teorías. Y es un desbarajuste porque no se sabe cuáles cambiarán y cuáles quedarán.

—¿Y esto no es un peligro?

—Podría ser bueno y también malo. Es algo condicional. Hemos tenido muchos cambios en la Justicia. Estos nuevos jueces removerán las leyes de acuerdo con sus ideas. Y los abogados aconsejarán a sus clientes según les convenga. Mientras tanto todos se preguntan… ¿Qué puede decirme acerca del señor Smith?

Ella se echó a reír, diciendo:

—¿No le parece brusco el cambio de tema?

—¿La desconcierta? —pregunté.

—¿No era eso lo que quería?

—No.

—¿Qué desea saber de él?

—Todo lo que usted sepa.

—Es muy poco. Se lo diré cuando lleguemos a mi apartamento.

Y seguimos viajando varias manzanas en silencio.

—Usted parece muy joven —dijo ella.

—No lo soy.

—¿Alrededor de veinticinco?

—Más viejo aún.

—No creo que sea mucho más que eso.

No le contesté.

—¿Usted trabaja para alguien?

—Lo hice durante un tiempo. Ahora voy a medias en el negocio… ¿No podríamos hablar de otra cosa para cambiar? ¿Nueva Orleans? ¿Política? ¿Su vida amorosa? ¿La guerra?

Ella me miró con curiosidad.

—¿Qué? ¿Le interesa mi vida amorosa?

—Yo le di varios temas a elegir. Usted sólo ha recordado lo de su vida amorosa. ¿Está tratando de ocultar algo? Eso es una contraofensiva.

Roberta reflexionó un minuto y la sonrisa volvió a sus labios.

—Creo que usted es muy competente. Está muy bien hecha.

Yo saqué un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—¿Usted fuma?

Ella miró la marca.

—Agradecida.

Estiré a medias un cigarrillo y alargué el paquete. Ella lo tomó y, golpeándolo contra su pulgar, esperó el fuego.

Los encendimos con el mismo fósforo. El coche disminuyó la marcha, ella miró por el vidrio y dijo:

—Es la casa de al lado, a la derecha.

—¿Desean que espere? —preguntó el chófer cuando le pagaba.

Yo miré a la señorita Fenn, inquiriendo:

—¿Le hago esperar?

Ella titubeó una fracción de segundo y luego dijo:

—No —y agregó apresuradamente—: Siempre encontrará otro después.

—Puedo esperar diez minutos sin taxímetro —dijo el hombre—. Éste marca cincuenta centavos, y los estará marcando cuando vuelva. Si usted…

—No —dijo Roberta con energía.

El chófer se llevó la mano a la gorra. Yo le di una propina y seguí por la acera, subiendo unos cuantos escalones. La vi abrir el buzón, sacar dos cartas, mirar rápidamente la dirección que llevaban atrás y guardarlas en su bolso. Luego abrió una puerta.

Subimos. El apartamento quedaba en un segundo piso. Eran dos habitaciones pequeñas. Me indicó una silla, diciendo:

—Siéntese. Voy a ver si encuentro la carta de mi amiga, en la que me pedía que le hiciera conocer la ciudad. A lo mejor tardo un rato.

Entró en el dormitorio, cerrando la puerta.

Me instalé en una silla, tomé una revista y la sostuve abierta para poder enfrascarme en ella al menor ruido. Y observé el apartamento.

No hacía mucho tiempo que vivía allí. El sitio no había tomado

nada de su personalidad. Miré algunas revistas sobre la mesa. Una de ellas tenía su nombre impreso, lo que demostraba que era una suscriptora. Sin embargo, todas eran recientes. Hubiera apostado cualquier cosa a que no hacía más de seis semanas que habitaba allí.

Cinco minutos después salió triunfante de su cuarto.

—Tardé un poco, pero aquí la tengo… sólo que no da el número de la habitación. Creía que lo tenía, pero sólo era el nombre del edificio.

Tomé la estilográfica y mi libreta de apuntes. Ella desdobló la carta. Desde mi sitio vi que era letra de mujer.

—Es Archibald C. Smith, en… ¡Oh, no vale nada!

—¿Qué pasa?

—No trae la dirección de su oficina. Tendré que buscarla en mi libreta, espere un momento.

Y se volvió al dormitorio, llevándose la carta. Unos segundos después traía una libreta de direcciones con tapas de cuero, la que recorría con atención. Y dejó la carta sobre la mesa.

—Sí. Aquí está. Archibald Collington Smith, Lakeview Building, Michigan Boulevard, Chicago.

—¿Tiene el número de la habitación?

—No. Estaba confundida. No recordaba que sólo tenía el nombre del edificio.

—¿Usted dice que allí tiene su negocio?

—Sí. Es un edificio de despachos. No conozco la dirección particular.

—¿En qué dice que se ocupa?

—En Seguros.

—Pienso si su amiga no podría decirme algo sobre él —y señaló la carta.

Ella se echó a reír, y yo me di cuenta de que ella veía la trampa.

—Yo creo que sí. Pero si usted busca al señor Smith por asuntos de una herencia, me parece que él podría informarle mejor que nadie.

—Sin duda —dije, asegurando enseguida—: Pero ésa es una de las dificultades al hacer averiguaciones sobre personas de nombres tan comunes como Smith. Cualquiera puede engañarnos haciéndose pasar por el que se busca, con la esperanza de conseguir el dinero.

Por eso es que preferimos investigar antes de acercarnos a la persona interesada.

Sus ojos me sonreían y de pronto se echó a reír.

—Usted arregla muy bien las cosas. Pero me cree tonta.

—¿Por qué?

—Es la primera vez que oigo que se busque a un heredero de esa manera. Por lo general dicen los abogados: «Antes de entregar la herencia tenemos que encontrar a un Archibald C. Smith, que era hijo de Fulano, que murió en mil novecientos y tantos. La última noticia que hemos tenido de este señor es de que estaba en Chicago al frente de una mercería». Entonces los detectives empiezan a buscarle y uno de ellos viene a verme y dice: «Perdone, señorita, ¿usted no conoce a un señor Smith, que tiene un negocio en Chicago?». Y yo contesto: «No, pero conozco uno del mismo nombre, que vive en esa misma ciudad y que es agente de Seguros. ¿Cómo es ese señor?».

Y el detective me contesta: «¡Dios mío, no lo sé!».

—¿Así que…? —le pregunté.

—Es lo que le estoy preguntando a usted.

—¿Quiere decir usted que esto no es lo correcto?

—Sí. Es bastante incorrecto.

—¿Le parece? —dije, sonriéndole.

Había una ligera exasperación en su rostro. Se disponía a echarme un discurso cuando golpearon la puerta con los nudillos. Su atención fue hacia allí, mirando con una expresión de desconcierto.

Ella se levantó y abrió la puerta.

Una voz de hombre, aguda en su ansiedad, dijo:

—¡Ya le dije que no podría escapárseme! Pero usted trató de hacerlo, ¿no es cierto? Bueno, querida mía, yo…

Yo no miraba hacia la puerta en ese momento, pero cuando se interrumpió comprendí que había entrado en el cuarto, encontrándose conmigo allí, en una silla.

Volví la cabeza con naturalidad. Le reconocí en seguida. Era el hombre que había respondido a los bocinazos delante del «
O’Leary’s
» a las tres de la mañana.

Roberta se volvió a mirarme y luego le dijo en voz baja a su

visitante:

—Venga un momento afuera, donde podamos hablar.

Y medio lo empujó hacia el corredor, entornando la puerta detrás de ellos, de manera que ésta se quedó medio cerrada.

Yo sólo disponía de algunos segundos y tenía que aprovecharlos. Me levanté de la silla con gran suavidad. Mi mano tomó la carta que Roberta había dejado encima de la mesa.

El sobre llevaba el siguiente remite:

*«Edna Cutler, 935 Turpitz Building, Little Rock, Arkansas».*

Eché con gran rapidez una mirada a la carta. Ésta decía:

*Querida Roberta:*

*Unos días después de recibir esta carta tendrás la visita de Archibald C. Smith, de Chicago. Le he dado tu nombre. Por asuntos de negocios, deseo que seas especialmente amable con él, procurando que su permanencia en Nueva Orleans le sea agradable. Llévalo por el barrio francés y hazle conocer algunos de los más famosos restaurantes. Te puedo asegurar que será un programa fácil de realizar porque…*

Oí abrirse la puerta del corredor y una voz de hombre que decía:

—Muy bien. Queda prometido. No lo vaya a olvidar ahora.

Tiré la carta sobre la mesa y estaba encendiendo un cigarrillo cuando entró Roberta.

Ella sonrió, diciendo:

—Bueno, ¿dónde estábamos?

—Nada de particular. Conversábamos.

—Usted es un detective —dijo—. ¿Cómo ha podido entrar ese hombre en mi apartamento sin haber llamado?

—Muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Puede haber llamado a otro apartamento para hacerse abrir la puerta. O forzar la cerradura. Éstas no valen gran cosa y la llave de cualquier apartamento puede abrirlas. ¿Para qué puede querer entrar sin llamarla?

Ella rió nerviosa con una risita aguda y dijo:

—No me pregunte por qué los hombres desean hacer todas las cosas que hacen. Bueno, creo que le he dicho todo lo que sabía sobre Archibald Smith.

Comprendiendo la indicación me puse de pie diciendo:

—Un millón de gracias.

—¿Usted… usted está en la ciudad?

—Sí.

—¡Oh!

Sin preguntarle nada más, le dije bruscamente:

—Creo que he interrumpido su velada. Espero que no se le haya hecho tarde…

—No diga eso. No se ha interpuesto en nada. Gracias. De pie en el paso de la puerta, me miró bajar las escaleras. Salí a la calle y miré a todos lados y a los coches por allí estacionados, pero no pude ver la alta silueta del hombre que había aparecido en el apartamento de Roberta Fenn.

Y gasté bastante tiempo para buscarlo. Pasaron diez minutos antes que consiguiera un coche desocupado que me llevase hacia la ciudad. El chófer me dijo que había tenido suerte. Porque no venían muchos por ese lado.

# capítulo seis

MIS pies sobre la escalera se oían como cascos de caballos caminando sobre un puente de madera.

Con mi llave abrí la puerta del apartamento. Berta Cool estaba tendida en un sillón. Sus fuertes redondas piernas las tenía estiradas delante suyo con los pies sobre un almohadón de la otomana.

Roncaba suavemente.

Yo encendí las luces de la habitación. Berta dormía pacíficamente y en su rostro había una sonrisa de contento como la de un querubín.

—¿Cuándo comemos? —le dije.

Se despertó dando un salto. Por un momento estuvo deslumbrada por las luces, mirando aquel sitio desconocido, tratando de recordar dónde estaba cómo había llegado allí. De pronto volvió a la realidad y sus duros ojillos brillaron al verme.

—¿Dónde demonios has estado?

—Trabajando.

—Bueno, me sorprende que no me hayas hecho saber nada.

—Ahora lo sabrás.

Ella gruñó.

—¿Y tú que has estado haciendo? —le pregunté suavemente.

—Jamás en la vida fui tan loca —dijo Berta.

—¿Qué sucedió?

—Fui a un restaurante.

—¿Otra vez?

—Bueno. Pensé que era mejor darme una vuelta por los alrededores. No sé cuánto tiempo estaré aquí y he oído hablar mucho de los sitios famosos de Nueva Orleans.

—¿Qué sucedió?

—La comida era maravillosa —dijo ella—, pero el servicio… —y

chasqueó los dedos.

—¿Qué tenía de malo? ¿No era suficiente?

—Demasiado. Era uno de esos sitios donde los camareros te obligan a estar a la defensiva. La tratan a una como si fuera un gusano de manzana.

«Ahora, *madame*, debería tomar esto —dijo Berta imitando el acento francés—. Naturalmente que *madame* deseará vino blanco con el pescado y tinto con la carne. ¿Si *madame* no está muy al corriente de los vinos, tal vez aceptaría mi elección?».

—¿Qué le dijiste?

—Que se fuera al infierno.

—¿Y se fue?

—No. Siguió rodando alrededor de la mesa, dándome consejos. Yo deseaba salsa de tomate con el asado, ¿y qué crees que me dijo? Que no se le permitía traerla para el asado. Le pregunté por qué, y me contestó que eso ofendería al *chef*. Éste hacía una salsa que era famosa en el mundo entero. Echar salsa de tomate sobre el asado no lo hacía más que la gente ordinaria y sin paladar.

—¿Y entonces?

—Entonces rechacé la silla y le dije que si el *chef* se preocupaba tanto por el asado, se lo podía comer él mismo.

—¿Y te fuiste?

—Bueno. Me detuvieron antes de llegar a la puerta. Hubo un barullo. Al final me comprometía pagar la parte que había comido. ¡Pero no el asado! Eso le correspondía al *chef*.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Eso fue todo. Me volví hacia aquí, pero me detuve en un pequeño restaurant que hay en la esquina, y realmente me di un gusto.

—¿En «*Bourbon House*»?

—Ése mismo. Al diablo con esos sitios que ponen al cliente en la obligación de defenderse.

—Quieren que te des cuenta que estás comiendo en un sitio cómodo. Ellos sirven a la *élite*.

—Aquello estaba lleno de turistas. Ésos son los clientes. ¡Pretender enseñarme lo que debo comer o no! Un sitio famoso, ¿eh? Bueno, si me lo preguntas…

Me recosté en el diván y encendí un cigarrillo diciendo:

—¿Puedes comunicarte con Hale por teléfono?

—Sí.

—¿Por la noche?

—Sí, tengo el número de su casa y también el de su despacho. ¿Por qué?

—Vamos al hotel y lo llamaremos.

—¿De qué quieres hablarle?

—Para decirle que he encontrado a Roberta Fenn.

Berta bajó los pies del almohadón.

—¿No querrás hacerte el gracioso?

—No.

—¿Dónde está?

—En su apartamento de Saint Charles Avenue.

—¿Con qué nombre?

—Con el suyo.

Berta dijo suavemente.

—Me asustas. ¿Cómo lo hiciste?

—Adivinándolo.

—¿No hay duda de que sea la muchacha?

—Es igual a las fotografías.

Berta se levantó del sillón.

—¡Donald! ¡Eres maravilloso! ¡Seguro que tienes cerebro! ¡Es sorprendente! ¿Cómo lo has hecho?

—Siguiendo varias pistas.

Ella murmuró con verdadero cariño:

—No sé qué haría sin ti… ¡Eres maravilloso!, y lo digo *seriamente*. Tú… Pero ¡maldición!

—¿Qué sucede?

—Este maldito apartamento. ¿Dijiste haberlo alquilado por una semana?

—Sí.

—Y si lo dejamos, ¿recobraremos el dinero?

—Me imagino que no.

—Bueno. ¡Maldito loco! Debería haber imaginado que harías algo semejante. Con sinceridad, Donald, a veces creo que no conoces el valor del dinero. Probablemente nos iremos mañana y hemos cargado con este apartamento por una semana.

—Son quince dólares.

—Son quince dólares —repitió Berta subiendo el tono de voz—. Tú hablas como si quince dólares fueran…

Yo le dije en voz baja:

—Calla. Alguien sube las escaleras.

—Creo que son los del segundo piso. Hay un hombre y una mujer que…

—Atiende —le dije rápidamente—. Desde ahora éste es tu apartamento.

Berta cruzó aprisa la habitación taconeando. Puso la mano sobre el pestillo y preguntó:

—¿Quién está ahí?

Una voz de hombre, culta y agradable, dijo:

—Somos desconocidos. Desearíamos hacerle una pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Creo que sería mejor que nos abriera la puerta, así no tendríamos que gritar.

Yo vi que Berta lo pensaba. Fuesen quienes fuesen, eran dos. Una larga práctica le había enseñado a Berta a ser prudente. Me miró un momento calculando qué ayuda podría prestarle si nos encontrábamos luchando. Luego abrió la puerta muy despacio.

El hombre que hizo una reverencia, era evidentemente el dueño de aquella voz bien timbrada. Su compañero, parado un poco más atrás, no estaba de acuerdo con aquel tono de voz.

El que estaba delante tenía su sombrero en la mano. El otro seguía con el suyo puesto. Observaba a Berta Cool fijándose en todos los detalles de su aspecto. De pronto me vio y sus ojos se volvieron hacia mí con una viveza que indicaba aprensión.

El que había hablado primero dijo:

—Estoy seguro de que me perdonarán. Deseo conseguir una información, y creo que ustedes tal vez podrían ayudarme.

—Lo más probable es que no sea así —dijo Berta.

El hombre llevaba un traje muy bien cortado que costaba lo menos ciento cincuenta dólares. El sombrero que tenía en la mano era un «Homburg» gris perla, que por lo menos costaba otros veinte. En todos los detalles se adivinaba el hombre distinguido.

Era esbelto, gracioso y suave. Parecía haberse vestido con cuidado para alguna fiesta.

El otro llevaba un traje que necesitaba un planchado. Algo

comprado hecho y evidentemente para un hombre más corpulento, transformado por un sastre. Tendría unos cincuenta años, ancho de pecho, alto, tosco.

El hombre de la voz agradable decía persuasivamente a Berta:

—Si pudiéramos entrar un momento… Nos disgusta que los inquilinos oigan lo que se discute.

Berta, cerrando la abertura de la puerta, le dijo:

—*Usted* es el que habla. A mí no me preocupa lo que puedan oír los demás.

Él rió al oír el comentario con una risa culta y espontánea. Sus ojos se detuvieron en la belicosa mujer de cabellos grises con una atención que demostraba interés.

—Prosiga —le dijo Berta, irritada por su mirada.

Él sacó un tarjetero de su bolsillo con un gesto florido y fue a retirar una tarjeta para dársela a Berta, pero dijo:

—Vengo de Los Ángeles. Mi nombre es Cutler, Marcos Cutler.

Yo miré el rostro de Berta para ver si había comprendido, pero me pareció que no.

Cutler dijo:

—Estoy buscando una información referente a mi esposa.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Berta.

—Vivía aquí.

—¿Cuándo?

—Por lo que sé, hará unos tres años.

Berta, desprevenida, dijo:

—¡Oh! Usted quiere decir ella… esto es…

—Exactamente. Aquí, en este *apartamento* —contestó Cutler.

Yo me adelanté.

—Tal vez yo pueda servirle de alguna ayuda. Yo subalquilo el apartamento a esta dama. Ella acaba de instalarse. ¿Debo comprender que usted también vivía aquí?

—No. Yo trabajo en Los Ángeles. Mi esposa se vino aquí y tenía esta dirección. Según creo, habitaba en este piso.

Sacó algunos papeles doblados de un bolsillo interior y abriéndolos miró algo en ellos. Luego, asintiendo con la cabeza, dijo:

—Eso mismo.

El hombre que estaba detrás se sintió obligado a decir algo.

—Así es —confirmó.

Cutler se volvió vivamente hacia él.

—¿Es *éste* el sitio, Goldring?

—Aquí mismo estaba yo cuando ella abrió…

Cutler lo interrumpió bruscamente:

—Comprendo que es pedir demasiado a la suerte, pero no he podido encontrar a la propietaria del apartamento esta noche, y pensé que tal vez ustedes, si habían vivido aquí algún tiempo, sabrían algo referente a los inquilinos anteriores y querrían ayudarme.

—Hace una hora que vivo aquí… —dijo Berta.

—Soy yo —dije riendo— el inquilino anterior. ¿No quieren entrar?

—Gracias —dijo Cutler—. Esperaba que me lo permitiera.

Berta titubeó un momento y luego los dejó pasar. Los dos hombres entraron, miraron hacia el dormitorio y cruzaron la habitación que tenía el balcón a la calle.

—Allí está el «
O’Leary’s
» —dijo Goldring.

—Ya lo reconocí —dijo Cutler—, pero estaba tratando de reconstruir en mi memoria las vueltas que hemos dado para llegar hasta aquí. La calle parece correr a noventa grados.

—Ya se acostumbrará —dijo Goldring instalándose en el confortable sillón que ocupaba Berta unos minutos antes, y levantando los pies hacia el almohadón, preguntó:

—¿No le molesta que fume, señora?

Y frotó un fósforo en la suela del zapato antes que Berta pudiera contestarle. Ella dijo bruscamente:

—No.

—¿No quiere usted sentarse, señora… o señorita? —preguntó Cutler.

Le interrumpí antes que ella diera su nombre.

—Es señora. ¿Quieren sentarse *ustedes*?

Goldring entornó los ojos y me miró a través del humo del cigarrillo, como si fuera una mosca que rondara un pedazo de pastel.

—Voy a ser franco con ustedes —dijo Cutler—. Muy franco. Mi

esposa me abandonó hace tres años. Nuestra vida doméstica no era muy feliz. Ella vino a instalarse en Nueva Orleans. Sólo después de muchas dificultades conseguí encontrarla.

—Así es —dijo Goldring—. Bastante trabajo tuve para descubrir la dirección.

Cutler prosiguió con su voz aterciopelada:

—La razón por la cual yo estaba tan ansioso de encontrarla, es que había llegado a la conclusión de que nuestro matrimonio no volvería a ser feliz. Y aunque sentía hacerlo, decidí divorciarme. Cuando se va el amor, el matrimonio se vuelve…

Berta, sentada incómoda en el diván, le interrumpió diciendo:

—Olvídese de eso. No necesita toda esa palabrería inútil. Ella le dejó, y usted decidió cambiar la cerradura de la puerta para que no pudiera volver. No le critico. Pero ¿qué tiene que ver esto conmigo?

El hombre sonrió.

—Me perdonará si recuerdo su agradable personalidad. Sí, no me voy a preocupar en suavizar mis palabras, señora…

—Muy bien —dije yo—. Entonces terminemos, porque *nosotros* salíamos para cenar fuera. Usted decidió presentar su divorcio. Según Goldring, aquí presente, la encontró, entregándole la notificación.

—Eso mismo —repitió Goldring, mirándome con respetuoso desconcierto como si deseara saber quién era yo.

—Y ahora —dijo Cutler con un sutil tono de indignación en su voz—, años después de que todo el asunto ha sido resuelto, he sabido que mi esposa está protestando y diciendo que ella no recibió ninguna notificación.

—¿Y es cierto?

—Es algo absurdo. Felizmente el señor Goldring recuerda muy bien que se la entregó en propias manos.

—Así es —dijo éste—. Fue poco más o menos el veinte de marzo de mil novecientos cuarenta, a las tres de la tarde. Ella abrió la puerta, y yo le pregunté si su nombre era Cutler y si vivía aquí. Ella dijo que sí. Yo había averiguado que el apartamento había sido alquilado por esta persona. Y le pregunté si estaba segura que su nombre era Edna Cutler. Y me contestó: «Sí». Entonces le di la citación y la copia de la demanda. Ella estaba de pie en aquella puerta —y Goldring señaló la que salía del vestíbulo.

—Y ahora mi mujer alega que en esa época ni siquiera estaba en Nueva Orleans. Sin embargo, el señor Goldring ha identificado su retrato.

Berta fue a decir algo, pero yo le toqué la pierna con la rodilla, aclaré la garganta y con el ceño fruncido miré la alfombra como tratando de recordar, y dije:

—¿Lo que usted desea, señor Cutler, es probar que *era* su esposa la que vivía en este apartamento?

—Sí.

—Y que ella misma fue quien recibió los papeles —dijo Goldring.

—En este viaje he estado aquí muy poco tiempo —aclaré—, pero conozco muy bien Nueva Orleans. Estuve hace dos años. Sí, exactamente hace dos años. Vivía en la acera de enfrente. Tal vez podría identificar el retrato de la señora Cutler.

Su rostro se iluminó.

—Eso es lo que deseamos. Gente que pudiera probar que ella estaba aquí en esa época.

Metió una delgada mano en el bolsillo de su chaqueta, sacando un pequeño sobre. En él había tres fotografías.

Yo las examiné largo rato. Quería estar seguro que la reconocería cuando la encontrara.

—¿Bueno? —preguntó Cutler.

—Estoy tratando de localizarla —dije—. La he visto en alguna parte, pero no creo haberle hablado nunca. La he visto antes. De esto estoy seguro. Pero no puedo recordar que haya vivido en este apartamento. Tal vez pensando…

Di un codazo a Berta para que mirara las fotografías. No tenía por qué molestarme. Cutler tendió su mano para tomarlas, pero Berta me las arrancó diciendo:

—Déjame mirarlas.

Estudiamos los retratos juntos. Yo tengo la manía de estudiar los caracteres por las fotografías.

Esta muchacha tenía el mismo cuerpo que Roberta. Sus rostros eran vagamente parecidos, pero Roberta tenía la nariz más recta, ojos que podían ser observadores y pensativos. La joven del retrato pertenecía al grupo de muchachas alegres y despreocupadas. Ella reiría, sonreiría y lloraría, según el momento, sin pensar en las

consecuencias.

Roberta podía reír, pero pensaba mientras lo hacía. No se confiaba por completo… siempre tenía una mano sobre los frenos. La joven del retrato era una inquieta jugadora. Lo arriesgaría todo a una carta, si ganaba lo aceptaría como un derecho, y si perdía pensaría que era una injusticia.

Jamás consideraría que pudiera perder. En cambio, Roberta era de las que nunca arriesgan en el juego nada que no les pertenezca.

En cuanto a su figura y tipo eran bastante parecidos como para poder confundirlas.

Berta devolvió las fotografías a Cutler.

—Parece bastante joven —dije yo.

Cutler asintió.

—Tiene diez años menos que yo. Creo que eso ha tenido mucho que ver en el asunto. Sin embargo, no quiero molestarles más. Vine hasta aquí para procurar obtener alguna prueba de que Edna había vivido en esta casa. Pensaba encontrar a alguien que la conociera.

—Siento no poder ayudarle. Si recuerdo algo, ¿dónde podré hablarle?

Me dio su tarjeta. «Marcos Cutler. Valores y Títulos, Hollywood».

Yo la guardé y prometí llamarlo si sabía algo.

—Estoy en la Guía de teléfonos —dijo Goldring—. Si encuentra cualquier dato llámeme. Y si tiene algún asunto que tramitar no se olvide de mí.

Dije que así lo haría, y mirando a Cutler le pregunté:

—¿Puede usted obligar a su esposa a admitir que se encontraba en el apartamento hacia esa fecha? Me parece que ella tendría que explicar con todos los detalles dónde estaba… si niega haber recibido la citación.

—No es cosa fácil. Mi esposa es bastante desconcertante y reservada. Bueno. Muchas gracias.

Le hizo una seña a Goldring y se pusieron de pie. Éste miró a su alrededor y se dirigió hacia la puerta. Cutler se detuvo.

—No sé cómo agradecerles su cooperación. Yo me doy cuenta de que una cosa de tanta importancia para mí es una trivialidad para una persona que no conoce las partes. Por eso le agradezco su atención.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Berta se volvió hacia mí.

—Me gusta —dijo.

—Sí —le contesté—. Tiene una voz agradable.

—No seas tonto —agregó—; no hablo de Cutler, sino de Goldring.

—¡Oh!

—Cutler es un maldito hipócrita. Ningún hombre tan amable puede ser sincero; Y la falsedad es una forma de hipocresía. El que me gusta es Goldring. Éste no anda con vueltas ni palabrería inútil.

Traté de imitar la voz de Goldring.

—Así es —dije.

Berta me miró.

—Algunas veces eres el granuja más exasperante que conozco. Vamos a llamar a Hale. Ya debe haber llegado a Nueva York. Sea como sea, llamémosle.

# capítulo siete

NOS sentamos en la habitación del hotel esperando la llamada. La central había informado que no había nadie en la oficina de Hale y que no contestaban.

Berta dijo al telefonista:

—No sabemos a la hora que llegará a su casa. Pero será por la noche. Siga tratando de conseguir la comunicación.

—Mientras esperamos —le dije a Berta—, quiero comer. Es la hora de mi cena.

Berta no quería dejarme salir.

—Necesito que estés aquí cuando llame. Pide que te traigan algo.

Yo le contesté que probablemente no hablaría antes de medianoche, pero pedí que un camarero me trajera la comida.

Ella decidió que también tomaría un combinado con camarones mientras yo comía mi asado.

—Sabes que no puedo estar aquí mirándote comer —me dijo.

Yo asentí.

—¿Sólo un combinado? —pregunté.

—¿Y qué son esas ostras Rockefeller?

—Ostras al horno —le contesté, con el rostro iluminado de entusiasmo—. Las colocan sobre una piedra caliente con sal, un poquito de perejil y una salsa especial. Éste es un secreto. Entonces las ponen al horno en sus conchas.

—Debe ser bueno —dijo Berta—. Voy a probar media docena… no, mejor una docena. Y traiga un poco de pan francés bien tostado, mucha manteca y un jarro de café con una gran taza de leche. Y azúcar.

—Sí, señora.

Berta me miró, radiante.

—Café puro —gritó.

—Bien, señora. ¿Algún postre?

—Veré. Después que haya comido esto.

Se fue el camarero y Berta me miró esperando algún comentario de mi parte. Cuando vio que yo no decía nada, ella habló.

—Total, uno puede no preocuparse por el peso durante un día entero. No veo la razón para que tenga que contar hoy las calorías.

—Es tu vida. ¿Por qué no vivirla a gusto?

—Es lo que voy a hacer.

Hubo unos minutos de silencio y luego dijo en voz baja:

—Mira, querido, hay algo que deseo decirte.

—¿Qué?

—Que tú eres muy inteligente, pero no entiendes nada de dinero. Es Berta quien ha de manejar las finanzas.

—¿Y a qué viene eso ahora?

Berta expuso, algo asustada, su argumento:

—Después que dejaste Los Ángeles, nos hemos metido en un nuevo negocio.

—¿De qué se trata?

En el rostro de Berta apareció esa mirada astuta que tenía cuando ocultaba algo.

—De la Compañía de Construcciones B. Cool. Yo soy la presidenta, y tú el gerente general.

—¿Qué construimos?

—Por el momento estamos trabajando en alojamientos militares. Es algo en pequeña escala que está dentro de nuestras posibilidades. No tendrás que preocuparte mucho. Es un subcontrato.

—No lo comprendo —dije yo.

—Pensé —murmuró Berta— que no deberíamos tener demasiados huesos en una sola canasta. Uno nunca sabe lo que puede suceder. Pueden liquidar las agencias de detectives o paralizarlas o cualquier otra cosa.

—Pero ¿por qué elegir este trabajo de construcciones?

—¡Oh! Vi perfectamente clara una oportunidad de hacer algo.

—No me convence.

Berta tomó aliento y dijo:

—Maldición. Creo que tengo derecho a ser patriota como cualquiera. Soy bastante hábil en los negocios. Desde que entraste

como socio, siempre he estado pescando hondo. Sentada en la orilla he pensado muchas veces en los jóvenes que mueren porque nosotros los viejos no hemos tomado nuestra parte de responsabilidad… No te preocupes. Vamos a ocuparnos en el negocio de construcciones eso es todo. Yo recurriré a ti de tiempo en tiempo, pero el asunto lo dirigirá Berta.

El teléfono sonó antes que pudiera contestarle.

Berta levantó rápidamente el receptor y lo aplicó a su oído, diciendo:

—¡Hola…! ¡Oh, hola! He estado tratando de encontrarle. ¿Dónde está usted…? No, no. Yo estaba tratando de hablar con usted… Y usted llamó. Qué curioso, ¿verdad? Dígame primero lo que tenía que decirme… ¡Oh, muy bien…!, si usted insiste. Tenemos algunas noticias interesantes… Está muy bien. La hemos encontrado. En los Gulfpride Apartments, en la Saint Charles Avenue… No. Gulfpride, G-u-l-f-p-r-i-d-e. Sucede que… ¡Oh, es un secreto profesional! Nosotros tenemos nuestro método. Era un viejo rastro y lo hemos seguido como perros de presa. Se sorprendería si le dijéramos el número de pistas que hemos seguido… No, no he hablado con ella todavía. Donald si lo hizo… Sí, mi socio Donald Lam.

Hubo un intervalo durante el cual pude oír el sonido de la voz saliendo del transmisor. Berta escuchaba.

—Bueno —dijo—, sí… creo que puedo.

Me miró y, colocando la palma de la mano sobre el emisor, dijo:

—Quiere que vaya y la vea mañana temprano.

—¿Por qué no?

—Sí, señor Hale. Comprendo —y volvió a taparlo de nuevo, murmurando—: Quiere que me trate con ella, que me gane su confianza.

—¡Cuidado! —le aconsejé—. La muchacha no es tonta. No le prometas nada.

Berta siguió hablando.

—Bueno, está bien, señor Hale. Trataré de hacerlo lo mejor posible… Sí, iré con Donald. Iremos por la mañana temprano. No va a trabajar hasta las nueve. Podremos esperarla y recogerla en el coche. ¿Qué quiere que le diga?

Hubo otro intervalo durante el cual las instrucciones apenas se

oían. Entonces Berta dijo:

—Muy bien, se lo comunicaré. ¿Quiere que le telegrafíe o…? Comprendo. Muy bien. Bueno. Gracias. Se lo agradezco. Nosotros también nos creemos muy buenos… Sí, ya le dije que era bajo y de poco peso, pero que tenía mucho cerebro. Cuando le llamen de mi parte diga que la conferencia queda anulada. Tienen la costumbre de hacer pasar dos llamadas por una. Yo también voy a prevenir que la anulen, pero no se deje engañar creyendo que es otra llamada. Adiós.

Berta volvió a levantar el auricular llamando a la operadora.

—¡Hola, hola! ¡Hola, operadora! Soy la señora Cool, en la habitación del señor Lam… Sí, muy bien, la habitación del señor Lam… No, dejé mi habitación e hice llevar mi equipaje a la del señor Lam. Muy bien. Tengo una conferencia pedida con Nueva York. Anúlela. Eso mismo. No, acabo de hablar con él… Fue él quien llamó… ¡Qué demonio! Anule esa conferencia y déjese de averiguar… —Berta colocó la comunicación y se volvió hacia mí, diciendo—: ¡Dios mío! La Compañía Telefónica debe despedir a estas muchachas cada vez que se anula una conferencia. Parecía que le quitasen el pan de la boca. Su avión había bajado no sé dónde. No comprendí el nombre. ¿Y nuestra comida dónde…?

El camarero llamó directamente en la puerta.

—Entre —dije.

Esto fue hecho con toda elegancia. Había dos camareros que se movían con suave eficiencia poniendo el mantel sobre la mesa, trayendo fuentes, cubiertos, copas, cubos de hielo, agua, manteca y todos los preliminares.

Luego apareció la comida.

A Berta no le gusta hablar mientras come. Yo dejé que lo hiciera en silencio.

—¿A qué hora quieres ver a Roberta Fenn? —le pregunté cuando retiró su plato.

—Vendré al hotel a las siete. Debes estar en el vestíbulo listo para salir. No quiero esperar con el taxímetro en marcha. En cuanto me veas subes al coche. A las siete. ¿Comprendido?

—Al pie de la letra —le dije.

Berta se recostó con aire y sonrisa de satisfacción, echando el humo hacia el techo.

El camarero apareció con la minuta en la mano.
Berta ni siquiera se tomó el trabajo de mirarlo.
—Tráigame un helado doble de chocolate con frutas.

# capítulo ocho

BERTA pareció sorprendida al ver acercarme al coche cuando éste paró junto al bordillo de la acera, a las siete.

Sus brillantes y duros ojos miraban enojados al mundo.

—¿Has dormido bien?

—¡Dormir! —dijo con tono enconado.

—¿Vas a dejar el apartamento? —inquirí.

—¡Dejarlo! —exclamó Berta—. ¡No seas loco! ¡Con el alquiler pagado!

—Lo sé, pero después de todo no vale la pena quedarse en un apartamento donde no se puede dormir.

Los labios de Berta se volvieron una línea.

—A veces me dan ganas de quitarte los dientes de un golpe. Uno de estos días tus malditas extravagancias van a echar a perder nuestra asociación.

—¿Vamos a la ruina?

—Felizmente no volveremos a tomar ese camino —dijo ella—; has tenido suerte. Pero algún día dejarás de tenerla. Entonces vendrás llorando a pedirme dinero para negociar, para sacar a la sociedad de algún mal paso. Entonces sabrás lo que vale Berta Cool y no lo olvidarás.

—Es una idea tentadora —dije—. Casi deseo la posibilidad de una bancarrota.

Volvió la cabeza pretendiendo mirar hacia Saint Charles Avenue. Después de un momento, dijo:

—¿Tienes un fósforo?

Se lo di y encendió un cigarrillo. Y seguimos en silencio hasta llegar a los Gulfpride Apartments.

—Será preferible que el coche nos espere. Por aquí es muy difícil conseguir otro. Y no vamos a tardar —dije.

—Vamos a estar un largo rato —contestó Berta—. Más de lo que te imaginas. No vamos a dejar un taxímetro corriendo mientras conversamos.

Berta despidió al chófer, diciéndole:

—Espere hasta que hayamos llamado. Si subimos se va. Si no, volveremos con usted.

El chófer miró los diez centavos de propina que ella le había dado.

—Bueno, señora —y se sentó a esperar.

Berta oprimió el botón, que estaba junto al nombre de Roberta, con bastante fuerza como para hacerlo saltar.

—Con toda seguridad que todavía no se ha levantado —dijo burlona—. Sobre todo si salió anoche.

Y ella volvió a oprimir el botón.

De pronto crujió la puerta y se abrió sola. Berta, volviéndose, le hizo la señal al chófer de que se fuera.

Subimos las escaleras, Berta llevando con energía sus ciento sesenta y cinco libras, yo siguiéndola.

—Cuando lleguemos, querido, me dejas hablar a mí —me indicó Berta.

—¿Sabes de qué vas a tratar?

—Sí. Sé lo que él quiere que averigüe. Me parece que Nueva Orleans tiene las escaleras más altas del mundo…

—Es el segundo a la izquierda.

Berta subió los últimos escalones y se internó por el corredor e iba a llamar cuando se dio cuenta de que la puerta estaba abierta.

—Quiere que entremos directamente.

Entonces o alcancé a ver los pies de un hombre en una posición muy rara. Al quedar del todo la puerta abierta, vimos un cuerpo tirado en una silla. La cabeza tocaba al suelo y los pies enganchados en los brazos del sillón. Un siniestro arroyo manaba de una herida que tenía en el pecho y corría por encima de la chaqueta formando un charco en el suelo. Un almohadón medio chamuscado demostraba que con él había sido ahogado el ruido del tiro.

—¡Que me frían como a una ostra! —exclamó Berta con voz ahogada dando un paso hacia atrás.

Agarrándola del brazo la hice retroceder.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó. Yo no le contesté.

Pareció furiosa, pero entonces vio la expresión de mi rostro y sus ojos se abrieron de asombro.

Con un tono de voz más bien fuerte, dije:

—Bueno. Creo que no hay nadie en la casa.

Y sin soltarla la arrastré hacia la escalera. Cuando comprendió lo que pasaba, caminó más aprisa. Salimos silenciosamente por el corredor alfombrado, empujándola yo cada vez que se detenía.

Llegamos como pudimos a la calle y empecé a caminar ligero por Saint Charles Avenue. Ella sólo atinó a seguirme.

—¿Qué idea tienes? ¿Qué te pasa? Deberíamos avisar a la Policía.

—Avísales tú si quieres —dije—. No serás tan tonta para creer que podías haber entrado en aquella habitación y salir con vida.

Ella se detuvo mirándome.

—¿De qué estás hablando?

—¿No comprendes? —dije—. Alguien nos abrió la puerta para que pudiéramos entrar. Luego dejó la puerta entreabierta.

—¿Quién?

—Hay dos suposiciones. O la Policía estaba allí esperando que apareciera alguno, lo cual me parece imposible, o el asesino esperaba pacientemente a su segunda víctima.

Sus ojos pequeños y duros me miraban brillantes por la intensidad del pensamiento.

—Creo que tienes razón, tonto.

—Sí que la tengo.

—Pero es imposible que nos esperara a nosotros.

—Sí; una vez que hubiéramos entrado en la habitación no podía dejarnos salir… después de haberlo visto.

Y Berta cambió de color al darse cuenta del peligro corrido.

—¿Y por eso dijiste que no había nadie dentro?

—Claro. Hay un restaurante en la acera de enfrente. Hablaremos desde allí a la Policía y vigilaremos para ver si no sale nadie.

—¿Quién era la persona? ¿Conoces… al muerto?

—Lo he visto antes.

—¿Dónde?

—La otra noche. No podía dormir. Salí al balcón. Y él salía justamente de un bar. Dos mujeres le acompañaban y alguien los estaba esperando en un automóvil.

Lo de la noche pasada volvió a la memoria de Berta.

—¿Sería uno de los componentes de esa brigada de tocadores de bocinas?

—El peor de todos.

—Estoy contenta de que haya muerto.

—¡Cállate! Es peligroso jugar con esas cosas.

—¿Y quién dice que hablo en broma? Lo digo en serio. ¿No tendríamos que avisar a la Policía?

—Sí —le dije—. Pero a mi manera.

—¿Cuál es?

—Ven y te lo mostraré.

Entramos en el restaurante. Yo pregunté bien fuerte si el propietario no podía pedirme un taxi por teléfono o si podía hacerlo yo mismo.

Me señaló la cabina telefónica y me dio el número de la Compañía de coches. Me aseguraron que dos minutos después tendría uno allí.

Desde la cabina podía vigilar el apartamento de Roberta.

Esperé hasta oír la bocina del coche delante del restaurante, entonces eché una moneda, marqué el número del Departamento de Policía y muy naturalmente dije:

—¿Tiene un lápiz?

—Sí.

—Los Gulfpride Apartments, en Saint Charles Avenue.

—¿Qué hay con ellos?

—Piso dos, apartamento cuatro.

—Bueno. ¿Qué pasa? ¿Qué desea?

—Informar que ha sido cometido un asesinato allí. Si envían rápido un coche de Policía, pueden detener al asesino que está esperando otra victima.

—Diga, ¿quién habla?

—Adolfo.

—¿Adolfo qué?

—Hitler. Y no pregunte más.

Colgando el receptor salí fuera. Berta estaba en el coche y yo subí detrás de ella sin ninguna prisa.

—¿Adónde? —preguntó el chófer.

Berta iba a dar la dirección del hotel, pero yo la interrumpí,

diciendo:

—Almacén Unión. No hay prisa. Vamos despacio —y nos recostamos en los asientos.

Berta quería hablar, pero yo le clavaba el codo en las costillas cada vez que trataba de hacerlo. Por fin se calló y me miraba con impotente furia.

Despedimos el coche en el almacén. Hice entrar a Berta por una puerta y dimos unas vueltas, saliendo por otra.

—Hotel Monteleone —le dije a otro chófer.

Otra vez obligué a Berta a guardar silencio. Me sentía como si estuviera apretando la válvula de seguridad de una olla a vapor. No sabía en qué momento se produciría la explosión.

Llegamos al hotel. Seguí a Berta hasta un grupo de cómodos sillones, la instalé en los profundos almohadones y me dejé caer a su lado diciéndole amablemente:

—Ahora habla. Habla de todo lo que quieras… menos de lo que acaba de suceder.

Berta me miró.

—¿Quién eres tú para decirme a mí cuándo debo hablar y cuándo no?

—Cada paso que hemos dado hasta este momento será seguido. Lo que haremos desde ahora es lo que cuenta.

—Si nos siguen hasta aquí, nos seguirán hasta el fin.

Yo esperé que el empleado del escritorio mirara hacia nuestro lado. Entonces me acerqué sonriendo amablemente y le dije:

—Creo que el autobús del avión viene a buscar a los pasajeros que van hacia el Norte, ¿verdad?

—Sí. Llegará dentro de unos treinta minutos.

—¿Podemos esperarlo aquí? —y mostré un aire tímido.

—¡Cómo no! —me aseguró, sonriendo.

Volví al lado de Berta. Cuando la atención del empleado fijóse en otra parte, me dirigí al quiosco de las revistas y periódicos. Un momento después le hacía señas a Berta de reunirse conmigo. Luego fuimos hasta la entrada de una farmacia. Me detuve a echar unas monedas en la máquina de *pinball* y después seguimos nuestro camino.

—¿Adónde vamos? —preguntó Berta.

—Al hotel primero… el tiempo suficiente para hacer el equipaje

y pagar la cuenta.

—¿Y luego?

—Probablemente al apartamento.

—¿Los dos?

—Sí, aquel diván del estudio puede servir de cama.

—¿Cuál es tu idea? —dijo Berta—. Estás escapando como si fueras tú el asesino.

—No estés muy segura de que la Policía no lo crea así.

—¿Por qué?

—Roberta Fenn estaba trabajando en un Banco. La Policía le preguntará al banquero lo que sabe. Él le dirá que ayer por la tarde un hombre fue a verla alegando estar haciendo una investigación para arreglar una herencia. Roberta Fenn habló con él. Después el joven la esperó delante del Banco cuando ella dejó su trabajo. La hizo subir a un coche y se fueron. El joven estaba allí cuando el hombre asesinado había venido a verla la noche anterior. Estaba celoso.

—¿Y dónde está Roberta ahora? —preguntó Berta Cool.

—Roberta —dije—, o es la que apretó el gatillo o está tendida en el suelo un poco más lejos, en la misma habitación, o es la víctima que el asesino esperaba.

—Creo que será mejor tomar un coche e ir a la Policía y decirles todo este asunto.

Yo me detuve, la llevé hasta el borde de la acera y señalé un coche estacionado al otro lado de la calle.

—Allí hay un coche —dije—. Sube.

Berta titubeó.

—¿No lo piensas así, Donald?

—No.

—¿Por qué no?

—Por un montón de razones.

—Di alguna.

—Esto echa muy mal olor.

—¿El qué?

—Todo el asunto.

—¿Por qué?

—Hale vino a Los Ángeles —dije—. Nos contrató para venir a Nueva Orleans a buscar a Roberta Fenn. ¿Por qué no encargó ese

trabajo a una agencia de detectives de Nueva Orleans?

—Porque tenía confianza en nosotros. Le habíamos sido recomendados.

—Así que en vez de contratar a una agencia de Nueva Orleans para un trabajo tan corriente, nos paga un precio fantástico y gastos de viaje de Los Ángeles hasta aquí.

—Tú estabas en Florida. Pareció muy contento cuando le dije que podrías estar aquí dos días antes que nosotros.

—Muy bien. Se alegró. Nos contrató para trabajar en este caso porque nos tenía confianza. Y él durante todo ese tiempo sabía dónde estaba Roberta Fenn.

Berta me miraba como si yo hubiera hecho algo incomprensible, tirar un ladrillo contra la vidriera de la farmacia que estaba detrás nuestro, por ejemplo.

—Ésta es la verdad.

—¡Donald! Estás completamente loco. ¿Por qué iba a hacer todo ese viaje a Los Ángeles para contratarnos por cincuenta dólares diarios y otros veinte de extra para gastos, para encontrar en Nueva Orleans a una mujer que él decía perdida, lo que no era cierto?

—Ésa es la razón por la cual no subo a ningún coche, ni voy al Departamento de Policía. Tú puedes ir si quieres. Ahí está el coche; y conociéndote como te conozco, creo que tendrás bastante dinero para el gasto.

Yo eché a andar hacia el hotel.

Berta me siguió a grandes pasos.

—¡No necesitas hacerte el independiente!

—No lo soy. Sólo quiero tener las manos libres.

—¿Qué vas a decir cuando la Policía te detenga y haga las cosas más desagradables por el hecho de no haber informado del crimen?

—Le di el informe.

—Por lo mismo no le va a gustar a la Policía tu proceder.

—No le he pedido su opinión.

—Cuando te encuentren —previno Berta—, vas a pasar un mal rato.

—A menos que les proporcionemos algo para distraer su atención.

—¿Y qué va a ser ello?

—El asesino que estaba en aquella habitación… o tal vez otro

caso de asesinato. Algo que les interese.

Ella dijo al fin:

—Donald, estás loco con respecto al asunto Hale.

—¿A qué te refieres?

—A lo que dices de que él sabe dónde está Roberta.

—Lo sabe muy bien.

—¿Qué te hace pensar así?

—El camarero del «*Bourbon House*» le vio salir del «
O'Leary's
».

—¿Estás seguro?

—En lo posible. Él me dio las señas y me dijo que parecía que le molestaba algo en la boca.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un mes, poco más o menos.

—¿Entonces ella sabe quién es Hale?

—No. Es Hale el que la conoce. Ella cree que se llama Archibald C. Smith, de Chicago.

Berta suspiró.

—Esto es demasiado complicado para mí. Es como esos rompecabezas chinos que tanto te gustan a ti. A mí no me hables de ello.

—No estoy loco por este asunto. Aunque no es cuestión de que nos guste o no. Es algo en que estamos metidos hasta el cuello…

—Bueno —dijo Berta—. Voy a comunicarme con Hale para que nos explique. Yo…

—No vas a hacer semejante cosa —la interrumpí—. Recordarás que Hale nos dijo que no deseaba que investigáramos otra cosa que lo que nos había encargado. Encontrar a Roberta Fenn.

Berta seguía reflexionando.

—Bueno. He resuelto una cosa.

—¿Qué?

—Nosotros hemos encontrado a Roberta Fenn. Para eso nos contrataron. Y hemos ganado honradamente el cheque. Ahora tengo que volver a Los Ángeles. El asunto de esas construcciones es importante. Ése es un trabajo de guerra.

—Por mí puedes hacerlo.

Berta entró en el escritorio, diciendo:

—¿Cuándo sale el primer tren para California?

El empleado dijo, sonriendo:

—Si lo pregunta en la portería… Espere un momento. ¿Es usted la señora Cool?

—Sí.

—Usted vivía aquí. ¿Se fue anoche?

—Es cierto.

—Esta mañana llegó un telegrama para usted. Nosotros lo devolvimos a la Compañía. Hace un momento. Tal vez no ha salido todavía. No, aquí está.

El hombre lo tomó, entregándoselo a Berta. Ésta rasgó el sobre y sostuvo el mensaje para que yo pudiera leerlo por encima de su hombro.

Estaba fechado en Richmond la noche antes y decía:

*Después de hablar con usted por teléfono, vuelvo a Nueva Orleans en el primer avión que salga.*

EMORY B.
HALE
.

# capítulo nueve

NOS alejamos del escritorio. Berta se quedó mirando el telegrama.

—Llegará en cualquier momento. Hay un avión que llega esta mañana de Nueva York. No dice cuál tomará. Richmond debe ser el punto donde se detuvo en su viaje al Norte.

—No… Dice en el primero que pueda. Es porque en estos días hay mucha aglomeración.

—Cuando venga hablaremos.

Berta tomó una brusca resolución y a su estilo.

—Tienes razón al querer hablarlo todo. Berta se va a Los Ángeles en avión. Si el señor Hale pregunta algo le dices que es porque tiene un trabajo de guerra que necesita su presencia allá. ¿No le hablarás de lo que ha sucedido esta mañana?

—No.

—Eso es todo lo que quiero saber.

—¿Quieres que te acompañe al aeropuerto?

—No. Me envenenas. Tú eres el que quiere hacerle frente a Hale porque crees que te engaña. Es asunto tuyo. Manda las invitaciones y espera a los invitados. Berta se va a comer unos barquillos y luego sale de viaje.

—Quiero una llave del apartamento —dije—, y…

—Estará en la puerta. Haré mi maleta y dejaré la llave en la cerradura. Adiós.

Se dirigió a la puerta y la vi subir en un coche sin volverse a mirar atrás.

Cuando se fue pasé por el comedor y pedí un buen almuerzo. Subí a mi habitación y me tendí en un sillón con los pies sobre otro. Y me puse a leer los diarios de la mañana, mientras esperaba a Hale.

Él llegó después de las diez.

Le tendí la mano, diciendo:

—Bueno, hizo un viaje en redondo.

Hale dejó aparecer su característica sonrisa.

—Así es en realidad —admitió—. No me había dado cuenta de que esto marcharía a todo vapor con dos trabajadores como ustedes. ¿Qué le sucedió a la señora Cool? Pregunté por ella y me dijeron que se había ido.

—Sí, regresó a Los Ángeles por un asunto de urgencia… trabajo de guerra.

—¡Oh! ¿Ustedes trabajan para la FBI, entonces?

—No he dicho eso.

—Por lo menos lo dejó vislumbrar.

—No estoy familiarizado con esa clase de negocios, pero no creo que estemos en eso.

—¿Si lo estuviera no querría admitirlo? —y él rió.

—Tal vez no.

—Es todo lo que deseaba saber. Sin embargo, siento que ella no esté aquí.

—Dijo que ya no tenía nada que hacer en Nueva Orleans. Habiendo localizado a Roberta, lo demás son simples detalles.

—Hasta cierto punto eso es verdad. Ustedes trabajan demasiado rápidamente. Me dijeron en el despacho que la señora Cool se había ido anoche del hotel. ¿No salió en seguida para Los Ángeles?

—No. Esta mañana.

—Pero ¿se fue del hotel?

—Es cierto. Tomó un apartamento en el barrio francés. Pensó que era más cómodo para nuestra investigación.

—Comprendo. ¿Dónde es ese apartamento?

—No lo puedo decir exactamente. Es uno de esos apartamentos en que usted entra por una calle, da media docena de vueltas y sale por otra. ¿Conoce el barrio francés?

—No.

—Ahora verá este apartamento. Es típico.

—Así que la señora Cool se ocupa en trabajos de guerra. No me lo dijo.

—¿Usted se lo preguntó?

—No.

—Ella informa poco de sus asuntos a los clientes.

Me lanzó una rápida mirada. Yo conservé mi rostro tranquilo.

—¿Entonces no habló con la señorita Fenn?

Yo demostré la más grande sorpresa.

—Pero según su telegrama, comprendimos que usted deseaba que esperáramos su llegada y que sería usted quien hablaría con ella.

—Bueno… No era eso exactamente. ¿Dice usted que vive en los Gulfpride Apartments, en Saint Charles Avenue?

—Sí.

—Vamos a verla.

—¿Quiere que yo esté presente cuando hable con ella?

—Sí.

Llamamos un taxi y le dimos la dirección de los Gulfpride Apartments.

A mitad de camino el chófer bajó el vidrio y dijo:

—¿Es el sitio donde hubo un crimen esta mañana?

—¿Qué sitio?

—Los Gulfpride Apartments.

—No comprendo. ¿Quién ha muerto?

—No le conozco. Un hombre llamado Nostrander.

—Nostrander —dije como recordando—. No creo que conozca a nadie con ese nombre. ¿Qué era, qué hacía?

—Un abogado.

—¿Está seguro de que fue asesinado?

—Así dicen. Alguien le atravesó el corazón con un treinta y ocho.

—¿Vivía allí?

—No. Fue encontrado en el apartamento de una dama.

—¿Sí?

—La muchacha trabajaba en un Banco.

—¿Y ella?

—Ha desaparecido.

—¿No recuerda su nombre?

—No. Yo… Espere. Uno de los muchachos me dijo algo. A ver. Era un nombre corto. Pen…; no, no era así. Espere. Fenn. Roberta Fenn. Ése era el nombre.

—¿La Policía cree que ella lo mató?

—No se cuál será la teoría oficial. Todo lo que sé es lo que me

dijo un charlatán que estaba en la parada. Que habían mandado buscar un fotógrafo para tomar una fotografía del cuerpo. Dijo que aquello era un desorden. Aquí es. Está lleno de vehículos.

Hale iba a decir algo. Yo le gané de mano.

—¿Qué le parece si vamos primero a la otra cita y volvemos más tarde para nuestra entrevista en el Gulfpride, cuando haya desaparecido todo este barullo? No me gusta conversar de negocios mientras la gente corre de un lado al otro, subiendo y bajando las escaleras, haciendo ruido, y…

—Me parece una buena idea —contestó Hale.

Le dije al chófer:

—Muy bien. Llévenos a Saint Charles y Napoleón, y nos deja allí.

Me recosté en los almohadones y dije en voz alta:

—Por otra parte, nuestro personaje en Gulfpride no va a tener ganas de hablar de negocios en este momento. Estará haciendo comentarios con los inquilinos.

—Tiene razón. Volveremos más tarde.

Después de esto guardamos silencio hasta que el conductor nos dejó en el sitio indicado.

—¿Desean que los espere?

—No. Probablemente tardaremos un par de horas.

Tomó la propina y se fue.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hale.

—Esperemos un tranvía para volver a la ciudad.

Mi acompañante demostró alguna excitación.

—Necesitamos averiguar todo lo posible sobre este asunto. Mire, Lam, usted es un detective. Le será fácil comunicarse con la Policía y enterarse de todo.

—No hay la más mínima probabilidad —le interrumpí con firmeza.

—¿La Policía y las agencias privadas no trabajan juntas?

—La contestación se encierra en una sola palabra. Es ésta: *¡No!*

—Pero esto desarregla todos mis planes. ¿Está seguro de que esa mujer es la misma Roberta Fenn cuyos retratos le mostré?

—Sí.

—Me pregunto dónde está —murmuró.

—Probablemente la Policía se está haciendo la misma pregunta.

—¿Cree que podremos encontrarla otra vez, Lam?

—Es posible.

Su rostro se iluminó.

—Quiero decir, ¿antes que la Policía?

—Tal vez.

—¿Cómo lo haría?

—Todavía no puedo decírselo.

Esperamos el tranvía. Hale estaba nervioso y a cada momento miraba su reloj. Vino uno y subimos. Me di cuenta de que el hombre había tomado una decisión sobre algo y buscaba la ocasión de decírmelo, pero yo no se la daba. Sencillamente miraba por la ventanilla sin ocuparme de él.

Alargamos nuestros cuellos cuando pasamos delante de los Gulfpride Apartments. Todavía quedaban algunos coches delante de la puerta. Un grupo de hombres conversaba en la acera.

Aquello dio a Hale su oportunidad. Tomó aliento y dijo:

—Lam, me voy a Nueva York. Lo dejo a usted encargado de todo.

—Lo mejor que puede hacer —le contesté— es tomar una habitación, encerrarse y dormir. No puede seguir yendo y viniendo todo el tiempo de Nueva York.

—Temo no poder descansar mucho.

—El apartamento de Berta Cool está desocupado. Puede dormir allí. Eso no es un hotel. Allí nadie le incomodará. No tiene más que echar la llave a la puerta.

Vi que la idea le agradaba.

—Y lo que es más —agregué—, encontrará el apartamento interesante por otra razón. Roberta Fenn vivió en él varios meses. Lo ocupaba bajo el nombre de Edna Cutler.

Se enderezó, y sus párpados enrojecidos por la falta de sueño se abrieron con un manifiesto interés.

—¿Así es cómo la encontró? —Parecía un poco mortificado—. Es asombroso cómo descubre las cosas, Lam. Es una verdadera lechuza.

Yo reí al oír aquello.

—Y lo que es más —dijo—, estoy seguro de que sabe mucho más sobre la señorita Fenn.

—¿No quería que la encontrara?

—Sí.

—Bueno. La he encontrado. Nosotros tratamos de los resultados y no fastidiamos a nuestros clientes informándoles de nuestros métodos.

Él volvió a recostarse contra el asiento.

—Usted es un joven extraordinario. No comprendo cómo ha podido saber tantas cosas en tan poco tiempo.

—Bajaremos aquí —le dije—, y seguiremos a pie. Hay cinco minutos de camino.

Hale se interesó mucho en el moblaje y en las viejas habitaciones de altos techos. Salió al balcón, miró las plantas y a uno y otro lado de la calle. Volviendo a entrar, probó el colchón de muelles de la cama, diciendo:

—Muy bonito. Creo que aquí podré descansar. Así que Roberta Fenn vivía en él… Muy interesante.

Yo le dije que tratara de descansar, y dejándolo, salí a la calle en busca de una cabina telefónica donde pudiera hablar sin ser oído.

Necesité media hora para conseguir comunicarme con una agencia de detectives en Little Park y descubrir que 935 Turpitz Building, la dirección dada por Edna Cutler a Roberta, era únicamente para recibir correspondencia. Era una gran oficina donde una muchacha alquilaba despachos a pequeños comerciantes, hacía trabajos de estenografía y despachaba la correspondencia.

Ella odia mandarle cualquier carta a Edna Cutler, pero la dirección actual del cliente era confidencial… secreta.

Le dije al hombre de Little Rock que la agencia le enviaría un cheque y entonces me puse a buscar una agencia comercial. Pregunté al jefe:

—¿Podría copiarme un borrador y hacerme mil copias en el mimógrafo?

—Sí, señor.

—¿Puedo dictar una carta a una mecanógrafa?

La muchacha me sonrió, tomando el lápiz.

—Puede empezar cuando quiera.

—Muy bien —y le dicté:

*«Querida señora:*

*»Una íntima amiga suya dice que usted tiene lindas piernas.*

*Nosotros deseamos que sea cierto.*

*»Usted ahora no puede comprar… las medias de seda que antes usaba, en los Estados Unidos.*

*»Podríamos hacer un arreglo para proporcionárselas hasta que termine la guerra. Cuando el ataque a Pearl Harbour, un vapor japonés entró en un puerto mejicano y nosotros hemos conseguido toda su carga a mitad de precio. Son medias de seda que serán traídas para nuestro uso de aquel país. Todo lo que usted tendrá que hacer será abrir el paquete y ponérselas y usarlas durante treinta días. Si al cabo de ese tiempo está satisfecha de ellas, nos gira el importe de lo que pagaba por unas iguales hace un año. Si alguna de esas medias se corre o tiene fallas o defectos, devuélvalas.*

*»No tiene más que poner su nombre y dirección en la tarjeta adjunta y echarla al buzón. Eso sin ningún compromiso».*

—¿Qué más? —preguntó la muchacha, levantando la vista.

—Eso es todo —contesté—. La firma es Compañía Importadora de Artículos De Seda. Tendrá que conseguirme un muestrario de colores y tarjetas.

—¿Cuántas quiere?

—Un millar. Después que tenga la copia hecha, quiero una o dos pruebas antes de hacer las mil.

—Muy bien. Pero ¿qué es todo este enredo? —Yo la miré sin decir nada. Ella continuó—: Vea… hubo un embargo de sedas, pero fue mucho antes de Pearl Harbour. Y después, ¿desde cuando han venido medias del Japón?

Yo me eché a reír.

—Si las personas que han de recibir esas cartas fueran tan inteligentes como usted, yo no tendría ninguna probabilidad. Soy un detective privado. Se trata de una tontería. Quiero descubrir a alguien que se esconde detrás de una falsa dirección.

Ella me miró de arriba abajo. Pude ver con extrañeza que su mirada se volvía respetuosa.

—Muy bien —dijo—. Casi me desconcierta. ¿Así que usted es un detective?

—Sí. Y no me diga que no lo parezco. Estoy cansado de oírlo decir.

—Es un buen oficio; debería estar orgulloso de él. ¿Y la realidad en lo que se refiere a las cartas? ¿Cuántas quiere?

—Sólo dos. No se esmere mucho. Hágalas borrosas, de manera que parezcan las últimas copias. Puede poner la dirección en los sobres. La primera a Edna Cutler, novecientos treinta y cinco Turpitz Building, Little Rock, Arkansas, y la otra a Berta Cool, Drexel Building, Los Ángeles.

La muchacha sonrió, y sacando la máquina de escribir de un lado del escritorio, dijo:

—Es un buen cebo. Venga dentro de media hora y las tendré listas.

Puso la hoja de papel en la máquina y empezó a escribir.

Dije que volvería y salí; compré el primer diario de la tarde y me senté junto al mostrador del restaurante a leer el informe del crimen.

Todavía los diarios no traían todos los detalles, pero hablaban de las cosas más importantes.

Pablo G. Nostrander, un conocido y joven abogado, había sido encontrado muerto en el apartamento de Roberta Fenn. Ésta había desaparecido. Era secretaria del gerente de un Banco de la ciudad y no se había presentado a trabajar. Después de revisar prolijamente el apartamento, la Policía estaba convencida de que, si había escapado, no llevaba ni sus ropas, cremas, cepillos de dientes, ni siquiera el bolso. Éste estaba cerrado sobre el tocador del dormitorio. No sólo contenía su dinero, sino también las llaves del apartamento. Según el razonamiento de la Policía, estaba sin dinero y sin llaves para entrar en su propia casa. Esperaban encontrar su cadáver de un momento a otro, o su presentación a la justicia. Había dos teorías. Una, era que el asesino había matado al joven y obligado a la muchacha a seguirlo, apuntándola con el revólver. La otra, que el asesinato había sido llevado a cabo en ausencia de Roberta Fenn y ella, al volver y encontrarse con eso, en un momento de pánico había escapado. Existía naturalmente, una tercera posibilidad: que Roberta Fenn hubiera disparado el tiro.

Pero la Policía se inclinaba más hacia la primera teoría.

Ellos buscaban a un joven bien vestido, con un traje cruzado, a cuadros, que había esperado la noche antes a Roberta a la salida de su trabajo. Varios testigos los habían visto juntos subir a un taxi. La

Policía tenía sus señas.

Estatura: cinco pies y cinco pulgadas y media. Peso: ciento treinta libras. Cabello negro, ondulado; ojos grises, agudos. Edad: veintinueve años. Traje gris cruzado. Zapatos de deporte castaño y blanco.

Nostrander ejercía desde hacía cinco años. Tenía treinta, y entre los abogados sobresalía por su ingenuidad lo mismo que por su rapidez mental al estudiar un caso. Era soltero. Sus padres habían muerto y tenía un hermano mayor que él, que era jefe de una gran Compañía. Por lo que se sabía, el abogado muerto no tenía enemigos y sí un grupo de amigos que estaban muy impresionados por su muerte.

El crimen había sido cometido con una pistola especial de Policía, calibre 38. Sólo se había disparado un tiro. Los médicos decían que la muerte había sido instantánea. La posición del cuerpo y la distancia que mediaba entre la mano del muerto y la pistola caída, hacían imposible considerarlo como un suicidio. También investigaban la teoría de que el asesinado pudiera ser parte de un extraño suicidio y que Roberta, demasiado nerviosa y asustada para realizar la suya hubiera huido.

Se calculaba que el crimen había sido cometido entre las dos y dos y media de la madrugada, El ruido del tiro había sido apagado por un almohadón. Una sola persona lo había oído. Ésta era Marilyn, empleada en el «Jack
O'Lantern
Club», que regresaba a su casa. Tenía el apartamento enfrente del de Roberta Fenn. Había oído un tiro cuando metía la llave en la puerta de la calle. Dos amigos esperaban en un auto a que ella entrara. Se volvió a preguntarles si habían oído y le contestaron que no. La Policía daba mucha importancia a este detalle, porque indicaba que la almohada había ahogado el tiro lo suficiente para no poder ser oído con el motor en marcha.

Los amigos la convencieron de que era una puerta que se había golpeado. Ella subió a su apartamento, preocupada por esto y miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las dos y treinta y siete minutos.

El diario no hablaba de cómo había descubierto el crimen la Policía. La noticia de la llamada telefónica había sido deliberadamente suprimida. Decía que la Policía había tropezado

con aquel crimen al hacer una simple «recorrida de inspección».

Leí las noticias de la guerra y volví a la agencia.

Ethel Wells había hecho una copia de la carta.

Yo la leí.

—¿Cree que dará resultado? —pregunté.

—A mí me llamó la atención, como usted lo habrá observado.

—Lo vi —ella se echó a reír—. Usted era toda ojos mientras hacía el escrito. Necesito una dirección para la Compañía Importadora de Artículos de Seda.

—Tres dólares por mes le dan derecho a usar esta oficina como dirección de Correos. Puede hacerse mandar aquí tantas cartas como quiera.

—¿Puedo confiar en su discreción?

—Lo cual es una manera muy amable de decirme si puedo quedarme con la boca cerrada si alguien viene a hacer preguntas…

—Sí.

—¿Y si es un inspector postal?

—Dígale la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Que no conoce mi nombre ni nada de lo que a mí se refiere.

Ella lo pensó un momento y luego dijo:

—Es una idea. ¿Cuál es su nombre?

—En los libros será *dinero*. Usted ha agregado tres dólares a sus rentas y el precio de las copias.

# capítulo diez

VOLVÍ al hotel y subí a mi habitación. Abrí un paquete de cigarrillos y, sentándome cerca de la ventana, me puse a pensar.

Berta Cool estaría mitad de camino entre Nueva York y Los Ángeles. Elsie Brand estaba sola en la oficina y me pareció el mejor momento para conseguir la información que deseaba.

Descolgué el receptor, hice una llamada de estación a estación. Tardé cinco minutos en conseguirlo. Luego oí la voz de Elsie Brand, nerviosa y comercial, que decía:

—¡Hola!

—¡Hola, Elsie! Habla Donald.

La voz se suavizó.

—¡Oh, hola Donald! El operador me dijo que hablaba Nueva Orleans y pensé que era Berta. ¿Qué novedades hay?

—Es lo que quiero preguntarte a ti.

—¿Sobre qué?

—Berta me ha dicho que se va a ocupar de un trabajo de guerra.

—¿No lo sabías?

—No. No sabía nada hasta que ella me lo dijo.

—Ha estado trabajando en eso desde hace seis semanas. Creí que te lo había dicho.

—No. ¿Cuál es su idea?

Ella rió, incómoda.

—Creo que quiere ganar dinero.

—Escucha, Elsie: hace bastante tiempo que soy socio de Berta como para observarte que no pago una comunicación a larga distancia por el placer de oírte dar rodeos. ¿*Cuál* es su idea?

—Pregúntaselo a ella, Donald.

—Te prevengo que me vas a hacer perder la paciencia —la amenacé.

—Pero piensa un poco —dijo ella de pronto—. Debes tener cerebro. ¿Para qué va a querer Berta ocuparse en un trabajo de la Defensa? Imagínate tú mismo y deja de pedirme que te lo diga. Tengo mucho que hacer y tú no eres más que *uno* de los socios.

—¿Es para poder hacer una reclamación que me exceptuaría del servicio militar? —hubo un silencio del otro lado de la línea—. ¿Es eso?

—Hemos tenido muy buen tiempo por aquí —dijo Elsie—, aunque no debo decírtelo porque es un secreto militar.

—¿Lo es?

—¡Oh, sí! Suprimiendo toda observación sobre el tiempo, hemos dado un gran paso para ganar la guerra. Una de las cosas que nos faltan es papel de diario. La Cámara de Comercio de Los Ángeles gastaba tanto papel sobre el tema de plantar densos bosques en una superficie de nueve mil seiscientos ochenta y siete acres, calculando que los árboles tuvieran un término medio de dieciocho pulgadas de diámetro y crecieran a una distancia de dieciséis pies, midiendo desde el centro del árbol. Eso significa que los árboles tendrían una altura…

—Los tres minutos han pasado —oyóse; y la operadora cortó la comunicación.

—Ganaste —le dije a Elsie—. Hasta la vista.

—Adiós, Donald. Buena suerte.

Oí el clic del conmutador al otro extremo de la línea.

Me recosté con los pies sobre una silla mientras reflexionaba.

El teléfono llamó. Levanté el receptor diciendo:

—¡Hola! —y oí una voz de hombre que decía con precaución:

—¿Es usted, señor Lam?

—Sí.

—¿Usted es un detective que tiene oficina en Los Ángeles… un miembro de la firma Cool y Lam?

—Eso mismo.

—Deseo verle.

—¿Dónde está usted?

—Abajo.

—¿Quién es?

—Nos hemos encontrado antes.

—Su voz me es vagamente familiar, pero no lo recuerdo…

—Lo hará en cuanto me vea.

Yo me eché a reír y le dije con cordialidad:

—Suba.

Dejé el receptor en su sitio, tomé el sombrero, el abrigo, el sobretodo y el maletín; me aseguré que tenía la llave de la habitación en mi bolsillo, cerré la puerta y desaparecí por el corredor. Me agaché al pasar por delante de la caja del ascensor, seguí más allá, hasta donde aquél daba la vuelta, y esperé.

Le oí llegar. Me puse en acecho. Era solamente un hombre. Se alejaba en dirección a mi cuarto. Tenía algo en la manera de mover sus hombros que me era conocido, y eso me sorprendió. Yo hubiera apostado diez contra uno que aquella llamada venía de la Policía para estar seguros de que yo estaba en el hotel antes de rodear la plaza. El hecho de que este hombre viniera solo y de que realmente lo conocía, fue una agradable sorpresa. Pero no me moví de mi escondite hasta haberle reconocido y esto sucedió cuando él se volvió hacia la izquierda.

Era Marcos Cutler. Esta vez venía sin Goldring.

Golpeaba mi puerta por segunda vez cuando me acerqué.

—¡Oh, buenos días, señor Cutler!

—Creí que estaba en su habitación —dijo al volverse.

—¡Yo! Pero si ahora llego.

Miró el sombrero, el abrigo y el maletín, y dijo:

—Hubiera jurado que había reconocido su voz. Llamé a su habitación hace un momento.

—Le han dado mal el número.

—No. Yo le dije a la operadora muy bien con quién deseaba hablar.

Me retiré de la puerta, y bajando la voz dije:

—¿Y alguien contestó al teléfono?

Él asintió, y yo pude ver una brusca aprensión en su rostro.

—Puede no ser tan sencillo como parece —dije, tomándolo del brazo y alejándome de aquel sitio—. Vamos a ver al detective del hotel.

—¿Usted quiere decir…? ¿Usted cree que es un ladrón?

—Podría ser la Policía registrando mi habitación. ¿Usted no dio su nombre?

Esta vez pude ver temblar el músculo de su ojo izquierdo.

—No… Salgamos de aquí.

—Vamos —dije.

Empezamos a caminar.

—Me *pareció* que su voz era un poco rara —dijo.

—¿Cómo me encontró?

—Es una historia bastante original.

—Oigámosla.

—Busqué a la dueña de aquel apartamento y le dije que cuando usted lo dejara me gustaría instalarme en él. Que yo no quería quitárselo a usted, pero que sólo me quedaría una semana, que le pagaría el doble y…

—Pase por alto los detalles —dije.

—Le expliqué que mi esposa Edna había vivido en él. Me contestó que ella había estado allí varios meses hacía tres años, que podría mirar en sus libros la fecha exacta. Y le dije que tal vez la necesitaría como testigo. Saqué del bolsillo el retrato de Edna y se lo mostré. Dijo que aquella *no* era la mujer. Entonces se volvió desconfiada y quiso saber de qué se trataba. Al correr de la conversación salió a relucir que *usted* había aparecido en escena unos días antes y le había mostrado un retrato de la persona que tenía alquilado el apartamento y que ella la reconoció en seguida.

»Naturalmente que esto me preocupó. Usted comprenderá por qué. Fui al apartamento a buscarlo y no estaba allí. Seguí golpeando y un hombre me dijo que lo dejara tranquilo. Tanto insistí que, gruñendo, abrió la puerta. Yo esperaba encontrar a usted o a la gruesa dama. Ese hombre me resultó una sorpresa.

—¿Qué le dijo él?

—Le conté lo sucedido y que yo estaba buscando algún testigo para poder probar que ciertos papeles le habían sido entregados. Que necesitaba hablar con usted.

—¿Y qué le contestó?

—Que creía que podría encontrarlo en el hotel. Que usted no le había dicho nada, pero si necesitaba un buen detective privado podía dirigirme a usted. Creo que trataba de conseguirle algún trabajo. Lo puso por las nubes.

»Cuando más lo pienso, más raro me parece todo esto. Empiezo a creer que usted… Bueno…

—¿Estoy tratando de ocultar algo?

—Sí.

—¿Entonces qué?

—He venido a verlo.

—¿Eso es todo?

—¿No es bastante?

El ascensor se detuvo.

—Probablemente, no —dije—. Hablaremos abajo, en el vestíbulo.

—¿No hay demasiado público?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué hablar allí?

—Precisamente. Porque es un sitio público.

—¿Y qué hace con quien esté en su habitación?

—Le hablaré al detective del hotel.

Cutler no quedó muy tranquilo con la idea de ver a éste. Esperó mientras yo le llamaba y le explicaba lo sucedido. Que un amigo llamó a mi habitación y un desconocido había contestado y yo creía que alguien andaba revolviendo mis cosas. Le di la llave para que subiera a ver. Luego me volví a Cutler.

—Muy bien. Ahora hablemos.

Éste estaba asustado.

—Mire, Lam, supóngase que es la Policía.

—¿La que está en lo cierto?

—Sí.

—Si es la Policía, está bien. En esta ciudad la Policía a veces sospecha de los detectives privados y quiere averiguar las cosas. Es algo a lo que estamos acostumbrados. Uno tiene que estar preparado a esto, y gustarle.

—Pero si es la Policía, vendrán a buscarlo aquí, se lo llevaran, y encontrándome a mí con usted…

Le interrumpí con una carcajada.

—Eso demuestra lo poco que entiende usted de esto.

—¿Qué quiere decir?

—Si es la Policía, le dirán al detective que vuelva y diga que en la habitación no hay nadie. Y él vendrá con aspecto indiferente y sonriendo a decirme que todo está bien.

—¿Y la Policía?

—Por el momento, desaparecerá. No les gusta que los

encuentren revisando una habitación sin una orden del juez.

Cutler parecía desconfiado.

—Quisiera creerle.

—Puede hacerlo. Yo he pasado por estas cosas otras veces. Es un procedimiento corriente… trabajo de todos los días.

Él se quedó pensando.

—No quiero que la Policía intervenga en mis asuntos. Se trata de algo privado y voy a arreglarlo a mi manera.

—Muy natural.

—Pero si la Policía empieza a interrogarle, saldrán a relucir cosas que no quiero que se hagan públicas.

—¿Tales como qué?

—Ese divorcio, por ejemplo.

—Ese divorcio está legalmente hecho. Es cosa pública. Todo el proceso se guarda en los archivos.

—Ya lo sé —dijo con enfado.

—Prosiga. ¿Qué es lo demás?

—Mi esposa.

—¿Qué le pasa?

—Usted no comprende.

—No. Creía que me había dicho que no sabía dónde estaba.

—No esa esposa.

—¡Oh, oh! ¿Se casó otra vez?

—Sí.

—¿Se dejó enredar?

—No se puede decir precisamente eso.

—Parece interesante. Cuénteme algo más.

—Edna me dejó y se vino a Nueva Orleans. Yo me divorcié de ella y me tomé un plazo prudencial. Esas cosas llevan tiempo. El amor no espera. Conocí a mi esposa actual. Nos fuimos a México y nos casamos. Debería haber esperado el fallo. Esto es una complicación.

—¿Lo sabe su nueva esposa?

—No. Saltaría hasta el techo si lo sospechara. Si Goldring entregó la notificación a otra mujer… Bueno, usted entiende de estas cosas. ¿Qué se le ocurre?

—Nada que pueda ayudarlo.

—Podría pagarle mucho dinero para encontrar algo que pudiera

sacarme de este trance.

—Lo siento.

Se levantó.

—Recuérdelo. Si en su investigación tropieza con alguna cosa que pueda ayudarme, seré muy, pero muy generoso.

—Si Cool y Lam hacen algo por usted, no tendrá necesidad de ser generoso. Usted recibirá una buena cuenta.

Rió al oír esto y se puso de pie, diciendo:

—Muy bien; quedamos en eso.

Nos dimos la mano y él dejó el hotel.

# capítulo once

EL club nocturno «Jack
O'Lantern
» era uno de la docena de típicos clubs nocturnos establecidos en el barrio francés.

Allí había una pista de baile, media docena de mesas agrupadas en tres habitaciones, que se habían reunido mediante el procedimiento de retirar puertas y abrir arcadas. Al frente, media docena de carteles anunciando varios números del programa, se exhibían en un enorme cuadro.

Era temprano y la concurrencia era escasa. Algunos extranjeros. Un grupo de soldados y marineros. Cuatro o cinco maduros matrimonios, evidentemente turistas, decididos a «ver el espectáculo» y retirarse a una hora razonable.

Encontré una mesa y me senté, pidiendo un *coke* y ron. Cuando lo trajeron, miré hacia las profundidades de la bebida con aire desolado.

Unos minutos después se acercó una muchacha.

—¡Hola, gatito huraño!

Sonreí.

—¡Hola, ojos brillantes!

—Eso está mejor. Parece que necesita que lo alegren.

—Así es.

Ella apoyó los codos en el respaldo de la silla opuesta, esperando mi invitación. Me levanté y pareció sorprendida.

—¿Le parece bien tomar algo? —le pregunté.

—Me gustaría —miró a su alrededor cuando yo le acerqué la silla, esperando que los demás la vieran.

Apareció un camarero no sé de dónde.

—*Whisky* y agua clara —pidió ella—. ¿Y usted? —me preguntó.

—Ya estoy servido.

—Tiene derecho a dos bebidas por un dólar —me dijo— cuando una de las muchachas se sienta a su mesa. O una sola, como quiera.

Le tendí un dólar y veinticinco centavos, diciendo:

—Dé mi bebida a esa dama. Guarde el resto y no me moleste por un rato.

Riendo tomó el dinero y trajo a la joven un vaso mediano de un líquido color de ámbar pálido.

Ella ni siquiera disimuló, pero bebió cumpliendo un deber.

Alargué la mano antes de que ella pudiera dejar el vaso y noté el olor.

Ella pareció enojada.

—¿Por qué será que todos ustedes, muchachos inteligentes, creen ser tan vivos al hacer eso?, naturalmente que es té. ¿Qué esperaba?

—Té frío —dije.

—Bueno, no se ha engañado. Si mi estómago lo soporta no tiene por qué asustarse.

—No me asusto.

—La mayoría lo hacen así.

—Yo no.

Busqué en mi bolsillo, sacando un billete de cinco dólares, le dejé ver la cifra y luego lo doblé en dos para guardarlo escondido en mi mano y la deslicé al medio de la mesa.

—¿Marilyn está esta noche? —pregunté.

—Sí. Es aquella que está de pie cerca del piano. Ella es la principal, la que lo maneja todo y nos manda a las diferentes mesas.

—¿Ella la mandó aquí?

—Sí.

—¿Qué sucedería si nos peleáramos?

—No lo haremos. Se necesitan dos para una pelea. Mientras usted pida bebidas no voy a pelear, y cuando deje de pedirlas, yo no estaré aquí.

—Supóngase que no nos entendemos.

—Bueno, y yo no estaría aquí.

—¿Marilyn puede obligarla a volver?

—No. Si usted no daba resultado, le dejaría aburrirse solo, a menos que llegara mucha gente y faltaran las mesas. Entonces le

despedirían. ¿Eso deseaba saber?

Su mano se acercó a la mía. Así la suya con afecto.

—Algo más. ¿Cuál es su nombre?

Titubeó.

—Rosalinda. ¿Qué más desea?

—¿Cómo podría hacer para que Marilyn viniera a mi mesa?

Sus ojos se entornaron ligeramente. Miró a su alrededor, diciendo:

—Creo que puedo conseguirlo.

—¿Cómo?

—Diciéndole que a usted le gusta su tipo y que no hace más que mirarla en vez de ocuparse de mí. Que ella podría hacerle pedir otras cosas antes que cierren. En seguida caerá.

—¿Cree usted que podrá hacerlo?

—Lo probaré.

Sus dedos tocaron los míos. El billete de cinco dólares cambió de mano.

—¿Nada más?

—¿Es buena camarada, Marilyn?

—Siempre lo ha sido; pero está desconocida desde hace cuatro o cinco semanas. Estaba terriblemente enamorada y tuvo un desengaño. Es una tonta la muchacha que se interesa por alguien en esta cueva.

—¿Cuál le parece la mejor manera de tratarla? ¿Cómo acercársele?

—¿A Marilyn?

—Sí.

La muchacha sonrió.

—Es muy fácil. Pida bebidas y deslícele un dólar cuando nadie lo vea.

—¿Y su asunto amoroso? ¿El muchacho no le pagaba bebidas?

—No. Un hombre que le paga sus bebidas, le parece a ella un pelele… ¿No le importa que le diga una cosa?

—Diga.

—Es un consejo. Usted parece una persona decente. No se haga el tonto con Marilyn.

—Deseo algo de ella.

—No lo conseguirá.

—Quiero decir una información.

—¡Oh!

Se quedó en silencio un momento. Vi que el camarero me miraba y le hice seña. Le di otro dólar veinticinco y centavos, diciéndole:

—Otra bebida para la señorita.

—No debió haber hecho eso —dijo después que el camarero se fue.

—¿Por qué no?

—Porque Marilyn no va a caer en la red que quiere tenderle. Podía dar resultado si usted no me convidara a beber. Si usted continúa haciéndolo, ella sabe bien que a mí no me importa a quién mire.

—¿Mercenaria? —le pregunté sonriendo.

—Naturalmente que soy mercenaria. ¿Por qué cree usted que hacemos esto? ¿Por amor a primera vista?

Yo reí.

Ella dijo muy seria:

—Podría ser así. Usted es un buen muchacho. Pertenece al grupo de los que nos tratan como a señoritas… Marilyn se da cuenta. Empiece a mirarla. Yo voy a fingir que estoy ofendida.

Miré a Marilyn. Era más bien alta, esbelta, de cabellos muy negros, ojos profundos y una boca que parecía una roja herida sobre su piel aceitunada.

La vi alejarse. De pronto se volvió y se dio cuenta de que la muchacha de mi mesa le había hecho una seña.

Por un momento me miró de frente y sentí el fuego de sus negros ojos. Luego se volvió para hacer admirar las largas curvas de su cuerpo debajo del rojo vestido que la moldeaba como seda mojada.

Rosalinda dijo:

—Hoy está muy deprimida. Fue testigo en ese caso de asesinato.

—¿El del abogado que mataron?

—Sí.

—¡Demonio! ¿Y qué sabía ella de todo eso?

—Oyó el tiro cuando abría la puerta de la casa.

—¿Y el darse cuenta de que oyó el tiro que causó la muerte de una persona le desconcertó?

—No. Pero la despertaron para interrogarla y perdió su sueño de belleza.

—¿Bebe?

La muchacha me miró con un gesto de sorpresa.

—Usted es un detective, ¿no es cierto?

Yo levanté las cejas.

—¿Yo un detective?

—Sí, usted. ¿Usted quiere hablar con ella referente a eso?

—Me han acusado en la vida de muchas cosas, pero creo que es la primera vez que alguien me ha dicho que parezco un detective.

—Pero lo es. Muy bien. Como es una buena persona, le voy a decir algo. Marilyn Winton es tan fría como un pedazo de hielo, pero nunca miente. Si ella dice que el tiro fue a las dos de la madrugada es porque fue a esa hora. No se preocupe perdiendo el tiempo en averiguarlo.

—¿La traerá para que yo pueda hablar con ella?

—Ahora estoy más tranquila.

—¿Por qué causa?

—Porque usted es un detective. Yo creía que se estaba enamorando de ella.

—Cuénteme ese asunto amoroso de Marilyn. ¿Cómo la obligó ese hombre a enamorarse?

—Mostrándose indiferente. Una vez que la tuvo a su disposición, pretendió que no le importaba que ella le quisiera o no. Esto la mortificaba. Los hombres habían sido siempre los que la amenazaban con matarse si no se casaba con ellos.

—¿Usted ha hablado con ella del crimen?

—Sí.

—¿Cree que dice la verdad?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Ella oyó el tiro y miró el reloj al entrar en su departamento.

—¿Y se quedó tranquila y serena?

—Siempre lo está.

Yo sonreí, diciendo:

—Creo que usted me ha dicho todo lo que deseaba saber, Rosalinda. No tengo necesidad de perder el tiempo con Marilyn.

—Le he hecho señas de que usted se interesaba por ella y está

esperando para acercarse. Mire cómo se vuelve para que usted admire su silueta. De aquí a un minuto le mirará por encima del hombro y le mandará una sonrisa. Ha copiado esa actitud de un calendario artístico.

—Es una lástima que lo esté desperdiciando —dije—. Dígale que cambié de idea. Dígale lo que se le ocurra. Buenas noches.

—¿Le volveré a ver?

—¿Es la costumbre preguntárselo a todos los clientes?

Ella me miró con franqueza.

—¡Claro! ¿Qué demonios se cree usted? ¿Que deseo casarme con usted? Ya que es detective, no sea niño.

—Gracias. Podrá verme otra vez. Ahora me voy.

—¿Adónde?

—A adivinar. Tengo mucho que descubrir. Obligaciones. Malditos detalles. Los detesto, pero tengo que hacerlos.

—Así es la vida —dijo ella—. Para mí, para usted y para los otros.

—Pensándolo bien —dije—, creo que su información vale diez dólares para nuestra agencia. Aquí están los otros cinco.

—No bromee. ¿Es a cuenta de los gastos?

Su mano se juntó con la mía.

—A cuenta de los gastos… Mi jefe tiene un corazón muy grande.

—¡Dios mío, qué suerte la suya… tener un jefe así!

Los cinco dólares desaparecieron en la palma de la mano. Y me acompañó hasta la puerta.

—Me gusta usted —dijo—. Desearía realmente que volviera. Le digo eso a todos los clientes, pero esta vez es de veras.

Le di unas palmaditas en el hombro y salí. Se quedó en la puerta mirándome cruzar la calle, Tomé un taxi en la esquina y me hice conducir al aeródromo.

Era el viejo y rutinario trabajo de adivinanzas, cosa que no se puede descartar si se quiere ser un buen detective.

La lista indicaba que Emory G. Hale había sido uno de los pasajeros del avión llegado por la mañana a las ocho y media. Y todavía quise comprobar si realmente había viajado en el avión.

Las listas dijeron que sí.

Tomé un coche y volví al hotel. Necesitaba descansar.

# capítulo doce

ERA más de mediodía cuando llegué al departamento de Hale. Éste había salido. Hice una especie de desayuno y almuerzo en *Bourbon House*, y volví a buscarle, pero aún no había venido.

Entonces me fui a pasear por el departamento de Saint Charles Avenue y a estudiar los alrededores. Luego regresé al hotel y escribí a máquina el acostumbrado informe para los archivos, anotando en detalle todos mis gastos.

Alrededor de las cuatro volví al departamento. Hale se encontraba allí y parecía muy contento.

—Entre, Lam, y siéntese. Hice algo en favor suyo. Le he encontrado un cliente.

—¿De veras?

—Sí. Un hombre me preguntó por usted. Se lo recomendé mucho como detective.

—Gracias.

Nos sentamos, mirándonos en silencio, y me dijo:

—He estado registrando el departamento. Es muy interesante.

—¿Para qué?

—Buscando algo que nos diera una pista.

—Hace tres años que ella no vive aquí.

—Ya lo sé. Pero anduve buscando, pensando que la casualidad… Uno nunca sabe lo que puede encontrar.

—Eso es cierto.

—Pues he descubierto varias cosas, cartas que habían quedado debajo de los papeles de los cajones del escritorio y un montón de cosas caídas detrás de ellos. No he conseguido sacarlas todavía, porque las volví a dejar en su sitio cuando oí pasos en la escalera. No sabía quién era el que venía.

Y dirigiéndose al escritorio sacó el cajón de arriba.

—¿No tiene una linterna de bolsillo?

—No.

—He estado mirando con un fósforo, pero es peligroso. Podría prenderse fuego.

Frotó uno protegiendo la llama con la mano y luego metió el brazo en el hueco del cajón.

—Es muy abajo.

En el fondo, en la parte baja, alcance a ver un montón de papeles.

—¿No podríamos sacarlos retirando el cajón de abajo?

—No. Ya lo intenté. Hay una separación. ¿No ve?

Y me mostró el sólido tablero. Sólo quedaba un espacio de seis pulgadas entre los cajones y el fondo.

—Como puede ver, el de arriba es más profundo que los otros para sostener la parte alta.

—No creo que haya ni una probabilidad entre cien de que esos papeles tengan algo que ver con la muchacha que buscamos, pero ya que estamos podríamos sacarlos.

—¿Cómo?

—Vaciando el escritorio para volverlo patas arriba.

Hale, sin una palabra, empezó a sacar los cajones y luego a vaciar los casilleros, frascos de tinta, algunas plumas, secantes y pequeñas cosas dejadas allí por los inquilinos.

—¿Listo? —preguntó.

Tomamos el escritorio cada uno por un lado y lo retiramos de la pared.

—Puedo confesarle, Lam, que yo también soy algo detective. Me interesa la naturaleza humana y encuentro gran placer en escudriñar los rincones del cerebro del hombre. Me gusta leer la vieja correspondencia. Una vez me encontré con un baúl lleno de cartas que se relacionaban con una herencia. Nunca he leído nada más interesante.

»Ahora, vuélvalo para el costado. Ya está. Bueno, ese baúl pertenecía a una mujer que tenía setenta y ocho años y había guardado todas las cartas que había recibido en su vida.

»Correspondencia de infancia y de la época de su noviazgo. Jamás he visto una colección más interesante… no eran las cartas que uno podría haberse imaginado. Había algunas que eran de

dinamita. Ahora volvámoslo. Hay algo que se mueve dentro.

Dentro del escritorio se sentía algo pesado que corrió hacia el fondo.

—Tenemos que levantarlo y sacudirlo —le dije—. Inclínelo para este lado.

El mueble era macizo. Empleamos bastante tiempo en conseguir ponerlo en el ángulo deseado. Entonces algo duro cayó al suelo y luego un montón de papeles.

—Sacúdalo —propuse.

Y Hale golpeó la parte de atrás del escritorio.

—Creo que no hay nada más.

Lo enderezamos de nuevo mirando la pila de cosas que habían quedado en el suelo. Eran viejas cartas amarillentas, recortes de diarios y un objeto pesado.

Hale y yo nos quedamos mirándolo.

Era un revólver calibre 38.

Lo levanté y empecé a revisarlo. Cuatro cámaras del cilindro estaban vacías y dos tenían cartuchos ya usados. El cañón estaba algo herrumbroso. Por lo demás, parecía en buenas condiciones.

—Alguien debió guardar esta arma en el cajón encima de los papeles, y luego, al abrirlo rápidamente el revólver cayó detrás…

—Un momento —dije—; veamos cómo encaja el cajón.

Lo puse en su sitio y miré el espacio que quedaba.

—No —agregué—. Ese revólver no puede haber caído accidentalmente. El espacio es demasiado pequeño. Ha sido escondido allí retirando el cajón. En otras palabras, querían ocultarlo.

Hale se puso de rodillas y encendió dos fósforos para cerciorarse.

—Tiene razón, Lam. Realmente usted es un buen detective. Vamos a ver qué dicen las cartas.

Leímos algunas. No tenían importancia. Eran algunos viejos recibos, una queja de mujer que le pedía a un hombre que volviera y se casara con ella, otra de uno que pedía dinero para salir a flote en un compromiso, escrita al estilo de «viejo y querido amigo».

Hale se reía entre dientes.

—Me gustan estas cosas —dijo al terminar de leer esa carta—. Es la sección de palabras cruzadas de la vida. Por ejemplo, al

examinar el tono de ésta y ver cómo se comportaba el «viejo y querido amigo», yo no confiaría en ese hombre como tampoco podría sostener este escritorio con una mano.

—Ni yo —dije—. Me pregunto qué serán estos recortes de diarios.

Él los puso a un lado.

—No tienen valor. Lo que interesa son las cartas. Aquí hay una escritura de mujer. Tal vez otra queja de la muchacha que pedía que se casara con ella. Pienso si se arreglaría el asunto.

Yo tomé los recortes y los recogí perezosamente. De pronto dije:

—¡Hola! Aquí hay algo. Parece como si tuviera que ver con ese revólver del treinta y ocho.

Hale dejó caer la carta que estaba leyendo:

—¿Cómo es eso?

—Estos recortes se refieren al asesinato de un hombre llamado Craig. Howard Chandler Craig. Veintinueve años de edad, soltero, empleado como tenedor de libros en las oficinas de los Bienes Roxberry. ¿Dónde fue cometido este crimen? Aquí hay un encabezamiento. Los Ángeles. Times. Julio, once de mil novecientos treinta y nueve.

—¿No será…? —dijo Hale—. Supóngase que el asesino escapó y vino aquí…

Tomó uno de los recortes y empezó a leerlo. Éste estaba doblado en dos y lo desdobló mirando la fotografía al mismo tiempo que leía con suma atención los detalles del suceso.

Cuando oí a Hale que respiraba agitado, comprendí lo que pasaba.

—¡Lam! —gritó, excitado—. ¡Mire esto!

—Estoy leyéndolo en este recorte.

—¡Pero aquí está su retrato!

Miré la borrosa reproducción de la fotografía de Roberta Fenn. Debajo decía: «Roberta Fenn, veintiún años, estenógrafa, iba en auto con Howard Craig cuando ocurrió el hecho».

Hale dijo, excitado:

—Lam, ¿sabe lo que esto significa?

—No —dije.

—Yo sí —me contestó.

—No esté tan seguro. Yo no lo creo.

—Pero está claro como la luz del día.

—Estudiemos los recortes —dije— antes de sacar conclusiones.

Los leímos cambiándonoslos. Hale terminó primero.

—¿Y qué? —preguntó cuando llegó al fin.

—No es obligatorio que sea culpable.

—Pero está a la vista —protestó Hale—. Ella salió con ese tenedor de libros… probablemente es otro caso como ése de la muchacha que deseaba que el hombre se casara con ella y él se negaba a hacerlo. Roberta bajó del coche con cualquier pretexto y pasando al otro lado le pegó un tiro en la sien izquierda. Escondió el arma fue con el cuento de que un bandido enmascarado había salido de entre las zarzas, intimando a Craig para que levantara las manos. Que le había registrado los bolsillos y que quiso obligarla a ella a seguirlo.

»Craig no pudo soportarlo, y poniendo en marcha el motor fue a perseguir al hombre, pero apenas tuvo tiempo de volverse, porque el asaltante le pegó dos tiros cuando el coche se le venía encima.

»Nadie discutió el relato de la muchacha. Craig fue considerado un caballero y un mártir. Una de las razones por la cual la Policía no dudó de Roberta fue porque en ese mismo sitio habían ocurrido hasta una docena de asaltos. Y como la muchacha era atractiva, el bandido le había ordenado seguirle. Habían sucedido otros dos casos de muerte.

Hale se interrumpió dramáticamente, señalando el arma:

—¡Aquí la tiene! Fue un asesinato. Ella escapó una vez, supuso que escaparía otra, ocultando el arma de nuevo. Esta vez no le resultó.

—No es obligatorio —dije— que porque éste sea un revólver calibre treinta y ocho, sea la misma arma que mató a Craig.

—¿Por qué la protege? —preguntó Hale desconfiando.

—No lo sé —dije—. Tal vez porque no deseo que usted se quede sin cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Hacer deducciones positivas acusando a una persona de un crimen es a veces peligroso, a no ser que se tengan los medios de probarlo.

—Así es —dijo él, asintiendo—. Naturalmente que no hay nada que lo pruebe, pero el arma tiene algo que ver con los recortes.

—Los recortes de los diarios —señalé— pueden haber sido puestos en ese cajón del escritorio y caído por la abertura. El arma no. Fue colocada allí deliberadamente.

—Déjeme pensar —dijo Hale.

—Mientras está pensando —observé—, mejor sería que yo supiera exactamente para qué busca a Roberta Fenn y quién es su cliente.

—No. Eso no entra en el asunto.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo hacerlo. Y lo que es más, debo guardar la confidencia de mi cliente.

—¿No cree que él desearía que yo supiera algo más sobre esto?

—No.

—Es un hombre su cliente… ¿no es cierto?

—No me va a sacar nada, Lam, y deseo que no trate de hacerlo. Ya le dije que quería que encontraran a Roberta Fenn. Eso es todo.

—Bueno. La encontré.

—Y la perdió otra vez.

—Ése es un punto de vista.

—Encuéntrela nuevamente —dijo.

—¿No hace mucho que conoce a Berta?

—¿Habla usted de la señora Cool?

—Sí.

—No.

—Es bastante terca.

—Eso está muy bien. Yo también lo soy.

—Usted pidió a la agencia que encontrara a Roberta Fenn. Y le ofreció una prima en caso de realizar la diligencia dentro de cierto plazo.

—Y bien —dijo con impaciencia—, ¿qué hay con eso?

—La hemos encontrado —dije.

—Pero ustedes no guardaron su presa.

—Por eso le pregunto si conoce bien a Berta Cool. Yo apostaría que ella le dirá que para lo único que fuimos contratados era para encontrarla.

—¿Y que habiéndola encontrado han cumplido su obligación y han ganado la prima?

—Exactamente.

Yo esperaba que él se pusiera como loco. No lo hizo. Se quedó allí sentado en el suelo mirando el arma y los recortes de los diarios. Una sonrisa torcía su boca, sonrisa que después se convirtió en una risa entre dientes.

—¡Maldición, Lam!, ella tiene razón. Yo soy abogado y apostaría mi cabeza en cuanto a un convenio de esa clase.

Él me miró.

Yo no dije nada.

—Fue un convenio hecho en pocas palabras. Ahora lo recuerdo. —Y se echó a reír estrepitosamente.

—Pensé que debía decírselo, y eso es todo.

—Reconozco que tiene razón. Bueno, contrataré otra vez a la agencia y daré otra prima. Me gusta cómo trabaja usted. Mientras tanto sería mejor ponernos al habla con la Policía referente a esa arma.

—¿Qué le va a decir?

—No se preocupe, Lam —me contestó—. Voy a contarle las cosas como son. Que estaba mirando el escritorio porque me interesaba el mueble y quería comprárselo a la dueña.

»Que lo tumbé para mirar cómo era por abajo y sentí dentro caer algo pesado. Que había en él papeles y un revólver. Está claro que no quiero aparecer ante la gente como un curioso que anda leyendo correspondencia ajena.

—¿Pero usted desea ponerse en contacto con la policía?

—Sí, sí. Naturalmente.

—Así que la policía se enterará de todo.

—Bueno, ¿y qué?

—Yo no sé por qué busca usted a Roberta Fenn y quién es el que la busca, pero me imagino que tienen una razón.

—Los hombres de negocios no pagan dinero para encontrar a una persona, tan sólo para decirle que se suscriba a una revista.

—Tal vez usted no comprende a lo que voy.

—Prosiga.

—Supongamos que ese hombre de negocios desea encontrar a Roberta Fenn. Indudablemente es para que ella haga o diga algo o descubra lo que sabe. Aquí hay un revolver treinta y ocho y unos recortes de diarios. Lléveselos a la policía y no podrá encontrar a Roberta Fenn ni tendrá ocasión de poder hablar con ella.

»Esto correrá por todo el país. Por el momento la policía cree que Roberta puede ser una segunda víctima o que se ha escapado asustada. Si se les ocurre que ella puede ser también la que mató a Nostrander eso no significa que realmente sea culpable. Pero con los datos que usted le lleva, la policía volverá a abrir este antiguo caso. Entonces las autoridades de California se volverán locas buscándola y usted lanzará a la policía de Lousiana y California detrás de ella. Su retrato aparecerá en todos los diarios del país y lo encontrará en todas las oficinas de Correos y Comisarías del territorio. Roberta sabrá que la buscan y desaparecerá. ¿Qué probabilidad tiene usted de encontrarla antes que la policía de dos Estados?

»Al fin la veremos… en la cárcel. Si usted desea que ella haga algo, no podrá realizarlo si está presa.

Me miró inmóvil unos instantes; sus ojos parpadearon. Bruscamente empujó el arma hacia mí.

—Muy bien, Lam. Puede guardarla.

—Yo no. Soy un simple detective encargado de buscar a Roberta Fenn para un cliente cuya identidad desconozco. Usted es el que debe decidir.

—Entonces —dijo— no queda otra solución que la de dirigirme a la policía.

Yo me levanté del suelo y me sacudí los pantalones.

—Muy bien —dije—. Sólo quería que usted comprendiera la situación.

Estaba a mitad de camino de la puerta cuando me llamó.

—Lam, tengo que pensar un poco más todo lo que se refiere a este asunto.

No le contesté.

—Usted sabe que es un caso algo serio —prosiguió— acusar a una persona de un crimen. Voy… voy a pensarlo.

Yo seguía silencioso.

—Después de todo —agregó—, estoy presumiendo que ésta es el arma con la cual se cometió el crimen de Los Ángeles. Pero eso es una interferencia de mi parte. Necesitamos investigar más detalladamente. Sólo hemos encontrado un revólver y algunos recortes de diarios escondidos en un viejo escritorio. Miles de personas tienen revólveres y los recortes de diarios no tienen por qué significar otra cosa que papeles viejos. Realmente no tenemos

nada que contar a la policía.

—¿Lo hizo?

—¿Qué hice?

—Convencerse a sí mismo que lo mejor es hacer lo que usted deseaba hacer.

—Estaba pensando el pro y el contra. No lo haré.

—Cuando esté bien decidido me lo hace saber —dije, y me volví hacia la puerta.

Antes de que hubiera andado tres pasos me llamó.

—Lam.

—¿Qué pasa ahora? —y me volví.

Hale seguía dando vueltas al asunto.

—Olvídese de lo que hemos hablado. No diremos nada a la policía.

—¿Qué va a hacer con el arma?

—Dejarla donde la hemos encontrado.

—¿Y luego?

—Más tarde, si es necesario, podemos venir a buscarla.

—Usted es el que ordena.

Él asintió, mirándome radiante.

—Cuanto más le conozco, Lam, más le aprecio. Ahora quiero que haga algo por mí.

—¿Qué es ello?

—Creo que la policía tiene alguien que puede atestiguar la hora exacta en que Nostrander fue asesinado. Alguien que oyó los tiros. Una joven.

—Sí.

—Pienso si le sería posible a usted arreglar una entrevista con ella. No buscando una información, sino por casualidad.

—Ya está arreglado —dije—. Espéreme esta noche a las nueve delante del «Jack
O'Lantern
Club».

—Bien, bien. Esto se llama eficiencia. Parece adivinarme los pensamientos, Lam.

—A las nueve —repetí—, delante del «Jack
O'Lantern
Club». —Y salí.

Miré mi reloj. En California eran dos horas menos. Mandé un telegrama a la agencia.

*«Howard Chandler Craig asesinado el 6 de julio de 1937, posiblemente relacionado con el caso de aquí. Consiga detalles. Especialmente costumbres y vida amorosa de la víctima».*

# capítulo trece

—¡QUÉ sitio tan original! —dijo Hale.

—Es como todos los clubs nocturnos de Nueva Orleans… es decir, los del barrio francés.

Un camarero se acercó.

—¿Desea una mesa?

Asentí.

Le seguimos hasta que nos indicó una, y nos sentamos.

—¿Marilyn Winton trabaja aquí? —preguntó Hale.

—Sí. Es aquella muchacha vestida de seda crema.

—Una figura maravillosa —comentó Hale, en tono comprensivo.

—Así, así.

—Estoy pensando si podríamos arreglar… bueno, usted sabe, una ocasión para hablar con ella.

—Ya vendrá.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Tengo un indicio.

Marilyn estaba tan acostumbrada a ese juego que en cuanto los ojos de los hombres perforaban sus espaldas, ella se volvía instintivamente.

Marilyn sonrió y luego se acercó.

—¡Hola! —me dijo.

Yo me puse en pie, murmurando:

—¡Hola, Marilyn, éste es un amigo, el señor Hale!

—¿Cómo está usted señor Hale? —Y le dio la mano.

Éste se había levantado y la miraba. La expresión de su rostro era la de un chicuelo que mira detrás de los cristales de una vidriera a Santa Claus dos días antes de Navidad.

—¿No quiere sentarse? —le pregunté.

—Gracias.

No había acabado de hacerlo cuando el camarero ya pedía órdenes.

—«*Whisky*» y agua clara —dijo ella.

—«*Gin*» y «coke» —pedí.

Hale se humedeció los labios, pensativo.

—Veamos. ¿Tiene algún buen coñac?

Yo contesté por el camarero.

—No. ¿Ya que está en Nueva Orleans, por qué no tomar una bebida de la región? ¿«*Gin* and Seven-up», «*gin* y coke» o «*Bourbon* y Seven-up»?

—¿«*Gin* y coke»? —preguntó como si le hubiese sugerido probar un combinado de cloruro de calcio—. ¿Quiere decir usted que los mezclan?

—Tráigale uno —dije al camarero.

Éste se alejó. Marilyn me dijo:

—¿Por qué se me escapó la otra noche?

—¿Quién se lo dijo?

—Un pajarito… y después tengo ojos.

—Diré que los tiene.

—¿Cuál es su nombre?

—Donald.

—La próxima vez no haga que una muchacha se interese por usted para luego desaparecer.

Hale me dijo:

—¿Usted había hablado con la señorita Winton?

—No. Había deseado hacerlo, pero… bueno, no resultó bien la cosa.

—Los corazones débiles nunca ganan las mujeres hermosas. No se deje retener en este aspecto por nada, Donald.

El camarero trajo las bebidas. Hale pagó. Levantó su vaso con austera expresión de desaprobación, dispuesto a criticar el líquido en cuanto lo probara. Pero vi sorpresa en su rostro. Tomó otro trago y dijo:

—¡Cielos, Lam, qué bueno es esto!

—Ya se lo dije.

—Me gusta. Es una bebida deliciosa. Mucho mejor que el clásico «*whisky*» con seltz. Y espeso, sin ser demasiado empalagoso.

Marilyn bebió su té frío y dijo:

—Me gusta este «*Bourbon*» con agua. Es una rica bebida… cuando uno tiene sed.

Hale la miró asombrado y dijo:

—¿Bebe mucho?

—¡Oh! De cuando en cuando.

Sus ojos buscaban en ella los signos de una gran disipación.

—¿Un cigarrillo? —le preguntó a la muchacha.

—Con mucho gusto.

Le di uno. Hale tomó un cigarrillo. Los encendimos.

—¿De dónde vienen ustedes, muchachos? —nos preguntó ella.

—Mi amigo de Nueva York —dije.

—Debe ser una gran ciudad. Nunca he estado allí. Creo que me asustaría el ir.

—¿Por qué? —le preguntó Hale.

—¡Oh, no lo sé! Las grandes ciudades me dan miedo. No podría encontrar mi camino.

Hale, obligado a cumplir su papel cosmopolita, dijo:

—Creo que Nueva York es una ciudad en la que es muy fácil orientarse. Chicago y San Louis son más complicadas.

—Todas son demasiado grandes para mí.

—Si alguna vez va a Nueva York, hágamelo saber y cuidaré que no se pierda.

—¿O que me roben? —preguntó risueña.

—Sí.

—¿Y en cuanto a descarriarme?

—Eso —y Hale deliberadamente me miró con una sonrisa burlona en la comisura de sus labios—, si usted va conmigo no se descarriará demasiado.

—¿N-o-o-o? —preguntó ella, manejando hábilmente sus ojos.

Hale rió como si hubiera recibido una descarga de vitaminas.

—Me gusta esta bebida, Lam. Me gusta mucho. Estoy muy contento de que la haya pedido para mí. Y me gusta este estilo de los clubs nocturnos de Nueva Orleans, tan familiares, tan íntimos, tan típicos del barrio francés. Hay una cierta naturalidad en el ambiente que no se encuentra en ninguna otra parte, ¿no es cierto?

Yo le hice un guiño a Marilyn, diciendo:

—Apostaría cualquier cosa de quién es el que lo está pasando mejor esta noche.

—No creo que sea usted.

—¿Por qué?

—No lo ha dicho.

—¡Yo soy un tipo silencioso y enérgico!

Rosalinda pasó por nuestro lado. Marilyn la miró como el perro guardián mira la trampa. Rosalinda no me hizo ninguna seña. Marilyn miró para el otro lado y yo pesqué una rápida e imperceptible sonrisa. Luego su rostro quedó otra vez impenetrable.

Dejé mi cigarrillo en el cenicero, metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y con disimulo vacié el paquete, dejando un solo cigarrillo.

—Es una de las bebidas más deliciosas que he probado —dijo Hale.

Marilyn tomó el resto de su te frío.

—Si usted toma dos o tres seguidos se siente realmente bien, pero nunca se marea. Da justo un poco de alegría.

—¿Es así?

Ella asintió.

—Me gusta esto —continuó Hale.

—Vamos, sea amable y termine. Marilyn desea que pidamos otra cosa.

Sus ojos me acariciaron.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Soy psicólogo.

—Creo que lo es.

Su mano vino por encima de la mesa a descansar sobre la mía.

El psicólogo era el camarero que apareció delante de la mesa sin que lo llamaran.

—Llene otra vez los vasos —dije.

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí uno a Marilyn.

—¿Quiere otro?

—Gracias. —Y lo tomó.

Yo busqué otro en el paquete.

—Creo que era el último —dijo ella.

Sacudí, riendo, el paquete, y dije:

—Está bien. Compraré otro.

—El camarero se lo traerá.

—No, gracias. Allí veo una máquina.

Hice como si no tuviera cambio y fui hasta el bar a buscar monedas; después de sacar los cigarrillos me detuve delante del «*pinball*» y jugué un partido. Mientras lo hacía deslicé la mano en el bolsillo, y retirando los cigarrillos que había sacado del paquete los tiré al suelo.

Terminé el partido ganando el derecho a otros dos gratis. Miré hacia la mesa. Marilyn me observaba, pero Hale, inclinado hacia delante, le murmuraba algo al oído. Las tres nuevas bebidas estaban sobre la mesa.

Yo saludé gritando:

—Va sobre ruedas —y seguí jugando.

Rosalinda se acercó a la máquina de los cigarrillos y, mientras revolvía su cartera buscando monedas, murmuró:

—No levante la vista. —Yo seguí mi partido—. Podría costarme mi empleo. Ella se interesa por usted. Cuando se le escapó estaba alarmada. Pero… no se tire al agua.

—¿Por qué?

—Lo sentiría.

—Gracias.

Me volví a mirar por el espejo hacia el mar. Marilyn observaba a la muchacha con la fría mirada de la serpiente cuando ve un pajarito que acaba de posarse en el suelo.

Seguí tirando las pelotas en la máquina terminando mis dos juegos. Y volví a echar otras dos monedas.

Hale iba llegando a puerto. Demostraba ahora un gran entusiasmo, hacía gestos con la mano y miraba a Marilyn a los ojos dejando bajar su mirada hasta sus hombros desnudos.

Yo volví a la mesa.

Emory Hale estaba diciendo:

—… enormemente fascinadora.

Marilyn lo miraba tranquila.

—Estoy contenta de que piense así porque yo encuentro a los hombres maduros mucho más interesantes que a los jóvenes de mi edad. Estos pueden retener mi atención pero al fin me aburren, ¿por qué será, Emory? ¿Hay algo que anda mal en mí?

Él estaba radiante. En aquel momento ninguno de los dos podía verme ni volverse.

—Prosiga —suplicaba ella—. Si conoce la causa, dígamela.

Yo aclaré la garganta, pero ninguno de ellos levantó la vista.

—Es, querida mía, porque usted tiene un bello espíritu no le interesa la trivial conversación de un adolescente. A pesar de su bello cuerpo juvenil, se ve que usted…

Yo retrocedí unos pasos, tosí con fuerza y me encaminé hacia la mesa.

—Pensábamos que se había perdido —dijo Marilyn.

—Fui a comprar cigarrillos.

—Aceptaré uno —murmuró ella.

Hale la seguía mirando con intensidad mientras yo abría el paquete.

—¿Cómo le fue con el «*pinball*»? —preguntó Marilyn.

—Muy bien. Gané unos cuantos tantos.

—¿Los guardó?

—No. Jugué otra vez.

—Yo siempre hago eso. Es una tontería. Debería guardar las ganancias.

—No veo la diferencia…

—Si usted no lo hace, la máquina acaba por despojarlo.

—Lo hará de cualquier manera.

Ella se quedó pensando en eso.

Emory aclaró su garganta.

—Como iba diciendo, es muy raro que uno encuentre un espíritu capaz de comprender la madurez y…

—¡Oh! —dijo ella—. Ahí está el camarero mirando hacia aquí. Creo que ha visto mi vaso vacío. Es un muchacho tan gracioso… Si me ve sentada en una mesa, se quedará allí mirándonos hasta hipnotizarnos. Pero usted no ha tocado su bebida, Donald.

—Debí habérmela llevado a la máquina de «*pinball*». Bueno, por los días felices.

—Pero yo no tengo con qué responderle.

—Tendremos que remediarlo.

Hale dijo:

—Creo que sus cabellos son lo más maravilloso.

—Gracias… Joe, quiero otro «*whisky*» con seltz.

El camarero se volvió hacia Hale.

—Tráigale otro «coke y *gin*» —le dije.

El hombre lo miró y luego a mí me preguntó:

—¿Y para usted?

—Ya tengo bastante.

—Tiene derecho a otra bebida sin pagar, cuando tiene una muchacha en su mesa…

—Ya lo sé. Traiga esas bebidas antes que esta gente se muera de sed en medio de este refugio nocturno.

Marilyn se echó a reír.

Hale empezó a mirar a su alrededor. Marilyn dio una chupada a su cigarrillo y dijo con naturalidad:

—Lo encontrará pasando aquella arcada en el cuarto de al lado.

Hale pareció desconcertado.

—Perdón.

—Es allí.

—¿Qué?

—Lo que busca.

Hale carraspeó y, retirando su silla, dijo con dignidad:

—Discúlpenme un momento.

—Creo que no lo soporta muy bien —dije cuando ella lo miraba cruzar la sala.

—Estos viejos calaveras son muy poco resistentes. Es un buen tipo, ¿verdad Donald?

—Regular.

—No lo dice con mucho entusiasmo.

—¿Qué quiere que haga? ¿Llamar la atención saltando sobre las mesas y agitando una bandera?

¬No sea tonto. Yo sólo dije que era un buen muchacho.

—No sea tonta usted. Yo también dije que lo era.

Ella se quedó un momento mirando la mesa, luego, de pronto, se volvió a mirarme, sonriendo con cierta intimidad.

—No me interprete mal, Donald. Quiero decir que es un buen sujeto, pero… Usted sabe cómo son las cosas. La juventud pide juventud…

—Termine eso —le dije al ver que se quedaba en un punto muerto—. ¿Y qué atrae en la edad?

—Nada.

Yo me reí.

—Es una verdad que existe desde el principio del mundo. La mujer vieja busca hombres jóvenes, y los viejos desean «flappers».[1]

Si los hombres maduros pusieran un poco de atención en las mujeres de su edad, todo el mundo sería feliz. —Ella clavó sus ojos en los míos—. En cuanto a mí, «yo» deseo juventud.

Alargó su mano por encima de la mesa y palmeó la mía.

—¿Qué le contó aquella muchacha?

—¿Qué muchacha?

—La que se acercó a la máquina… Rosalinda. Usted la convidó a beber la última vez que estuvo aquí, ¿recuerda?

—Al pronto no la conocí. Creo que está ofendida. Y pasé el tiempo mirándola a usted mientras estaba con ella. Y eso la enfureció.

—¡Oh!

—¿Se entiende con Emory?

—¡Oh, sí, muy bien! ¿Por qué?

—Estaba pensando en su juicio sobre los viejos que buscan la juventud.

Ella sonrió diciendo:

—¡Oh, «es» muy diferente! Es tan cumplido… tan a la antigua… Me parece un padre. ¿Qué hace?

—Es un abogado de Nueva York.

—¡Un abogado! ¿De fama?

—Tiene dinero para gastar y no es de esos viejos corridos que conocen todas las tretas. Es realmente como un niño en medio de los bosques.

—¡Qué gracioso! Yo pensé que había algo en su vida… ¡Oh, usted sabe lo que quiero decir! Una aureola de pena. Tal vez es desgraciado en su matrimonio. Podría ser eso. Disgustos domésticos.

—No creo que haya nada de eso. Tengo la impresión de que es un viudo rico.

—¡Oh!

—Ahí viene —dije—. Mire cómo camina. Va poniendo los pies con cuidado, uno delante del otro.

Ella rió al decir:

—Otro «coke» con «*gin*», y sus pies no tocarán el suelo. Mire, Donald —dijo apresuradamente—. ¿Usted recuerda la muchacha de la que estaba hablando?

—¿Rosalinda?

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—Está completamente loca por usted. Y cuando en un sitio como éste una muchacha se enamora de un hombre como ella lo está de usted, hiere enormemente el verlo sentado con otra. ¿Por qué no habla unas palabras con ella?

—Porque no. Yo creía que ni me recordaba.

—¡Olvidarlo! ¡Le digo que esta loca por usted!… Oh, ¿ya está de vuelta Emory? A tiempo llega para tomar su bebida. Joe se la va a traer. ¿Cómo se encuentra?

—Espléndidamente.

—Allí está Rosalinda —murmuró Marilyn—. Es una hábil jugadora de «*pinball*» Ensaya durante el día, cuando hay poco trabajo.

Ella me miró significativamente y sonrió.

—Discúlpeme —dije. Me puse en pie y fui hacia el aparato automático. Vi que con disimulo le hacía una seña a Rosalinda. Había tirado la tercera pelota cuando ésta estaba a mi lado.

—¿Qué le hizo? —me preguntó.

—¿Por qué?

—Me hizo una seña para que se lo quitara de encima.

—Le hice creer que tenía al alcance de sus manos a una especie de fábrica de billetes.

—¿Lo es?

—Tal vez.

—¿Amigo suyo?

—De cierta manera. ¿Por qué?

—Por nada. Deseaba saberlo.

Yo terminé el partido, volví a echar una moneda y, apretando la manija, le dije:

—¿Quiere probar?

Ella empezó a tirar las pelotas. Joe se acercó.

—Un par de bebidas —ordené—. ¿Qué quiere usted? —le pregunté a Rosalinda.

—Lo de siempre. Este muchacho es muy inteligente, Joe. No te molestes con todo eso. Tráeme el té frío tú te tomas la mezcla.

—¿Y usted? —me preguntó Joe riendo.

—«*Gin*» con «seven-up».

Rosalinda y yo terminamos nuestras bebidas delante de la

máquina de «*pinball*».

—¿Vuelve a la mesa?

—Tal vez.

—Marilyn desea que esté con usted.

—¿Por qué no? Venga, le voy a presentar a Emory.

—¿No está ofendido?

—¿De qué?

—¡Oh… Marilyn! ¿Usted… no le interesaba?

Yo le hice una mueca burlona.

—Venga. Siéntese con nosotros.

—Usted hizo un buen trabajo con Marilyn.

—¿Por qué?

—Hasta hace un momento sus miradas eran como dagas cuando creyó… Ahora me hace señas de que siga adelante.

—Las circunstancias han alterado la situación.

—Donald, usted es muy misterioso. ¿Qué es lo que busca?

—Nada que pueda hacer mal a nadie.

Fuimos hacia la mesa. Marilyn dijo con naturalidad:

—¡Hola, Rosalinda! Éste es Emory, mi amigo, el señor Emory… Smith.

Y se volvió a Hale, haciéndole un rápido guiño.

Rosalinda saludó.

—¿Cómo está usted, señor Smith?

Hale se puso en pie e hizo una reverencia. Le acerqué una silla a Rosalinda y nos sentamos.

Marilyn rogó a Hale:

—No me gusta hablar de eso. Conversemos de otra cosa.

—¿De qué no le gusta hablar? —pregunté.

—De lo sucedido esta mañana —aclaró Hale.

—¿Qué sucedió?

—Marilyn oyó el tiro que mató al abogado. ¿Recuerda que lo leyó en los diarios?

—¡Oh! —dije yo.

—Ella volvió a las tres de la mañana —prosiguió Hale.

—A las dos y media —corrigió Marilyn.

Hale frunció el ceño.

—Creí que me había dicho entre las dos y media y las tres.

—No. Yo miré el reloj. Debe haber sido unos segundos después

de las dos y media.

—¿Un reloj de pulsera? —preguntó Hale.

—Sí.

Inclinándose sobre la mesa, tomó su muñeca en la mano y miró el reloj incrustado de diamantes.

—¡Qué preciosidad!

—¿No es cierto?

—Apostaría a que la estimaba mucho el que le dio esto. ¿Puedo mirarlo?

Ella lo desprendió y Hale lo volvió entre sus dedos.

—Es un reloj muy hermoso —dijo—, muy hermoso. ¿Qué hacen todos allí, en este sitio? ¿No bailan? —le preguntó a Rosalinda.

—No. Hay una atracción.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Marilyn rió al decir:

—Joe está mirando tu vaso vacío, Rosalinda.

—Espere un momento —dijo Hale—, y mirará el mío también. —Se bebió el resto y, batiendo las manos, dijo—: ¡Oh, Joe!

El camarero llegó en seguida.

—Llénelos otra vez de lo mismo —le ordenó mientras seguía con el reloj de Marilyn entre los dedos.

Joe trajo las bebidas. Las luces se oscurecieron. Marilyn dijo:

—Empieza la atracción. Le gustará.

Las sillas se movieron cuando apareció la muchacha de perfil; era una especie de egipcia con unos *shorts* cubiertos de jeroglíficos y un corpiño con la misma decoración. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, haciendo ángulo con sus manos y codos. La recibieron con grandes aplausos. Un hombre con turbulenta hilaridad se acercó al micrófono y cumplió su número, terminando dentro de un círculo azul. Recibió un aplauso ensordecedor. Luego la bailarina egipcia, vestida de juncos y con un hibisco artificial en los cabellos, entró en el mismo círculo de luz. El pajarraco que había dicho antes el monólogo tocó el «ukelele» y ella cantó su versión del hula.

Cuando volvieron las luces Hale le dio a Marilyn su reloj de pulsera, con el cual había estado él jugando durante la atracción.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—No —dijo Marilyn—. Es sólo la introducción. Hay otro número de aquí a unos minutos. Mientras tanto, podremos llenar nuestros vasos.

Así lo hizo Joe.

Hale sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Agradables muchachitas —dijo. Voy a traer por aquí a todos mis amigos para hacerles probar las ricas bebidas de Nueva Orleans. Hacen que uno se sienta feliz, pero no emborrachan.

—Es cierto —observé.

Marilyn se abrochaba su reloj. Después dijo, mirándonos a mí y a Rosalinda:

—¿No nos divertimos?

Empezó la segunda atracción. El hombre que había tocado el ukelele apareció vestido de etiqueta y bailó una serie de danzas con la bailarina egipcia. En cuanto se encendió la luz Joe estuvo otra vez a nuestro lado.

—¿Cuántos Joe hay aquí? —le pregunté a Marilyn.

—Uno. ¿Por qué?

—Parecen mellizos.

—¿Usted ve dos? —preguntó Hale, solícito.

—No —le contesté—. Sólo veo uno, pero ya el otro está en el bar preparando las bebidas. Cuando venga con ellas ya el otro está haciendo las nuevas mezclas. Un hombre solo no puede ser tan activo.

Joe me miró con sonrisa de simpatía y con una expresión de contento en su mirada. Hale se echó a reír. Lo hacía cada vez más fuerte, tanto que yo creí que se iba a caer de la silla.

Marilyn agitó su mano.

—Lo mismo que en todas partes.

Bruscamente rechacé la silla, poniéndome en pie.

—Me voy —dije.

—¡Oh, Donald, si acaba de llegar! —exclamó Rosalinda.

Le tomé la mano y la retuve lo suficiente para deslizar un par de billetes doblados.

—Esta última bebida no me ha hecho bien.

Hale volvió a reír ruidosamente.

—Debe ser «*gin* con coke». Eso puede beberlo toda la noche. Es una cosa maravillosa. Y no hace daño. Ustedes los jóvenes no

soportan nada. Nosotros lo sabemos, ¿no es cierto, Marilyn?

La miró por encima de la mesa, con labios voluptuosos y ojos brillantes de alcohol. Tenía el rostro enrojecido. Marilyn alargó su mano dejándola un momento sobre la de él. Cuando la retiró, humedeció la servilleta en el vaso de agua y se frotó la piel.

—Buenas noches a todos —dije.

Hale me miró. Por un momento la risa abandonó su rostro. Fue a decir algo y luego cambió de idea. Se volvió y dijo:

—Es un pájaro astuto. No lo mire.

—¿Qué clase de ave? —preguntó ella—. ¡No es un pichón!

—No —dijo Hale, no comprendiendo la alusión—. Es un mochuelo… ¿sabe? Muchacho inteligente… Yo siempre he dicho que parece una lechuza, que todo lo ve.

La idea le hizo gracia. Al salir oí que reía tan fuerte que se ahogaba. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Me fui al hotel. Berta había llegado a Los Ángeles. Allí estaba el característico telegrama suyo:

*«¿Qué idea es ésa? Tenemos bastante poco personal para emplearlo en buscar viejos asesinatos, prescriptos después de tres años. ¿Qué clase de pájaro crees que eres?».*

Bajé a la oficina de Telégrafos y me sentía bastante exaltado como para mandarle el telegrama que merecía.

*«Un asesinato nunca prescribe. Hale dice que soy un mochuelo».*

Y mandé el mensaje pagadero a su destino.

# capítulo catorce

ME levanté a las siete. Me di una ducha, me afeité, tomé el desayuno y deshice la maleta para retirar el revólver que llevaba siempre. Era un treinta y ocho de acero azulado y en buenas condiciones. Lo puse en mi bolsillo y me encaminé a pie por Royal Street hasta llegar a la entrada del departamento.

Me preguntaba qué tendría Hale de raro.

No me preocupé de hacer ruido al subir las escaleras. Y mi golpe a la puerta no fue nada suave.

Hale no contestó.

Empecé a golpear con los nudillos y la punta del zapato para dar más fuerza a mi llamada.

Hale no aparecía.

Tenía la otra llave del departamento. Abrí. Hale no estaba.

La cama, desarreglada apenas, demostraba que alguien había dormido allí una hora poco más o menos.

Crucé el dormitorio hacia la sala, miré por el balcón para estar seguro de que no estaba allí, y tranquilamente saqué el cajón del escritorio, lo incliné a un lado y retiré las cosas del fondo. Papeles, cartas y el revólver. Guardé éste en mi bolsillo, volviendo a ponerlo todo en su sitio y dejando el mío a cambio.

Era un suave hermoso día y allá abajo la calle estaba llena de gente que paseaba gozando del sol.

Miré por última vez a mi alrededor y bajé, cerrando la puerta.

Estaba en el patio cuando me encontré con la criada de color. Ella me dijo sonriendo:

—¿El caballero está todavía arriba?

Le aseguré que había salido, o que estaba durmiendo, porque había golpeado fuerte sin poder despertarlo.

Me dio las gracias y subió.

Volví al hotel. Allí había un mensaje de que llamara a Lockley 9746.

Fui hasta la cabina telefónica y pedí ese número, preguntando si sería un hospital o la cárcel. No era ninguna de las dos cosas. Una aterciopelada voz femenina contestó.

—¿Alguien llamó al señor Lam?

Ella rió.

—Sí. Es la oficina de la Compañía Importadora de Artículos de Seda, que llama a su presidente.

—¿De veras?

—Aquí tiene una carta y un telegrama.

—Empieza a marchar el negocio —dije.

—No es cierto. ¿Sabe lo que sucedió? Escuche; nosotros mandamos dos cartas, una por correo aéreo, y recibimos dos contestaciones. Una por telegrama.

—Así es como se escriben las cartas comerciales.

—Fue por el excelente trabajo del copiador —replicó.

—Voy para allá.

Tomé un taxi hasta la oficina. Ethel Wells parecía realmente contenta al verme.

—¿Cómo andan los asuntos esta mañana?

—No muy bien.

—¿No? ¿Qué anda mal?

—Salí anoche para enseñarle la ciudad a un turista.

—Parece usted fresco como una margarita.

—Me siento como si alguien me hubiera arrancado los pétalos para saber si me ama o no.

—No se preocupe por eso. Tal vez la respuesta sea que ella realmente le ama.

No necesité contestarle. Abrí el telegrama. Éste decía:

*«Compañía importadora de Artículos de Seda.*

*Mande siete docenas de pares por expreso, medida diez y medio, color cuatro, según muestrario».*

El telegrama estaba firmado «Berta Cool» y la dirección dada era la de la agencia.

La carta era un sobre de color y papel haciendo juego. Estaba

ligeramente perfumada. El sello era de Shreveport. Decía simplemente:

*«Mándeme seis pares de sus medias, medida ocho y medio, color cinco, de acuerdo con su muestrario».*

Firmaba «Edna Cutler» y llevaba la dirección.

La puse en el bolsillo y dije a Ethel Wells:

—¿Cuándo podría tomar un tren para Shreveport?

—¿Tiene que ser un tren?

—Un ómnibus sería lo mismo.

Buscó en un casillero debajo del mostrador, que había a un lado del escritorio, sacó un horario de ómnibus y, abriéndolo, me lo pasó.

—Veo dónde he cometido un error —dijo ella.

—¿Qué?

—Debí haber encargado «mis» medidas por correo y haber dado mi dirección particular.

—¿Por qué no hace la prueba?

Ella tenía un lápiz y hacía pequeños jeroglíficos sobre la página.

—Creo que la haré —dijo muy lentamente.

Le devolví el horario.

—Hoy estaré ausente de la ciudad, señorita Wells —dije con importancia—. Si alguien quiere verme, estoy de conferencia.

—Sí, señor. Y si llegan otras cartas… ¿Qué debo hacer?

—No llegará ninguna más.

—¿No quiere apostar nada?

—Podría.

—¿Un par de medias?

—¿Contra qué?

—Lo que usted quiera. Le apuesto un cinturón.

—Apostado. Quiero ver qué hay en la carta. Tiene que haber dirección o la explicación, si no acepta el envío.

—Lo sé. Procure portarse bien en Shreveport.

# capítulo quince

ERAN alrededor de las ocho de la noche cuando toqué el timbre del departamento en la dirección dada en la carta de Edna Cutler.

Una voz femenina llegó por el pequeño teléfono.

—¿Quién es, por favor?

Yo acerqué el transmisor a los labios.

—Un representante de la Compañía Importadora de Artículos de Seda.

—Yo creía que ustedes eran de Nueva Orleans.

—Tenemos sucursales en todo el país… con un cuerpo especial de agentes.

—¿No podría venir mañana?

—No; estoy haciendo un recorrido por esta parte del Estado.

—Bueno. Esta noche no puedo atenderle.

—Lo siento —dije con aire indiferente.

—Espere un momento. ¿Cuándo podrá venir?

—En la próxima gira.

—¿Cuándo?

—De aquí a dos o tres meses.

Hubo una exclamación de desengaño.

—¡Qué fastidio! ¡Me estoy vistiendo! Espere un momento y suba. Voy a echarme algo encima y abriré la puerta.

Subí las escaleras, siguiendo luego por un largo corredor, mirando el número de las puertas.

Edna Cutler, vestida con un peinador azul, estaba allí en pie esperándome.

—Yo creía —dijo— que las mandaban por correo.

—Así lo hacemos.

—Bueno. Entre. ¿Por qué viene usted personalmente?

—Tenemos que estar en regla con la CFI.

—¿Qué es la CFI?

—La Comisión Federal de Importación.

—No comprendo.

Yo sonreí al decir:

—Mi querida jovencita, tenemos una multa de diez mil dólares y doce meses de prisión si vendemos a alguien que no sea un particular. No podemos ofrecérselas a comerciantes ni tampoco a ninguna persona que vaya a revenderlas.

—Ahora me lo explico —dijo más suavemente.

Era morena, aunque no tanto como Roberta. Exuberante. Sus cabellos, sus cejas, la curva de sus pestañas, el esmalte de las uñas, todo demostraba ese exceso de cuidado que requieren tiempo y dinero. Las mujeres derrochan en esa clase de cosas solamente cuando saben que son una propiedad en la cual vale la pena hacer una inversión. Yo la miré detenidamente.

—¿Bueno? —preguntó, sonriendo con tolerancia al ver cómo la miraba.

—Todavía no empecé.

—Yo no le conozco a usted.

Parecía una joven que sabía por dónde caminaba. Sentada allí, en su departamento, con un peinador que dejaba ver bastante sus piernas desnudas para demostrar que era merecedora de tener prioridad sobre las medias, no estaba nada desconcertada. Por lo que a ella se refería, yo no era un ser humano, sino seis pares de medias a buen precio.

—Desearía ver las muestras —observó bruscamente.

—La garantía la protege.

—¿Cómo lo sé?

—Porque usted no paga nada no sólo hasta que haya recibido las medias, sino hasta haberlas usado treinta días.

—No creo que puedan hacer eso.

—Podemos hacerlo teniendo una lista muy seleccionada. Vamos a terminar el negocio. Tengo que ir a seis sitios más. Su nombre es Edna Cutler. ¿Usted desea las medias para su uso particular?

—Naturalmente.

—Ya veo que usted no tiene ningún negocio. ¿Es seguro que estas medias no serán vendidas?

—Le he dicho que las quiero para mí.

—¿Tal vez alguna amiga?

—¿Qué quiere decir?

—Necesitamos el nombre de sus amigas. Es la única manera de poder conservar el permiso de importación del Gobierno.

Ella me observaba con curiosidad.

—Esto me está pareciendo un engaño.

Yo me eché a reír y dije:

—En estos tiempos todo anda mal. Para tratar de hacer algún negocio con mercancía importada hay mil historias.

—¿Cómo consiguió esas medias?

—Es un secreto.

—Me hubiera gustado saberlo.

—Un barco japonés traía una carga de medias —dije—. Los japoneses atacaron en Pearl Harbour. El barco, como casi todos los que venían de allá, traían mercancías para comerciar en tiempos de paz, pero ahora su misión era otra. El capitán desembarcó en México, en la parte de la Baja California. Eligió un sitio arenoso, cavó una zanja y enterró el fardo de sedas. Mi socio conocía aquello… él tenía también algo que sacar de Méjico. Bueno… usted comprende.

—¿Quiere decir que las robaron?

—La Suprema Corte de México nos ha dado todos los derechos. Podemos traerle una copia del fallo.

—Pero si ustedes tienen una cantidad de artículos de seda que los reciben en tales condiciones, ¿por qué no los traen y los venden a los grandes establecimientos?

Yo expliqué con paciencia:

—No podemos hacer eso. Según el permiso, tenemos que vender sólo a particulares.

—Su carta no lo decía.

—No. Es el reglamento de la CFI. De otra manera no podríamos introducirlas en el país.

Yo saqué mi libreta y un lápiz del bolsillo.

—Ahora, si usted tiene la bondad de indicarme los nombres de sus amigas íntimas, a las cuales piensa pasarles algún par.

—Las quiero para mí. Ya se lo he dicho. Sin embargo, podría darle la dirección de una amiga que podría comprarle algunas.

—Muy bien. Usted decía…

La puerta del dormitorio se abrió y Roberta entró como un huracán. Era evidente que acababa de vestirse.

—¡Hola! —dijo—. ¿Es usted el hombre de las medias? Yo estaba justamente, en este momento, contándole a mi amiga que…

Al reconocerme se quedó inmóvil. Sus ojos se volvieron enormes y sus labios se entreabrieron. Edna se volvió vivamente alcanzando a ver la expresión de su rostro, y alarmada, se puso a gritar:

—¡Rob! ¿Qué pasa?

—Nada —dijo Roberta, respirando profundamente—. Que es un detective.

Edna se volvió hacia mí, y en su indignación había algo de temor. Era la instintiva defensa del criminal acorralado.

—¿Cómo se atreve a venir aquí de esa manera? Podría hacerlo arrestar.

—Y yo podría detenerla a usted por ocultar a una persona que está acusada de un crimen.

Las dos mujeres se miraron. Roberta dijo:

—Es alguien muy inteligente, Edna. De esta manera no vamos a llegar a nada.

Ella se sentó.

Edna Cutler titubeó un momento y luego hizo lo mismo.

—Fue una trampa muy hábil —dijo Roberta—. Edna y yo nos preguntábamos cómo habían conseguido nuestra dirección. Luego pensamos que el correo probablemente tomaba las direcciones de las cartas y vendía las listas.

—No hablemos más de esto —dije.

—Fue una hábil trampa —repitió Roberta, mirando significativamente a Edna Cutler.

—Hay media docena de trampas que hubiera podido emplear con el mismo resultado. Si yo la encontré una vez, la policía también podría hacerlo. Lo sorprendente es que no lo haya hecho más pronto.

—No creo que la policía me encuentre —dijo Roberta—. Yo creo que usted rebaja sus habilidades.

—No discutiremos sobre eso. Tenemos algo más importante de que hablar. ¿Quién fue Pablo Nostrander?

Sus miradas se cruzaron.

Yo miré el reloj de pulsera.

—No tenemos mucho tiempo que perder.

—No le conozco —dijo Edna Cutler.

Miré a Roberta y sus ojos evitaron los míos. Me volví hacia Edna.

—Veamos si puedo refrescar su memoria. Usted estaba casada con Marcos Cutler. Él quería pedir el divorcio y usted no lo aceptaba si no aumentaba la pensión para los alimentos. Desgraciadamente, sin embargo, usted ha sido indiscreta.

—Eso es mentira.

—Bueno. Dejémoslo así. Él tiene testigos que jurarían que usted ha sido indiscreta.

—Y ellos mentirían.

—¡Muy bien! No me interesan los méritos o faltas de su divorcio. No me importa que Marcos Cutler tenga testigos falsos o las pruebas sean contra usted. O que él pueda nombrar setenta y cinco corresponsales y se olvide de una docena.

»Lo que yo busco y deseo establecer definitivamente es que él deseaba conseguir el divorcio y que usted no quería y no tenía ninguna defensa.

—Prosiga desde ahí. Yo no admito nada. Ni tampoco lo niego. Escucho.

—Su maniobra es una obra de arte.

—Sea amable y dígame lo demás.

—Usted se fue a Nueva Orleans. Y se lo hizo saber a su marido. Le dejó creer que se había escapado de California porque no deseaba que las cosas que había hecho fueran conocidas. Marcos Cutler pensó que ya estaba todo arreglado y que usted había hecho lo que él quería. Que él le había cerrado la boca y no tendría que pasarle nada para alimentos.

»He aquí donde usted se apresuró. Le hizo saber que había tomado un departamento y le dio la dirección. Luego buscó a alguien que tuviera cierto parecido con usted. Cualquiera que la viera con Roberta Fenn no las encontraría iguales, pero las señas correspondían. Podía tomárselas a una por la otra.

—Si tiene algo que decirme, dígalo de una vez —dijo Edna Cutler.

—Esto sencillamente exponiendo con claridad sus fundamentos.

—Hable aprisa. No tenemos toda la noche disponible. Usted

mismo dijo que tenía prisa.

—Creo que mis palabras fueron que no había tiempo que perder. Si usted cree que estoy perdiendo el tiempo, usted está loca.

Roberta Fenn sonrió y Edna me desafió.

—Prosiga.

—Usted encontró a Roberta Fenn. Estaba desocupada. Usted tenía un poco de dinero. Le cedió el apartamento y le ofreció pagarle algo con la única condición de que tenía que llevar su correspondencia, enviársela y decirle a todo el que preguntara que ella era Edna Cutler. Usted podría haberle dicho que esperaba una notificación de su divorcio, pero tal vez no se lo dijo.

»Su marido cayó en la trampa. Fue a ver a sus abogados. Éstos le sugirieron que presentara una demanda estableciendo suficientemente los hechos para constituir una causa de divorcio. Y si usted luchaba, ellos sacarían a relucir todas las cosas sucias que se les ocurriera. Preguntaron a su marido dónde estaba usted y él les dio la dirección de Nueva Orleans. Los abogados, siguiendo las etapas legales de su profesión, concentraron toda su atención en jugar la vieja treta de presentar una demanda corriente, pero haciéndole saber que si se defendía, caerían sobre usted cubriéndola de fango.

La simple enunciación de estos hechos hizo brillar los ojos de Edna.

—¿Y usted cree que era justo?

—No. Es un ardid conocido. Los abogados lo emplean siempre.

—Lo que querían era privarme de toda oportunidad de defenderme.

—Usted debió seguir adelante y luchar… si tenía armas para hacerlo.

—Pero hubiera salido perjudicada.

—Lo sé. No vamos a discutir el caso. Estoy sólo imaginando lo que ha sucedido. Los abogados enviaron los papeles del proceso a Nueva Orleans. Aquí un agente de éstos subió un día las escaleras, golpeó la puerta, encontróse con Roberta, le preguntó si era Edna Cutler y entregó la notificación. Usted estaba muy lejos de allí.

—Usted lo arregla como si fuera una conspiración. En realidad yo no sabía absolutamente nada del divorcio hasta hace poco.

Yo me volví hacia Roberta.

—¿Fue debido a que usted ignoraba la dirección de la señora Cutler por lo que no envió la notificación?

Ella asintió.

—Fue una maniobra bastante hábil —dije—. Es una manera muy sencilla de cambiar una derrota en triunfo. Marcos Cutler creyó que había obtenido el divorcio. Se fue a México sin esperar el decreto final y se casó. Usted esperó bastante tiempo para que pareciera que usted procedía de buena fue. Entonces escribió a Roberta que fuera amable con un hombre que era amigo suyo. Fue ésta la primera vez que Roberta conoció su dirección. Ella le contestó diciéndole al mismo tiempo que después que usted se había ido, le habían presentado una citación de divorcio y que recordando su juramento, ella había dicho que era Edna Cutler. En seguida le pidió a Roberta que le mandara la tal citación y eso le permitió a usted jurar que era la primera noticia que tenía de su propio divorcio.

»En otras palabras. Lo había pescado y tendría que pagarle todo lo que le hiciera. Él no se animó a hacérselo saber a su esposa. Y usted conseguirá todo lo que quiera de él.

Yo dejé de hablar mirándola. Por fin murmuró:

—Usted lo explica todo como si yo hubiera tenido una gran idea. En realidad no pensé en otra cosa que en alejarme de todo eso. Mi marido me había difamado, y sometido a toda clase de humillaciones. Yo no sabía si era porque estaba resuelto a difamarme de tal manera, que no pudiera levantar mi cabeza entre mis relaciones o porque creía que lo había engañado. Él había contratado detectives privados y les pagaba sumas fantásticas para que le proporcionaran pruebas y éstos amontonaban las mentiras y Marcos creía que me tenía en sus manos.

Ella se detuvo mordiéndose los labios. Se veía que trataba de dominarse.

—¿Y entonces? —proseguí.

—Entonces, cuando me dijo lo que tenía en su poder y me mostró los informes de los detectives, cuando me leyó aquel paquete de mentiras, casi enloquecí.

—¿Usted no las admitió?

—¡Admitirlas! Le dije que eran las mentiras más infames que había oído. Y tuve un ataque de nervios. Estuve dos semanas en

tratamiento y fue mi médico el que me aconsejó que viajara. Que me alejara de todo esto por un tiempo. Que desapareciera.

—¿Un doctor simpático? —pregunté sonriendo.

—Muy comprensivo.

—¿Le dio su consejo por escrito?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo preguntaba solamente.

—Bueno. En realidad así lo hizo. Fui a San Francisco. Mientras estaba allí le escribí una carta. Le conté que no me sentía con deseos de volver y le preguntaba qué le parecía que debía hacer. Me contestó que lo que yo necesitaba era un reposo absoluto.

—Y naturalmente, usted guardó esa carta.

—Fui a Nueva Orleans y todo pasó muy bien durante tres semanas. Estaba en el hotel mientras buscaba departamento. Entonces ocurrió algo.

—¿Qué sucedió?

—Encontré a alguien en la calle.

—¿A alguien que conocía?

—Sí.

—¿De Los Ángeles?

—Sí. Y decidí desaparecer.

—No es una razón muy convincente. Si usted se encuentra en las calles de Nueva Orleans una persona que conoció en Los Ángeles, también puede encontrar otra persona en las calles de Little Rock, Arkansas, Shreveport o Tombuctú.

—No. Usted no comprende. La amiga quiso saber dónde vivía. Tuve que decírselo. Yo sabía que ella se lo diría a sus amigas y todo el mundo se enteraría de que estaba en Nueva Orleans. Yo no deseaba que la gente supiera nada de mi vida anterior; pero quería tener un sitio en esa ciudad para venir algunas veces. Encontré a Roberta. Ella también tenía sus propias preocupaciones y quería escapar a su identidad. Le propuse que cambiáramos los nombres. A ella le agradó la idea. Le pedí que buscara un departamento bueno al que yo pudiera ir después, y que yo le pagaría.

—¿Qué nombre tomó usted? —pregunté.

—El de Roberta.

—¿Por cuanto tiempo?

—Por dos o tres días.

—¿Entonces, qué?

—De pronto me percaté de qué endiablada prueba les estaba dando. Si los abogados de mi marido lo descubrían, podrían alegar que me había escapado que vivía bajo nombre supuesto. Aquello hubiera sido una confesión de culpa. Así volví a tomar mi nombre, lo cual significaba que había dos Edna Cutler. Una de ellas era Rob, que vivía en Nueva Orleans, y la otra la verdadera Edna Cutler.

—Muy, muy interesante. Esto haría llorar al más duro de los jueces ante los libros de leyes.

—Yo no pido simpatía. Sólo quiero justicia.

—Muy bien. Ahora dejemos de lado la comedia. Usted no lo ha pensado.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted no ha preparado toda esta trama para dejar que su marido golpee el cubo y descubra que está vacío.

—No lo comprendo.

—Yo he conocido montones de abogados. Creo que sólo tres o cuatro podrían haber preparado una trampa así, pero el caso es que corresponde al abogado el hacerla y hay que ser muy hábil para eso.

—Pero ya le he dicho que no fue una comedia. Yo no lo pensé.

—Eso es lo que nos lleva a nuestro amigo Pablo G. Nostrander.

—¿Qué hay de él?

—¿Usted le conocía?

Ella titubeó un instante. Yo sonreí mientras buscaba respuesta adecuada. Luego proseguí, diciendo:

—Usted no esperaba esta pregunta, ¿no es cierto, Edna? No tenía preparada la respuesta.

—No —dijo ella con desconfianza—. No le conocía.

Vi que el rostro de Roberta demostraba sorpresa.

—Es aquí donde usted comete una lamentable equivocación.

—¿Qué quiere decir?

—El secretario de Nostrander recordará que usted estuvo en el estudio. Probará con sus libros que por lo menos una vez usted hizo un pago. La gente del «
O’Leary’s
» dirá que nos vieron allí juntos. La acorralarán por perjurio. Su marido gastaría una fortuna para descubrir este asunto. Llevaría eso

a los Tribunales y un juez tomaría nota de que usted había simplemente…

Ella me interrumpió.

—Muy bien. Lo conozco.

—¿Cuándo?

—Lo… lo he consultado.

—¿Y qué le contestó él?

—Me contó que lo único que me quedaba que hacer era no preocuparme y… —ella siguió triunfante a medida que se daba cuenta de la fuerza del argumento— que no hiciera nada hasta que me presentaran la notificación. Que cuando la recibiera le avisara.

—Está bien. Nostrander ha muerto. Él no puede contradecirla.

Ella se contentó solamente con mirarme, pero no lo negó.

Yo miré a Roberta.

—¿Usted le conoce?

—Sí.

—¿Cómo le conoció?

Edna dijo rápidamente:

—Está tratando de hacerte decir que yo te lo presenté. Lo encontraste en un bar. ¿No es cierto, Rob?

Roberta no decía nada.

—Hay otro punto en su relato que es algo débil, Edna. Creo que ya le ha dicho bastante a Roberta.

—Si yo no le he dicho nada…

—Dejemos eso. No necesita mentir si tiene miedo de ofender a Edna —le dije a Roberta—. Puede callarse. ¿Por qué evitaba usted a Nostrander?

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted se alojaba en aquel departamento. Vivió en el barrio francés casi un año. Comía en el *Bourbon House*. Era vista muy a menudo en el «
O'Leary's
». Según el relato de Edna, usted debía tomar el departamento y quedarse allí hasta que ella volviera.

»Pero de pronto usted se mudó. Se fue al centro de la ciudad, tomó lecciones de estenografía. Y nunca volvió a sus antiguos barrios. Con todo cuidado evitaba encontrar a Nostrander. No volvió por el barrio francés hasta que Edna le dio una carta de

Archibald Smith para usted. Pensó que después de tanto tiempo no tenía nada que temer. No fue así. Alguien le dijo a Nostrander que usted había sido vista por allí. Entonces Nostrander inició su labor de detective. Cómo, no lo sé, pero hizo el mismo trabajo que yo. La encontró. La había buscado durante dos años.

»Ahora, ¿por qué dejó usted tan bruscamente el barrio francés?

—No tienes por qué contestar a esa pregunta, Rob —dijo Edna.

—Ninguna de ustedes dos tiene nada que contestar… por ahora. Pero cuando la policía les haga esas preguntas van a tener que contestarlas.

—¿Por qué quiere que la policía nos haga las preguntas? —murmuró Edna.

—¿No lo comprende?

—No.

—¿Dónde estaba usted el martes a las dos y media de la madrugada? —pregunté.

—¿A quién habla? Me está mirando a mí. Pero se refiere a Roberta, ¿no es cierto?

—No. A usted.

—¿Qué tiene eso que ver con este asunto?

—La policía aún no ha reunido los diferentes pedazos del embrollo, pero lo hará. Usted tenía un plan para robarle el triunfo a su marido. Nostrander estaba mezclado en eso. Lo mismo Roberta Fenn. Ella no conocía los detalles. Pero Nostrander sí. Él había planeado todo el asunto.

»Era un lindo plan. Todo salió a las mil maravillas. Su marido hubiese pagado sin chistar. Pero su marido resultó ser de materia dura. Se vino a Nueva Orleans y descubrió lo de Nostrander. Éste sería el testigo principal. Si el abogado era denunciado, hablaría. Si hablaba, usted perdía. Si no hablaba, usted defendería su posición. Había un medio de asegurarse el silencio de Nostrander. Éste era una bala del treinta y ocho en el corazón. Mujeres más nobles que usted han sucumbido a la tentación.

—¿Usted está loco?

—Ése es el razonamiento que va a hacerse la policía.

Ella miró desamparada a Roberta.

—¡Si ahora me dijera cómo conoció a Archibald Smith!… —Su sorpresa parecía sincera—. Y por qué le dio una carta para

Roberta…

—¡Smith! ¿Qué tiene que ver ese viejo fósil con todo esto?

—Eso es lo que quisiera saber.

—Ahora sí que está usted loco. Él nada tiene que ver con eso.

—Bueno. ¿Cómo lo conoció? ¿Qué es…?

Sonó el timbre de la calle.

—Vea quién es —indiqué a Edna.

Ella fue al teléfono, oprimió el botón y dijo:

—¿Quién es?

Mirando su rostro, comprendí por su expresión de temor cuál era la contestación.

—¿Tiene aquí todas sus cosas? —pregunté a Roberta—. ¿Una maleta, ropas?

Ella meneó la cabeza.

—Dejé el apartamento sin nada. Telegrafié a Edna y ella me mandó el dinero para venirme. No he podido comprar nada. Yo…

—Recoja todo lo que tiene. Todo lo que puede indicar su presencia aquí y vamos.

—No comprendo —dijo.

Le indiqué a Edna:

—Oprima el botón que abre la puerta de la calle. Recoja todas estas puntas de cigarros y tírelas por la ventana. Haga como si se estuviera poniendo ese peinador cuando ellos lleguen a la puerta.

Vi la mano de Edna que tocaba el botón.

—¿Quién es? —preguntó Roberta.

Edna se volvió hacia ella. Sus labios temblaban y no podía hablar.

—La policía, naturalmente —dije yo, y tomando a Roberta de la mano la llevé hacia la puerta.

# capítulo dieciséis

EL corredor hacía un recodo a unos veinte pasos de la puerta de Edna. Sin soltarle la muñeca la llevé hasta allí.

—¿Pero qué…? —dijo ella—. ¿Por qué…?

—¡Chist! —murmuré—. Espere.

Se oían pasos en la escalera.

—Si es un hombre —le dije—, esperamos aquí. Si son dos nos escapamos.

Eran dos. Se acercaban por el corredor con pasos pesados. Los oímos golpear en la puerta de Edna.

Los espié y vi dos anchas espaldas y alcancé a distinguir el rostro pálido de Edna, luego los hombres entraron en la habitación. Esperé que se cerrara la puerta y entonces le hice seña a Roberta.

Ella me siguió.

En la escalera me preguntó:

—¿Por qué debíamos esperar si era uno solo?

—Porque ellos siempre van de dos en dos. Si hubiese subido uno, significaría que el otro lo esperaba en el coche. Estando los dos ya en la habitación de Edna, el campo está libre. Por lo menos esperemos que así sea.

Bajamos las escaleras. Abrí la puerta y la hice pasar primero a ella. El coche de la policía estaba estacionado delante de la casa de los departamentos. Estaba vacío.

—Vamos —dije.

Y salimos a la calle.

—No camine demasiado aprisa.

—Me siento como si alguien me empujara. Quisiera correr.

—No haga eso. Míreme a mí y ríase. Más despacio. Detengámonos y miremos este escaparate.

Nos detuvimos un instante y luego seguimos nuestro camino.

Lentamente la llevé hasta la esquina.

—¿Conoce aquí a alguna otra persona?

—No.

—Muy bien —dije—. Vamos a comer a un restaurante. ¿Ha cenado?

—No: Íbamos a salir a hacerlo cuando usted llamó. Edna acababa de bañarse.

Continuamos. Dos o tres veces trató de hacerme preguntas. Le dije que esperara. Encontramos un restaurante de buen aspecto en el que había gabinetes reservados; entramos y tomamos uno en un rincón tranquilo lejos de la entrada. El camarero trajo la lista y yo pedí dos combinados.

El camarero se alejó.

—Hable en voz baja —dije a la joven—. Dígame lo que sabe sobre el plan de Edna.

—Nada —me contestó—. Todo fue como usted lo contó; sólo que yo no sabía nada de la citación.

—¿Por qué estaba Nostrander tan ansioso por encontrarla?

—Estaba enamorado de mí —dijo ella—. Me perseguía.

—No querrá usted decir que abandonó el departamento y cambió de manera de vivir sólo porque un hombre que usted no quería, la molestaba.

—Bueno… eso exactamente, no.

—¿Por qué, entonces?

—No hablemos de eso.

Yo meneé la cabeza.

—No puede ser.

—Bueno, para decirle la verdad; estaba cansada de la vida que llevaba. No trabajaba. Tenía todos los gastos pagados, nada más que por estar allí y llevar el nombre de Edna Cutler. No me levantaba hasta las once o las doce. Iba a desayunarme, paseaba un poco, compraba unas revistas y volvía a leer y dormitar toda la tarde; a las siete salía a comer algo, volvía, me bañaba, me ponía mis mejores cosas. Luego, si tenía algún compromiso o iba a un bar… Bueno, usted sabe lo que se hace en Nueva Orleans. Es diferente de cualquier otra ciudad de la tierra. Una muchacha se sienta en una mesa y los hombres se le acercan. Ellos lo encuentran lo más natural y la muchacha lo mismo. En cualquier otra parte, uno se

preguntaría quién es el joven… Bueno, pero Nueva Orleans es Nueva Orleans.

Nos sirvieron las bebidas.

Brindamos tomando el primer sorbo.

El camarero, delante de la mesa, esperaba nuestras órdenes.

—¿Podría traernos unas ostras con salsa, algunos rábanos y limón? —le pregunté—. Luego algo caliente, camarones picantes, sopa de cebolla, un bisté de tres pulgadas de grueso, algunos entremeses raros, cebolla frita a la francesa, patatas fritas, finas como pajas. Corte pan francés, póngale mucha manteca, lo espolvorea con un poquito de perejil y lo pone al horno hasta que se derrita la manteca y se tueste el pan. Ponga en hielo una botella de Burgandy y después de todo eso nos trae helados con crema, café y la cuenta.

El camarero ni pestañeó.

—Muy bien, señor.

—Y usted, ¿qué dice? —preguntó a Roberta.

—Que estoy de acuerdo.

Despedí al criado, esperando hasta que la cortina verde volviera a su sitio y entonces le dije de pronto a Roberta:

—¿Dónde estaba usted el martes a las dos y media de la madrugada?

—Si le dijera lo que sucedió aquella noche, no me creería.

—¿Tan malo es?

—Sí.

—Cuéntelo entonces.

—Me escondí de Nostrander. Él no sabía que aún estaba en Nueva Orleans, hasta que me encontró. Usted estaba delante cuando eso sucedió y oyó lo que él dijo. Era la primera vez que le volvía a ver después de dos años. Yo no tenía ganas de que me hiciera una escena delante de usted. La última vez que lo había visto estaba loco por mí. Tenía unos celos terribles. Era una de las cosas en él que más me desagradaban. Si yo salía con otra persona, se enfurecía… y de verdad. Era un hombre muy interesante, pero con un carácter muy variable. ¡Pobre de la mujer que se hubiera casado con él! No hubiese dejado entrar en la casa ni al lechero.

—¿Por eso se lo llevó hacia el corredor la noche que apareció en su casa?

—Sí. Yo sabía que llevaba algún arma y tenía miedo de que fuera a cometer un disparate. Cuando le vio a usted, casi sacó el revólver. Estaba loco de celos. Yo le dije que era la primera vez que le veía y que venía por negocios. No quiso creerme. Al encontrarlo allí, pensó que usted era el elegido. Sacó su arma. Dijo que me mataría y se mataría si no salía por la noche con él y empezó así con todas sus amenazas. Entonces le dije que ésa era la razón por la cual me había escondido, y que si volvía a guardarse el revólver en el bolsillo y dejaba esos celos locos, iría a cenar con él.

—¿Quería saber todo lo que a mí se refería? —pregunté.

—Naturalmente.

—¿Y usted qué le contó?

—La verdad. Que usted era un detective que estaba tratando de averiguar algo acerca de un hombre llamado Smith, por un asunto de bienes.

—¿Le preguntó quién era Smith?

—Naturalmente. No había más que mencionar el nombre de un hombre y saltaba encima como un gavilán sobre su presa. Quiso saber todo lo que se refería a él, quién era, de dónde venía, cuánto tiempo hacía que le conocía y todo lo demás. Y le conté que Smith era amigo de Edna.

—¿Y todo eso allí, en el corredor?

—No. Entonces le dije que no tenía tiempo para estar allí discutiendo. Que tenía que despedirle a usted si quería que saliera yo con él. Y así consintió en esperar.

—Ése es el punto que me interesa. ¿Dónde esperó?

—Me dijo que esperaría afuera y que volvería cuando usted se hubiese ido.

—¿Y así lo hizo?

—¿Qué?

—¿Volver después que me fui?

—Sí. Vino enseguida.

Ella vio la expresión de mi rostro.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le preocupa?

—Estoy tratando de recordar —aclaré—. ¿En ese edificio sólo hay una hilera de departamentos, éstos quedan encima de un depósito y el corredor tiene todo el largo del edificio, con departamentos en ambos lados?

—Sí.

—¿No hay entradas o recodos donde pudiera esconderse un hombre?

—No.

—Al salir no lo vi allí.

—Se habría ido hasta el fondo, escondiéndose en la oscuridad para poder vigilarle a usted. Era su manera de hacer las cosas. Era callado y le gustaba espiar a la gente. ¡Dios mío, si cuando yo vivía en el barrio francés era como si yo hubiera sido un extranjero enemigo y él toda la FBI! Siempre andaba por allí mirando mis ventanas con anteojos de larga vista. Si yo salía con alguien me esperaba para saber a qué hora volvía; yo ni me atrevía a hacer subir a un amigo para tomar algo fresco…

Apareció el camarero con la bandeja y puso los platos sobre la mesa. Empezamos a comer.

—¿Quiere saber lo demás? —me preguntó unos minutos después.

—Cuando terminemos de cenar —le contesté—. Ahora comamos. Tengo apetito.

Comimos. Yo veía que ella se iba tranquilizando. El vino y la comida provocaban una expansiva simpatía.

—¿Sabe una cosa, Donald?

—¿Qué?

—Creo que puedo confiar en usted. Le voy a decir toda la verdad.

—¿Por qué no?

Retiró su plato, aceptó uno de mis cigarrillos y se inclinó para encenderlo. Con sus dos manos sostuvo la mía, que tenía el fósforo. Las suyas eran suaves y cálidas.

—Pablo y yo salimos a comer —dijo—. Quería matarle a usted. Estaba borracho y otra vez loco de celos. No quería creer que fuera un detective. Por último, me sentí herida; le dije que en dos años no había cambiado, que ya una vez había desaparecido con sólo mudarme de casa, pero que ahora le iba a ser difícil encontrarme, que no quería verlo más, ni tener nada que ver con él. Que si volvía a interponérseme lo denunciaría.

—Y entonces, ¿qué hizo él?

—Hizo algo que me asustó al mismo tiempo que me hizo reír.

—¿Qué?

—Me quitó el bolso.

—¿Por qué? ¿Para que no tuviera dinero?

—En ese momento lo creí así, pero ahora comprendo para qué era.

—¿Quiere usted decir que quería su llave?

—Sí.

—¿Dónde estaban ustedes cuando le quitó el bolso?

—En «
O'Leary's
», en el barrio francés. Era su lugar acostumbrado.

—¿Qué hizo usted?

—Yo le dije que estaba cansada de su manera de ser, que no podía soportar sus celos de loco y que no lo volvería a ver.

»El bar empezaba a llenarse. Yo no sé lo que él hubiera podido hacer, pero me di cuenta de que si sacaba un arma o me amenazaba, había bastante gente a nuestro alrededor como para sujetarle antes de que hiciera nada. Y aunque no hubiese habido nadie, yo ya estaba cansada de vivir dominada por el terror hacia ese hombre. Hasta que se enamoró de mí, era encantador.

—¿Usted le conoció por medio de Edna?

—Sí.

—¿Qué sentía él por ella?

—Yo creo que era… Bueno, tal vez le divertía. Creo que la llevaba al «
O'Leary's
» y que durante un tiempo anduvieron siempre juntos; luego Edna le confió sus disgustos y él preparó ese plan mediante el cual ella podría luchar contra su marido. Así debió haber sido la cosa. Ahora me doy cuenta.

—¿Pero Edna nunca se lo dijo?

—No. Jamás me confió la verdadera razón de por qué deseaba que yo me instalara en el departamento. Sólo me dio las mismas explicaciones que le dio a usted. No me hizo saber dónde se encontraba. El único que lo sabía era Pablo Nostrander, pero él decía que «no» era así. Él era el encargado de darme todos los meses el dinero para cubrir mis gastos, departamento, vestidos, comida, cuidados de belleza y todo lo demás.

—¿Usted le envió a su compañera Edna la citación que le entregaron?

—No. Él no quiso encargarse de ella. Dijo que no tenía derecho. Que Edna sólo le había encargado de darme el dinero de un fondo que le había dejado. Y alegaba que él no sabía dónde estaba, ni tenía medios de comunicarse con ella. Que ella le había entregado mil quinientos dólares para mis gastos y que ya habían sido gastados casi todos.

—Muy bien. Usted le dijo a Nostrander que iba a desaparecer y él le quitó el bolso. ¿Y entonces?

—Salió sin decir una palabra.

—¿Pagó la cuenta?

—No las hay en el «
O'Leary's
». Las bebidas se pagan en el momento de pedirlas.

—¿Así que se fue, dejándola allí?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Me quedé un momento y una pareja de soldados que andaban por allí, aburridos, empezaron a sonreírme y yo pensé «¿por qué no?». A esos muchachos los embarcarían pronto. Tenían derecho a divertirse. Así que les contesté la sonrisa. Se acercaron y lo pasamos muy bien. Eran unos buenos muchachos y no conocían nada en Nueva Orleans. Aquélla era la primera noche que pasaban en la ciudad. Venían de Milwaukee. Los llevé a hacer un recorrido y bebieron hasta que ya apenas podían sostenerse; entonces los dejé.

—¿Qué hizo usted?

—Me volví a pie.

—¿No tomó un coche?

—No. No tenía bolso ni dinero.

—¿Y cómo pensaba entrar si no tenía la llave?

—Me había llevado una, pero tenía otra en el fondo de mi buzón. Yo siempre la dejaba allí para un caso de necesidad. Figúrese, la puerta tenía un pasador y a veces, cuando iba hasta la tienda de la esquina, me olvidaba de llevar la llave y por eso dejaba esa otra en el buzón.

—¿A qué hora se separó de los soldados?

—Alrededor de las dos, o poco más o menos a esa hora.

—¿Qué hora era cuando llegó allí?

—Exactamente las dos y veinte.

—¿Cómo está tan segura de la hora? —le pregunté—. ¿Oyó el tiro?

—No.

—¿Qué oyó?

—No oí nada. Vi.

—¿Qué vio?

—A mi amigo Archibald C. Smith.

Yo me quedé reflexionando, luego dije:

—Espere. Usted no «pudo» haberlo visto. Aquella noche estaba en Nueva York.

Ella sonrió.

—Pero yo le vi.

—¿Qué le dijo él? ¿De qué hablaron?

—No hablé con él. No me vio.

—¿Y dónde fue eso?

—Delante de mi casa.

—¿Cuándo?

—Acabo de decírselo: a las dos y veinte.

—Prosiga. ¿Qué sucedió?

—Yo llegaba cuando él pasó en un taxi. Bajó de él y, subiendo los escalones de la puerta, llamó a mi departamento.

—¿Está segura de que era el suyo?

—Casi segura. Por la posición de sus dedos. No podía distinguir el botón exacto que tocaba, pero… debía ser el de mi casa.

—¿Y qué hizo después que no la encontró?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Al volverse no la vio?

—No.

—¿Qué hizo él?

—Entró.

—¿Quiere usted decir que entró en la casa de departamentos?

—Sí.

—¿Cómo lo hizo?

—Alguien le abrió desde dentro.

—¿Y usted?

—Primero había creído que Pablo Nostrander me había quitado

el bolso para dejarme sin dinero y tener él tiempo de entrar en mi casa y… ver si encontraba algunas memorias, o alguna carta suya. Yo no le quitaba los ojos de encima.

—¿Y después que oyó abrirse la puerta?

—Comprendí para qué estaba allí. Había entrado con mi llave y me esperaba.

—Una manera muy delicada de acercársele —dije.

—No era eso precisamente. Había estado toda la noche acusándome de andar en relaciones con alguien. Se lo hacía pensar mi desaparición. Me había buscado por los diarios, poniéndome durante dos años un aviso permanente.

—Lo sé. Lo he visto.

—Naturalmente, pensó que me había ido con algún hombre. Yo sabía que sólo era cuestión de tiempo el que me encontrara con él en la calle, pero me parecía que cuanto más tardara en suceder, más probabilidades tendría de que se hubiera enamorado de alguna otra, olvidándose de mí. Pero era uno de esos hombres que se encaprichan con lo que no pueden conseguir. ¿Usted los conoce?

Yo asentí.

—Estaba allí, en mi casa —prosiguió ella con amargura—, armado y probablemente medio borracho, sentado sobre la cama, esperándome y resuelto a descubrir si trataba a alguien con bastante intimidad como para ir a mi domicilio. Se le había puesto en la cabeza que yo, para alejarle a usted, le había prometido dejarlo venir por la noche y… bueno, usted sabe cómo son esas cosas.

—Entonces —seguí—, ¿Archibald C. Smith llamó al timbre a las dos y veinte… se encontró en medio de aquella situación?

—Sí… debió de subir hasta allí.

—¿Y usted cree posible que Archibald C. Smith pensara que usted estaría en su casa a esa hora de la noche y que iba a abrirle?

—A lo mejor se le ocurrió que el timbre me despertaría. Lo razonable hubiera sido suponer que yo tomaría el teléfono preguntando quién era.

—¿Oyó «usted» algún tiro?

—No.

—¿Hubiera podido oírlo claramente si alguien hubiese hecho fuego?

—No lo creo; y menos si fue ahogado con una almohada.

—¿Qué hizo usted?

—Crucé la calle. Traté de mirar la ventana de mi departamento. No pude ver nada porque la persiana estaba cerrada.

—¿Y entonces?

—Me volví hacia la ciudad.

—¿Qué hora era?

—Debían ser las dos y media. Cuando llegaba a la esquina me crucé con Marilyn Winton. Venía en un auto con otras dos personas… Un hombre y una mujer.

—¿Usted la conoce?

—Sé quién es y nos hablamos al encontrarnos en el vestíbulo. Su departamento queda frente al mío.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Fui a uno de los pequeños hoteles del barrio y tomé un nombre falso, por miedo a que él hablara en todos los establecimientos.

—¿Y entonces?

—Poco antes de las nueve salí para mi casa. Quería buscar mi bolso y algunos artículos de tocador y luego tomar un taxi para ir a mi trabajo. Me encontré con una gran aglomeración; y un hombre que estaba en el borde de la acera me dijo que habían cometido un crimen, que un abogado había sido encontrado muerto en el departamento de una mujer y que ésta había desaparecido. Que la policía la buscaba.

—¿Y luego qué hizo usted?

—Como una tonta, en vez de explicarlo todo mientras podía hacerlo, me entró pánico y volví al hotel. Le envié un telegrama a Edna, diciéndole me mandara dinero en seguida, y que era para evitar que me identificaran, que el giro fuera remitido al nombre con el cual me había inscrito en el hotel.

—¿Telegrafió?

—Sí.

—¿Trató usted de hablar por teléfono?

—Sí.

—¿Lo consiguió?

—No, ella no estaba.

—¿Contestó el telegrama?

—Esta tarde. Hice que el hotel cobrara el giro y tomé un tren para Shreveport.

El camarero vino a retirar los platos, trajo los helados y el café.

—¿Podía confiar en Edna? —le pregunté.

—Creía que sí. Ahora no estoy tan segura. Se ha portado de una manera extraña, incomprensible…

—Para Edna, es una suerte que haya desaparecido Nostrander.

—Sí. Comprendo… ahora.

—Ése era un motivo de asesinato.

—¿Quiere usted decir que ella podría haberlo matado?

—Así lo podría pensar la policía.

—Pero ella estaba en Shreveport.

—Cuando usted le telefoneó, no.

—¿Era tarde cuando le mandó el dinero?

—Sí.

Terminamos los helados y nos quedamos allí sentados, saboreando el café y fumando cigarrillos. Ninguno de los dos decía nada. Los dos pensábamos.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella.

—¿Tiene algún dinero?

—Algo del que me envió Edna. Dígame, Donald, ¿qué «debo» hacer?, ¿ir a la policía y hacer mi declaración?

—Todavía no, y menos ahora.

—¿Por qué?

—Es demasiado tarde. Ha perdido el barco.

—¿No podría explicar el…?

—Ahora no; no podría hacerlo.

—¿Por qué?

Yo pregunté de pronto:

—¿Usted no le mató?

Ella me miró como si le hubiera tirado algo a la cara.

—Muy bien, pero alguien lo hizo. Y ese personaje no querrá nada mejor sino que la policía eche todos los cargos contra usted.

—¿No sería mejor estar allí para impedirlo?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Si usted desaparece por un tiempo, el verdadero asesino tratará de hacerla pasar por la oveja negra, presentando pruebas

con falsas declaraciones y cosas así. Entonces se podrá saber quién es. Suelte mucha cuerda y verá si no colgamos a alguno.

—Espero que no sea a mí.

Encontré sus ojos y, levantando la taza de café, dije:

—Lo espero.

Pagué la cuenta y pregunté si había cabina telefónica. Me encerré en ella y llamé al aeródromo de Nueva Orleans.

—Habla el detective Donald Lam desde Shreveport. —Y para que no empezaran a preguntarme si pertenecía a la policía de Shreveport o si era detective privado, agregué rápidamente—: El miércoles a mediodía tuvieron ustedes un pasajero de Nueva York. Éste volvió a irse casi en seguida, regresando después a Nueva Orleans. Su nombre era Emory G. Hale.

La voz dijo del otro lado de la línea:

—Un momento, que voy a consultar con los registros.

Esperé un rato, durante el cual pude oír el roce de los papeles.

—Es cierto. Emory G. Hale. Nueva York, ida y vuelta.

—¿No podría darme sus señas?

—No. No lo recuerdo. Espere un momento.

Le oí preguntar:

—¿Alguno recuerda haber vendido el miércoles un billete de ida y vuelta a Nueva York a un hombre llamado Hale? Llama la policía de Shreveport… No; lo sentimos mucho, pero ninguno lo recuerda.

—Cuando anotan un pasajero, ¿no lo pesan?

—Sí.

—¿Cuál era el peso de Hale? —pregunté.

—Un momento. Aquí lo tengo. Pesaba… veamos… sí; aquí está. Pesaba ciento cuarenta y seis libras.

Le di las gracias corté la comunicación.

Emory G. Hale debía pesar alrededor de doscientas libras.

Salí de la cabina telefónica.

—¿Qué pasa? —preguntó Roberta—. ¿Malas noticias?

—¿Quiere ir a California? —le dije.

—Sí.

—Creo que podríamos alquilar un auto que nos llevará hasta Fort Worth y de allí un aeroplano nos dejará mañana en Los Ángeles.

—¿Por qué a California?

—Porque este Estado es muy, pero muy peligroso para usted.

—¿No vamos a llamar la atención?

—Sí. Y cuanto más lo hagamos mejor.

—¿Qué quiere usted decir?

—La gente se interesa por una pareja desconocida —le dije—. Lo que hay que hacer es que nos vean. Trabar relación con todo el mundo, desde el conductor del auto de alquiler hasta los pasajeros del aeroplano. Seremos marido y mujer. Hemos dejado Los Ángeles para venir al Este en viaje de bodas. Acabamos de recibir un telegrama de su madre, avisando que le ha sobrevenido un ataque al corazón y por eso volvemos. Es una luna de miel interrumpida. La gente nos tendrá simpatía. Si la policía manda sus señas, buscándola por asesinato, a nadie se le ocurrirá relacionar ese asunto con la pobrecita recién casada que va tan preocupada por su madre.

—¿Cuándo salimos? —preguntó ella.

—En cuanto pida un auto por teléfono. —Y volví a la cabina telefónica.

# capítulo diecisiete

EL domingo al amanecer, volamos sobre Arizona. Poco a poco, el desierto que teníamos debajo había dejado de ser un mar vago y grisáceo, adquiriendo forma y color. Los más altos montes elevaban sus picos hacia el aeroplano, recibiendo los primeros reflejos del día. Allá abajo, los profundos cañones y arroyos secos permanecían en la sombra.

Las estrellas titilaban en un cielo azul verdoso. Corríamos hacia el Oeste y el zumbido de los motores repercutía entre los cerros. El Este se tiñó de rosa, las cimas de las montañas se bañaban en champaña. Nosotros corríamos sobre el desierto como tratando de alejarnos del sol. De pronto, éste apareció en el horizonte y sus brillantes rayos nos alcanzaron. Los suaves tonos del amanecer se volvieron luminosos, destacando las sombras de las montañas. El sol siguió subiendo. Podíamos ver la sombra del aeroplano que nos precedía allá abajo. Pronto estuvimos sobre el río Colorado y en California. El zumbido de los motores se fue apagando hasta quedar convertido en el gemido que precede al aterrizaje y bajamos al pequeño lugar desierto, donde el restaurante del aeródromo nos proporcionó café caliente y jamón con huevos, mientras el aparato cargaba combustible.

Salimos otra vez. Delante nuestro aparecieron grandes montañas nevadas, guardando la salida del desierto como centinelas de cabellos grises. El aeroplano doblaba como algo vivo por un estrecho paso entre dos montañas, y luego, tan bruscamente que no pudimos darnos cuenta de aquel cambio, el desierto quedó atrás y nos encontramos volando sobre una región de citrus, donde crecían los naranjos y los limoneros plantados en hileras que se alejaban en interminable procesión.

Los rojos tejados de las casas de estuco blanco hacían contraste

con el brillante verde de los naranjos y de los limoneros. Docenas de ciudades que se volvían cada vez más y más grandes y más juntas a medida que nos acercábamos a Los Ángeles, hablaban de la prosperidad de aquella región que teníamos debajo nuestro.

Miré a Roberta.

—No vamos a tardar mucho en llegar —le dije.

Ella me sonrió.

—Creo que ésta ha sido una verdadera luna de miel.

Entonces, casi sin aviso, el aeroplano bajó del cielo, deslizándose hacía una larga pista de cemento. Las ruedas tocaron suavemente la tierra y estuvimos en Los Ángeles.

El cielo era azul sombrío. No había una nube. La atmósfera era embriagadora y las altas montañas se recortaban en el cielo.

—Muy bien —dije—. Aquí estamos. Vamos a ir a un hotel y me pondré al habla con mi socia.

—¿La Berta Cool de que ha estado hablando?

—Sí.

—¿Cree que le seré simpática?

—No.

—¿Por qué?

—No le gustan las mujeres bien parecidas… especialmente cuando cree que a mí me gustan.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo de perderlo?

—Lo hace como principio —dije—. Tal vez, ella misma no sabe por qué.

—Nosotros ¿vamos a anotarnos con nuestros nombres?

—No.

—Pero, Donald, usted… quiero decir, yo…

—Usted va a ser Roberta Lam —dije—. Y yo voy a tener mi propio nombre. Desde ahora, somos hermano y hermana. Nuestra madre está muy grave. Nos hemos apresurado en volver a su lado.

—¿Y yo soy Roberta Lam?

—Sí.

—Donald, ¿no se está colocando en una situación peligrosa?

—¿Por qué?

—Dándome la protección de su nombre cuando sabe que me busca la policía.

—Yo no sabía que la buscaba la policía. ¿Por qué no me lo ha

dicho?

—Ella sonrió.

—Ése es un buen disimulo, Donald; pero no le va a servir. Le preguntarán por qué me hizo desaparecer, llevando un nombre supuesto y fingiendo un parentesco si no sabía que la policía me buscaba con mi propio nombre.

—La contestación a eso es muy sencilla —dije—. Usted es una prueba material. Yo creo que puedo emplearla para descubrir un asesinato. La traigo conmigo. En vez de comunicárselo a Berta Cool por carta, vengo con usted para que se lo cuente a ella.

Se quedó un momento silenciosa, diciendo luego:

—Estoy segura de que Berta Cool me va a odiar desde el momento en que me vea.

—Muy amable no va a ser.

Fuimos al hotel. El empleado se enteró de que mi madre se estaba muriendo cuando le dije que debía hablar por teléfono. Me mostró la cabina telefónica.

Yo pedí el número de Berta que no figuraba en el listín. No contestó.

Subí a mi habitación y llamé de nuevo. Esta vez respondió la criada negra.

—¿La señora Cool? —pregunté.

—No está.

—¿Cuándo volverá?

—Yo no sé.

—¿Adónde fue?

—A pescar.

—Cuando venga, dígale que llame… no; dígale que habló el señor Donald Lam y que la llamará de hora en hora hasta que pueda hablar con ella.

—Sí, señor. Fue a pescar esta mañana temprano. Pensaba que la marea estaría buena a las siete y media. Ha de volver de un momento a otro.

—Llamaré cada hora. Dígale que yo le he dicho eso. No se olvide del recado… Llamaré a cada hora.

Me di el lujo de un baño caliente. Luego de quedarme en él diez o quince minutos, me puse bajo la ducha fría. Después de vestirme y afeitarme, me recosté para descansar.

Fui despertado por Roberta, que abrió y cerró suavemente la puerta de comunicación.

—¿Qué hay? —pregunté.

Su voz me llegó desde los pies de la cama.

Abrí los ojos.

—Es hora de que vuelva a llamar a la señora Cool.

Gruñendo, tomé el teléfono y di el número a la operadora.

Esta vez Berta estaba en su casa… Por los ruidos que se oían se veía que acababa de llegar. Llamó la criada, se oyeron sus pasos y luego su voz.

—¡En nombre de Dios! ¿Por qué no te quedas tranquilo? ¿Qué crees que fabrica esta agencia? ¿Dinero? Cuando deseas conferencia, ¿por qué no utilizas el teléfono? He tratado de enseñártelo una docena de veces.

—¿Terminaste? —pregunté.

—No, infierno —dijo batalladora—. Ni siquiera he empezado.

—Muy bien; volveré a llamar cuando hayas terminado. Uno no discute con las damas.

Y colgué suavemente el receptor, interrumpiendo los chillidos de Berta.

Roberta tenía los ojos muy abiertos. Se veía que estaba asustada.

—Donald, ¿va a luchar por mí?

—Probablemente.

—No lo haga, por favor.

—Tenemos que luchar por algo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Berta. Hay que darle con un palo para impedir que le quite a uno los sesos. No tiene importancia. Es su manera de ser. No puede cambiar. Cuando uno ve que va a levantar el gallo, hay que aplastarla. Eso es todo. Ahora voy a dormir otra vez. No se moleste en despertarme. Vaya y duerma un poco. Nos queda tiempo.

—¿No la va a llamar otra vez?

—Más tarde.

Roberta sonrió, diciendo:

—Usted es un muchacho muy original.

—¿Por qué? —pregunté, acostándome de nuevo sobre la cama.

—Por nada —dijo ella, y volvió a su habitación.

Tardé diez o quince minutos en volverme a dormir. Habían

pasado como dos horas cuando me desperté para llamar a Berta Cool.

—¡Hola, Berta! ¡Habla Donald!

—¡Ah, eres tú, maldito mequetrefe! ¡Advenedizo! ¿Qué significa tu conducta? ¡Yo te voy a enseñar a cortarme la comunicación! Maldito, ya…

—Llamaré dentro de un par de horas —dije, y corte de nuevo.

Roberta había dejado la puerta de comunicación abierta. Estaba tendida sobre la cama. Parecía haber seguido durmiendo mientras yo hablaba por teléfono. Me levanté y, cerrando suavemente la puerta, me instalé en un sillón a leer los diarios del domingo.

Roberta entró una hora después.

—No le oí levantarse.

—Usted estaba durmiendo. Me imagino que estaba cansada.

—Sí.

Se sentó en un brazo del sillón y, apoyando su mano en mi hombro, se inclinó para mirar el diario.

—¿Volvió a llamar a la señora Cool?

—Sí.

—¿Qué contestó?

—La misma cosa.

—¿Y usted que hizo?

—Lo mismo también.

—Yo creía que quería hablar con ella.

—Y lo quiero todavía.

La joven se echó a reír.

—Toma un avión, cruza todo el país para tener esta conferencia y ahora está aquí sentado sin hacer nada.

—Es cierto.

—Yo no lo comprendo.

—Estoy esperando que Berta se calme.

—¿Cree usted que lo hará? ¿No se pondrá cada vez más furiosa?

—Ahora está como loca; ahora puede comerse un plato de uñas sin crema ni azúcar. Pero es curiosa. Y la curiosidad persiste hasta que está satisfecha. La ira decae a medida que pasa el tiempo. Ése es el secreto para luchar contra Berta. ¿Quiere el diario?

Ella rió suavemente con nervosidad.

—Ahora no —dijo—. ¿Qué es eso?

Y se inclinó a leer un párrafo en el diario que yo sostenía.

Pude sentir que su cabello rozaba el mío.

Cuando terminó de leer lo dejé caer al suelo, poniéndome de lado, y ella se dejó caer en mi regazo.

Yo la besé.

Por un momento sus labios estuvieron contra los míos, ávidos de caricias, y luego sus ojos me miraron muy serios. Tenía la cabeza echada hacia atrás y sonreía.

—Yo me preguntaba cuándo iba a llegar esto —susurró.

—¿Qué?

—Este instante.

Suavemente la puse en pie.

—Esto no fue un paso. Fue un beso.

—¡Oh!

Se quedó mirándome y luego se echó a reír.

—Usted es original.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por muchas cosas. ¿Le gusto a usted?

—Sí.

—¿Cree usted que yo… cometí el asesinato?

—No lo sé.

—¿Piensa que puedo haberlo hecho?

—Sí.

—¿Eso es lo que le retiene?

—¿Hay algo que me retiene?

—Donald, yo deseo que no lo haga por mí.

Ahora estaba sentada a mis pies y tenía sus dedos entrelazados sobre mis rodillas.

—Pienso que usted es una persona sumamente maravillosa.

—No lo soy.

—Lo ha sido, por cierto para mí. Nunca podré decirle lo que significa el tener alguien que se ocupe de uno… decentemente. La razón por la cual desaparecí la primera vez fue… fue algo sórdido, brutal y terrible… No puedo contárselo. No quiero que sepa qué fue pero eso me hizo perder la fe en la Humanidad. Llegué a la conclusión de que la gente y especialmente los hombres eran…

Alguien sacudió el pestillo y se echó contra la puerta.

Roberta me miró, sorprendida.

—¿La policía? —murmuró.

Yo le señalé la habitación contigua.

Se puso en pie con sutil gracia como si su cuerpo no pesara. Su rostro había perdido el color, pero sus ojos estaban tranquilos. Dio dos pasos hacia la puerta de su cuarto y luego se volvió, y sentí entonces su mano contra mi mejilla. Antes de que me diera cuenta de lo que iba a hacer, sus labios se posaron sobre los míos.

Unos nudillos golpearon furiosos contra la puerta.

Roberta murmuró:

—Si fuera ella… gracias a Dios.

Y cruzó la habitación como la sombra de un pájaro sobre una pradera. La puerta se cerró suavemente.

Seguía golpeando y oí la voz de Berta Cool que gritaba:

—¡Donald, abre la puerta!

Y fui a abrirla.

—¿Qué demonio estás tratando de hacer?

—Siéntate, Berta. Toma ese sillón. Creo que habrás leído los diarios. Debes haber hecho un buen trabajo de investigación para localizarme por mi llamada telefónica. Y te habrá costado tus buenas propinas.

Estaba demasiado furiosa para sentarse. Se quedó mirándome con ira. Sus ojos, que brillaban como carbuncos, me hicieron recordar una vez, cuando era muchacho, que me encontré con una marrana y su cría de cerditos. Aquélla me había mirado con la misma expresión.

Berta dijo:

—¡Valiente socio, que desaparece sin decir dónde está! Hale ha telefoneado desde Nueva Orleans. Está ofendido. Dice que le has engañado, que no nos va a pagar ni prima ni nada. Que nos va a demandar por rompimiento de contrato.

—¿Quieres un cigarrillo, Berta?

Ella aspiró con fuerza, fue a decir algo y luego, cambiando de idea, apretó los labios.

Yo encendí un cigarrillo.

—Ésas son las consecuencias por haber aceptado como socio a un petimetre como tú —dijo Berta—. Te recogí de la calle cuando estabas tan hambriento que la hebilla del cinturón se te clavaba en el espinazo. Te di comida y trabajo. En dos años llegaste a ser tan

hábil como para entrar en la sociedad. Ahora lo diriges todo a tu voluntad. Creo que uno de estos días voy a descubrir que «soy» yo la que tengo que trabajar para «ti».

—Podrías sentarte —le dije—. Me parece que te vas a quedar aquí mucho tiempo.

Ella no hizo ningún movimiento. Crucé la habitación y me tendí sobre la cama, acercando un cenicero. Por lo que se veía, Berta no tenía ni la más mínima idea de que Roberta Fenn estuviera en la habitación contigua.

—Tienes razón de que me voy a quedar aquí mucho tiempo —dijo Berta—. Me voy a quedar contigo hasta… hasta que lo aclaremos todo. Si es necesario te voy a poner esposas. Ahora llamas al señor Hale a Nueva Orleans, y le dices dónde estás, que has venido para una conferencia, y que acabas de llegar. Trata de quedar tú y la agencia lo mejor posible.

Yo continué fumando sin hacer ningún movimiento.

—¿Me has oído?

—Sí.

—¿Vas a hacerlo?

—No.

Berta se dirigió al teléfono, levantó el receptor y le dijo a la operadora:

—El señor Lam desea hablar con el señor Emory G. Hale en Nueva Orleans. Lo encontrará en el Hotel Monteleone. Es una conferencia personal. No hablará con ninguna otra persona… ¿Qué es eso?… Sí, soy yo… Sí, naturalmente, aquí está.

Ella apretaba el receptor con tanta fuerza que los nudillos se le volvían blancos.

—Muy bien —dijo, y se volvió hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Quieren que tú confirmes la petición.

Yo no me moví. Ella me tendió el aparato.

—¡Confírmala!

Seguí fumando.

—¿Quieres decir que no vas a hacerlo?

—Eso mismo.

Ella colgó el receptor con tanta fuerza que pareció que iba a romperse.

—¡Eres el canalla más grande que existe! Grosero, impertinente… —y su voz, que gritaba, se ahogó en su garganta.

—Mejor es que te sientes, Berta.

Se quedó un momento mirándome, y luego dijo bruscamente:

—Escucha querido, no seas así. Berta se excita, pero es porque ha estado preocupada por ti. Berta creyó que algo había sucedido y que te habían pegado un tiro.

—Lo siento.

—¡Sentirlo! Ni te has molestado en mandarme un telegrama. Tú… ahora escucha, querido, a Berta no le gusta estar así. Me has puesto muy nerviosa.

—Tranquilízate.

Ella fue hasta el sillón y se sentó.

—Toma un cigarrillo —dije—. Esto calmará tus nervios.

Ella abrió su bolso con manos temblorosas, sacando un paquete de cigarrillos, encendió uno y empezó a echar humo como si fuera un motor recalentado. Fue a decir algo, luego se contuvo y siguió fumando.

—¿Por qué abandonaste Nueva Orleans? —preguntó después de unos momentos.

—Pensé que era necesario conferenciar.

—¿Sobre qué?

—Te lo diré cuando te tranquilices.

—Dímelo ahora, Donald.

—No, ahora no.

—¿Por qué?

—Estás demasiado nerviosa.

—Ya no lo estoy.

—Espera hasta que yo vea que saboreas tu cigarrillo, y entonces hablaremos.

Ella se recostó en el sillón. Sus ojos estaban todavía duros y enojados.

Yo esperé hasta que hubo terminado de fumar el cigarrillo.

—¿Me lo vas a decir ahora?

—Fuma otro cigarrillo.

Ella me devoraba con la mirada.

—Supongo que todo acabará en decir que no te importa nada el dinero. Tú nunca has tenido la responsabilidad de dirigir un

negocio. Que hayas tenido suerte en los primeros casos de nuestra sociedad, no quiere decir que…

—¿No hemos hablado ya de eso? —la interrumpí.

Ella fue a levantarse, pero luego se dejó caer en el asiento. Ninguno de los dos dijimos nada. Por fin, Berta encendió un nuevo cigarrillo.

—Muy bien, querido —dijo—, hablemos.

—¿Qué se averiguó de ese viejo asesinato? —pregunté.

—Donald, ¿por qué te interesa ese asunto?

—Creo que tiene algo que ver con lo sucedido en Nueva Orleans.

—Bueno, todavía no he podido conseguir nada. Tengo algunos empleados trabajando en eso. Lo sabré mañana por la tarde.

—¿Y los recortes de los diarios?

—Le dije a Elsie Brand que fuera a la biblioteca y copiara eso de los archivos de los diarios. Donald, tienes que prepararte a encontrar a esa muchacha.

—¿Cuál?

—Roberta Fenn.

—Ya la encontré una vez.

—Bueno, encuéntrala por segunda vez —dijo Berta, malhumorada.

—Estoy inquieto por Hale.

—¿Qué le pasa?

—No es muy honrado.

—Oye, Donald, nosotros no tenemos una sociedad para analizar la conducta de nuestros clientes. Somos una agencia de detectives. Y tratamos de ganar dinero con ella. Si un cliente viene y me dice que desea encontrar a alguien y me paga, el dinero es lo que vale.

—Así lo creo.

—Y eso es negocio.

—Tal vez.

—¡Oh, yo sé que ésa no es «tu» manera! Tú prefieres pelear contra molinos de viento. Crees que porque tenemos una agencia de detectives debemos ser como los Caballeros de la Tabla Redonda. Encuentras damiselas en desgracia, te enamoras de ellas y ellas de ti y entonces…

—Pero aún así, sigo inquieto por Hale.

—Yo también. Temo que no quiera pagarnos la prima.

—¿Las condiciones fueron escritas?

—Bueno… pero él podría escabullirse… ¿comprendes? ¿Qué te preocupa de él?

—Veamos —dije—. Hale vino de Nueva York. Nos contrató a nosotros, de Los Ángeles, para encontrar una muchacha de Nueva Orleans. El trabajo fue muy fácil para nosotros.

—Pero Hale no lo sabía —dijo ella.

—¡Al demonio si no lo sabía! Él estaba bien enterado de dónde vivía. Podía haberla señalado en cualquier momento. Antes de venir a vernos, había salido con ella.

—Eso no quiere decir nada.

—Muy bien —dije—, lo pasaremos por alto e iremos a otra cosa.

—Nada de eso, Donald. Él dijo que no quería averiguaciones por ese lado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero probablemente porque no quería que perdiéramos tiempo y dinero en un montón de tonterías.

—Nosotros encontramos a Roberta —observé—. Íbamos a verla al día siguiente. A Hale lo suponíamos en Nueva York, pero no era así. Se había quedado en Nueva Orleans.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque lo comprobé en el aeródromo. El hombre que fue y volvió a Nueva York usando el nombre de Hale pesaba ciento cuarenta y seis libras.

—Tal vez el peso estuviera equivocado.

Yo le sonreí.

—¡Oh, no te muestres tan superior! Prosigue, si te parece. Dime lo demás.

—Tú llamaste a Hale a Nueva York. No podías dar con él, pero él llamó y dijo que hablaba desde Nueva York o de un punto intermedio, donde se había detenido el aeroplano. Tú no sabías dónde estaba. Nadie lo sabía. Lo único que necesitó fue que una voz de muchacha dijera en el teléfono:

«Nueva York llama a la señora Berta Cool. ¿Es ella? Escuche, por favor».

Los ojos de Berta se habían agrandado.

—Prosigue. Cuéntamelo todo.

—Cuando él apareció en Nueva Orleans a la mañana siguiente, y

yo le dije que había encontrado a Roberta Fenn, salimos juntos para buscarla, pero él sabía que ella no estaba allí.

—¿Cómo lo supiste?

—Porque él fue conmigo.

—¿Pero qué tiene que ver con esto?

—¿No lo comprendes? Ella le conocía como Archibald C. Smith. Al verlo habría dicho: «¿Cómo está, señor Smith?». Entonces el gato se habría escapado de la cesta. Por eso si él hubiera pensado que ella estaba allí, me hubiese mandado solo.

—¿Algo más? —Berta estaba ahora interesada.

—Mucho más.

—¿Qué?

—El único testigo real de la hora en que fue realizado el crimen es una muchacha que se llama Marilyn Winton. Es una joven de un club nocturno. Entraba en la casa de departamentos cuando oyó el disparo. Y miró su reloj unos minutos después. Dice haberlo oído a las dos y treinta y dos minutos.

—¿Y ella que tiene que ver?

—A Emory Hale —dije— le vieron entrar en la casa del departamento alrededor de las dos y veinte.

—¿Quieres decir que era allí donde estaba cuando lo suponíamos en Nueva York?

—Sí.

—¿Quién le vio?

—No puedo decírtelo.

Su rostro se ensombreció.

—¿Qué demonios quieres insinuar con eso de que no me lo puedes decir?

—Exactamente eso. Que todavía es confidencial.

Me miró como si quisiera arrancarme la cabeza.

—Alguna muchacha —murmuró—; una de esas sinvergüenzas que quiere interesarte diciéndote que ha visto entrar a Hale y que no debes decírselo a nadie. ¿Así que dejas de lado a tu socia por unas faldas de dulce sonrisa, que te miran lánguidamente a los ojos y ya lo prometes?

—Otra persona me lo confirmó.

—¿Quién?

—Hale.

—Donald, ¿no habrás hablado con él de eso? ¡Pero si lo que más nos recomendó fue que no nos ocupásemos de su persona! Que deseaba…

—¡Cálmate! —la interrumpí—. No me lo dijo con palabras, fueron sus acciones.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba desesperado por conocer a Marilyn Winton. Yo me arreglé para llevarlo al club nocturno. Tomamos tres o cuatro copas. Procuraba enterarse de lo que yo sabía. Y yo de lo que él quería.

—¿Le hiciste pagar el gasto?

—Naturalmente. Quizá sea tonto para los negocios, pero no lo soy hasta ese punto.

—¿Qué descubriste?

—Se puso a hablar con Marilyn Winton acerca de la hora en que ella había oído el tiro, y le preguntó si estaba segura de que hubiera sido a las dos y media y no a las tres.

—¿Y entonces?

—Ella le contestó que, según su reloj de pulsera, eran las dos y treinta y dos. Entonces Hale le ponderó el reloj y le pidió que se lo dejara ver.

—¿Y qué hay de mal en eso?

—En ese preciso momento estaba tomando Coca-Cola con «*gin*».

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? —preguntó con impaciencia.

—Él puso su vaso entre sus rodillas mientras daba vueltas al reloj para mirarlo. En ese momento salía una atracción y se apagaron las luces. Su mano derecha quedó unos minutos debajo de la mesa. Entonces se sonó las narices dos veces sin ninguna elegancia. Luego dejó el vaso sobre la mesa, mientras lo hacía, puso el reloj dentro del pañuelo. Y después se lo devolvió a su dueña. Marilyn lo limpió con la servilleta. Luego humedeció una punta en un vaso de agua y la pasó con cuidado por debajo del brazalete.

—No me canses con todos esos detalles —dijo Berta—. ¿Qué tiene que ver todo eso? ¿Qué puede importarme cuántas veces se sonó las narices? Desde que pagó, lo demás no me preocupa. Él…

—¿No comprendes? —le pregunté—. La acción de la muchacha, el pasar la servilleta mojada por su muñeca, eso es lo significativo.

—¿Por qué?

—El brazalete estaba pegajoso.

—No te comprendo.

—No tienes más que meter un reloj de pulsera dentro de un casco de «Cola» y «*gin*» y dejarlo un momento; luego lo secas con tu pañuelo, y verás cómo queda de pegajoso… Tú sabes cuánto azúcar tiene la «Coca-Cola».

—¿Y para qué iba a meter nadie un reloj de pulsera dentro de un vaso de «Coca-Cola»? —preguntó Berta.

—Para que cuando aquella persona fuera interrogada sobre la hora exacta en que había oído el tiro, ésta tendría que confesar que unos días después había observado que su reloj andaba mal y lo había mandado al relojero.

Berta, allí sentada, pestañeaba como si la luz hubiera sido demasiado fuerte para ella.

—¡Que me emplumen!

Yo no dije nada y la observé mientras reflexionaba.

Después de unos instantes, dijo:

—¿Estás seguro, Donald, de que lo metió en su vaso?

—No. Estoy haciendo una comprobación.

—¿Para qué habría ido al departamento de Roberta Fenn?

—Por dos razones.

—¿Una es Roberta Fenn?

—Sí. La otra es el abogado muerto, Nostrander.

—¿Qué papel puede tener este último en todo esto?

—Roberta Fenn —dije— no sabía qué hacer. Fue a Nueva Orleans. Allí estaba Edna Cutler, esposa de Marcos Cutler. Éste, para conseguir el divorcio, manchaba su reputación. No pudiendo soportar aquello, Edna se fue a Nueva Orleans y dejó a Roberta como su doble. Cuando llegó la citación, le fue entregada a esta última.

»Marcos Cutler consiguió el divorcio. Sin esperar el decreto final, se casó con una mujer rica y llena de prejuicios. Y cuando ella está para tener un hijo, aparece Edna Cutler en escena anunciando que “ella” no ha tenido conocimiento de ese divorcio. Fue una maniobra muy hábil. Ahora ella lo tiene acorralado mientras él no pueda probar el fraude.

—¿Puede hacerlo?

—Podría intentarlo.

—¿Cómo?

—Contratando detectives.

—¿Qué detectives?

—Nosotros, por ejemplo.

Berta pestañeó.

—¿Comprendes?

—Naturalmente. Marcos Cutler es de los millonarios. Si él nos hubiera contratado diciéndonos lo que deseaba descubrir, nosotros lo hubiéramos sangrado. Más aún, podríamos haberle estafado. Hizo venir a un abogado de Nueva York, y como el hombre era de allá, creímos que también lo era su cliente.

—Prosigue, no estás equivocada.

—Entonces el abogado, haciéndose pasar por un señor Smith, consiguió acercarse a Roberta Fenn y trató de hacerla hablar. Como no consiguió nada, recurrió a nosotros. Él sabía lo que quería que nosotros descubriéramos, pero no quería confesarlo. Nos mandó a Nueva Orleans a buscar a Roberta Fenn sabiendo que nos sería muy fácil encontrarla. Lo que realmente deseaba era que nosotros empezáramos a investigar su pasado y la hiciéramos hablar. Pensó que ella no tendría ninguna reserva con una persona que la buscaba por un asunto de herencia.

—Podría haberle dado un buen resultado —dije.

—Y como nos vino con ese cuento —prosiguió Berta—, le hice un precio acomodado. Aunque fue bastante alto, dos o tres veces más que a cualquiera de la ciudad, pero… ¡si lo hubiese sabido!

—Ahora lo sabes. Sucedió otra cosa.

—¿Qué?

—Que instalé a Emory G. Hale en tu departamento. No hacía mucho que estaba allí cuando empezó a revolver un viejo escritorio, en el que encontró unos viejos recortes de diarios que se referían a ese crimen de Howard Chandler Craig. Parece que éste iba en auto con Roberta cuando un llamado salteador salió de un matorral y, después de apoderarse de la cartera de Craig, trató de llevarse a la muchacha. Y como éste quiso defenderla, le mató. Por lo menos eso fue lo que contó la joven que lo acompañaba.

—Prosigue —dijo Berta—. Quiero saber el resto.

—En el fondo del escritorio había un revólver de calibre treinta y ocho. Craig fue muerto con uno igual.

—Entonces es Roberta Fenn la culpable. La historia del asalto fue mentira.

—Tal vez no.

—Bueno, si se descubre que ésa fue el arma que mató a Craig, no hay escapatoria.

Yo meneé la cabeza.

—¿Por qué no?

—Hale se puso en contacto con Roberta Fenn cuando se hacía pasar por corredor de Seguros de Chicago. Quiso hacerle hablar, pero no lo consiguió, o lo que le dijo no era lo que él deseaba oír.

—¿Y qué era?

—Que existía alguna relación entre ella y Edna Cutler, que ésta estaba enterada del juicio de divorcio, de que iban a presentar una citación y que la había puesto a Roberta Fenn en su departamento para impedir que se la entregaran a ella.

—¿Y entonces? —preguntó Berta.

—Marcos Cutler —dije— había conseguido el divorcio por un decreto provisional y no final. Si Edna Cutler se presenta a los Tribunales y dice que se declare sin valor ese decreto, alegando que ella no ha estado enterada de esa acción de divorcio, pues no ha recibido la citación… el asunto se vuelve otro. Si es lo contrario, entonces nosotros estamos siendo engañados por unos estafadores.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Berta.

—Suponte que Marcos Cutler desea conseguir un divorcio. Que sabe que Edna Cutler se lo va a discutir. Y no quiere encontrarse envuelto en un asunto así, pues él mismo vive en una caja de cristal y no puede arriesgarse a tirar piedras. Muy bien, entonces manda a Roberta Fenn a Nueva Orleans, que se pone en contacto con Edna Cutler. Ésta se encuentra muy deprimida y Roberta, con mucha habilidad, le da la idea de que mejor es que desaparezca. Una vez que la joven se ha ido, Roberta se lo comunica a Marcos Cutler y éste hace que sus abogados manden la citación a Nueva Orleans. Se la entregan a Roberta como si fuera Edna Cutler y ésta no se entera del juicio de divorcio. La han quitado de en medio sin darle posibilidad de defenderse.

—¿Y entonces? —preguntó Berta.

—Todo queda escondido, hasta el día en que Edna se entera de ello. Luego, en el momento que ella está preparada para caerle

encima, nos viene Hale con el cuento de que desea encontrar a Roberta Fenn. La encontramos. Ésta es muy ladina. Ella se arregla para que aquello ocurra en el momento oportuno. En realidad, si yo, como detective, no la hubiera encontrado, seguramente ella misma se me hubiese puesto en el camino.

—Prosigue —dijo Berta—. Todo eso es tan elemental, que no vale la pena perder tiempo en ello. Dame la verdadera situación.

—El juego era que nosotros encontráramos a Roberta Fenn y nos hiciéramos muy amigos. Podría hasta hacerme algún anticipo. Luego ella «me lo contaría todo», únicamente que ese «todo» sería que Edna Cutler se había conducido de manera muy rara al hacerle tomar su nombre. Esto sería bastante para indicar que había un gran plan por parte de Edna para estafar a su marido. Entonces, el Tribunal rechazaría toda acusación de parte de ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora, querido? —preguntó pensativa Berta.

—Absolutamente nada… hasta que sepamos si estamos engañados por unos estafadores o si todo el asunto es un barullo.

—Tenemos que encontrar a Roberta.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué has hecho?

—Encontrarla.

—¿Dónde está?

Le hice un guiño a Berta y dije:

—Me he encargado de ella. Podrías buscarla un año entero en Nueva Orleans sin encontrarla.

—¿Por qué?

—Quiero decir que la he escondido y esta vez ha sido un buen trabajo.

—¿Cuál es tu idea? ¿Por qué no decirle a Hale que la hemos encontrado y aclararlo todo?

—¿Y luego?

—Bueno… terminaría nuestro contrato.

—¿Y qué le sucedería con Roberta Fenn?

—¡Al infierno con Roberta Fenn! Piensa en nosotros.

—Entonces piensa un poco más en nosotros también.

—¿Qué quieres decir?

—Nos han dado un juego de naipes marcados. Se supone que

nosotros inocentemente los ponemos en juego… Muy bien, los ponemos en juego, cobramos lo estipulado y se acabó. Pero supongamos que nosotros aceptamos los naipes marcados, los guardamos en nuestro bolsillo y nos olvidamos de ponerlos en el juego y va a haber un gran pozo. ¿Qué sucede?

Era el único argumento que podía apreciar Berta, el que se refería a las finanzas. Ella sonrió embelesada.

—¡Y yo que creía que no entendías nada en los asuntos de dinero…!

Por un momento creí que me iba a abrazar. Yo me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Deseo —dije— que te sientes en tu oficina y no sepas dónde estoy. Si Hale telefonea, he desaparecido.

Berta frunció el ceño.

—Tendré que mentirle, ¿no es así?

—Ahora sí. Si no hubieras sido tan hábil, siguiéndome el rastro por mi llamada telefónica, podrías haberle dicho la verdad… que no sabías mi paradero.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Berta Cool.

—Esta noche cuando llames, le dices que no sabes dónde estoy.

—¿Quieres decir que debo mentirle?

—No —dije, sonriéndole—. Quiero que le digas la verdad.

—No te comprendo.

Yo abrí la puerta para dejarla pasar y le dije:

—Esta noche no sabrás dónde estoy.

# capítulo dieciocho

DORMÍ la mayor parte de la tarde. Alrededor de las seis llamé a la puerta que comunicaba con la habitación de Roberta.

Sí —dijo ella—. ¿Qué hay?

Yo abrí una rendija.

—¿Hambre?

Entré. Estaba cubierta con una sábana. Por la ropa que había sobre la silla, adiviné que la sábana era lo único que tenía sobre ella. Me sonrió, diciendo:

—Ésta es mi «robe de chambre», Donald. Tengo que conseguir alguna ropa. He usado un bolso de maletín y un baúl y me siento un poco abandonada.

»El establecimiento de abajo me proporcionó cremas, peine, cepillos y artículos de tocador, pero no un peinador. Quería ponerme ropa limpia. Como es domingo, las tiendas están cerradas. Usted vive aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Debe tener una habitación llena de cosas. ¿Por qué no va a buscarlas?

Yo sonreí meneando la cabeza.

—¿Usted piensa… que la policía…?

—Donald, lo siento. Soy yo la que lo he envuelto en este asunto.

—No. Usted no. No hay ningún barullo.

—¿Adónde iremos? —Y ella sonrió al preguntarlo.

—Hay una media docena de sitios donde podremos comer y tal vez bailar un poco.

—Donald, me gustaría eso.

—Muy bien. Vístase.

—He lavado mi ropa interior y la dejé colgada en el baño. Creo que estará seca.

—¿Cuánto va a tardar?

—Diez o quince minutos.

—Muy bien. Hasta luego.

Retrocedí, cerrando la puerta, y me recosté encendiendo un cigarrillo.

Quince minutos después, ella se reunió conmigo y pasada media hora estábamos sentados en uno de los clubs menos elegantes con los combinados en la mesa y habiendo ordenado una cena especial de marcado lujo.

El emborrachar a una muchacha es un asunto arriesgado. Uno no sabe qué puede hacer o decir cuando pierde su natural reserva. Y lo que es más, uno no sabe si va a despertarse con un terrible dolor de cabeza para adivinar que su víctima lo ha emborrachado hasta dejarlo debajo de la mesa.

Yo sugerí un segundo combinado. Roberta lo tomó. Me rechazó el tercero, pero admitió que podíamos comer con vino.

Yo pedí «Burgandy».

Era un lugar donde la gente iba a comer, charlar, reír, hacer proposiciones y recibirlas. Los camareros andaban alrededor, pero jamás trataban de servir a los que cenaban en menos de una hora media.

Nuestra cena había llegado a la segunda botella.

Roberta empezaba a estar embriagada. Yo mismo me sentía bastante mareado.

—No me contó lo que le dijo su socia.

—¿Berta?

—Sí.

—Sus delicados oídos no podían oír aquel lenguaje.

—Usted se sorprendería de lo que han oído mis delicados oídos. ¿Qué le preocupa?

—Todo.

Ella se inclinó sobre la mesa. Sus dedos se cerraron sobre mi mano.

—Usted me está protegiendo, ¿no es cierto, Donald?

—Tal vez.

—Ya lo sé. Su socia quería que me buscara y me entregara, y usted no quiere hacerlo, ¿verdad?

—¿Escuchó detrás de la puerta? —pregunté.

Sus ojos brillaron indignados.

—No, por cierto.

—¿Sólo poder de deducción?

Asintió lentamente con una seria solemnidad que caracteriza a la mujer que se está diciendo a sí misma: «Estoy embriagada, pero nadie debe darse cuenta. Debo tener cuidado para que mi cabeza no vaya a caer sobre mi regazo».

—Berta está ahora muy tranquila. Olvídese de ella. Estaba un poco batalladora al principio, pero esto no tiene importancia… y menos con Berta.

—Donald, supóngase que hubiera sido la policía. ¿Qué hubiésemos echo?

—Nada.

—Si me detienen, ¿qué debo hacer?

—Nada.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo eso. No hablar. No hacer ninguna declaración. No darles ninguna información sobre nada hasta que haya visto a un abogado.

—¿Qué abogado?

—Yo le conseguiré uno.

—Usted es demasiado bueno conmigo.

Sus palabras se volvían pastosas. Había un gran esfuerzo de concentración en su mirada, como si deseara estar segura de retenerme en un sitio para que no fuera a desaparecer del campo de su visión.

—¿Sabe una cosa? —me dijo de pronto.

—¿Qué?

—Que estoy loca por usted.

—Olvídese de eso. Está mareada.

—Tiene razón. Estoy embriagada, pero lo mismo me siento chiflada por usted. ¿No lo sabía en el hotel cuando lo besé?

—No. No he pensado en eso.

Sus ojos eran enormes.

—Tendrá que pensarlo alguna vez.

Yo me incliné sobre la mesa, aparté las fuentes para dejar un sitio vacío sobre el mantel.

—¿Por qué dejó Los Ángeles?

—No me haga usted hablar de eso.

—Deseo saberlo.

La pregunta pareció hacerla reaccionar. Miró su plato un momento y dijo:

—Podría fumar un cigarrillo. —Le di uno y se lo encendí—. Se lo diré, Donald, aunque no quisiera hacerlo. Usted puede obligarme a hacer lo que quiera.

—Deseo saberlo, Rob.

—Fue en el año mil novecientos treinta y siete.

—¿Qué sucedió?

—Había salido con un hombre en automóvil. Andábamos dando vueltas por el parque y luego nos detuvimos en uno de los caminos y…

—¿Se abrazaron?

—Sí.

—¿Entonces?

—En aquella época se hablaba mucho de un salteador, un muchacho que estaba siempre en acecho de los autos. Creo que conoce el procedimiento.

—Dígalo.

—Quitaba el dinero a los hombres y luego…

—Prosiga.

—Fuimos atacados.

—¿Qué sucedió?

—Este hombre hizo un gesto hacia mí y mi acompañante no pudo soportarlo. El bandido tiró sobre él… y escapó.

—¿Se sospechó de usted?

—¿Se sospechó de qué? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—De tener algo que ver en el asunto.

—¡Cielos, yo! Todo el mundo fue muy amable y comprensivo. Pero… eso me hizo mucho daño. Naturalmente, la gente con quien trabajaba lo supo. Y hablaron. Una vez salí con un muchacho compañero de una de las chicas de la oficina. A ésta no le gustó y me dijo que un hombre había dado su vida para proteger mi honor, cuando en realidad lo vendía muy barato.

—¿Qué hizo usted?

—Quise abofetearla. Todo lo que pude hacer fue sonreír y darle las gracias.

»Dejé mi trabajo y me fui a otra parte. Dos meses después

habían descubierto todo lo que a mí se refería. Y así sucedió en los diferentes trabajos que encontré. Supongo que debo ser una persona despreciable. Yo no amaba a ese hombre. Me gustaba, salía con él de cuando en cuando, pero lo mismo hacía con otros compañeros. No tenía intención de casarme con él. Y no deseaba que él diera su vida por mí. Fue una acción noble… y algo quijotesca.

—Yo creo que cualquier otro hombre hubiese hecho lo mismo en tales circunstancias.

—Las estadísticas prueban lo contrario —dijo sonriendo. Y yo sabía que ella tenía razón—. Bueno —prosiguió—. ¿Qué podía hacer con todas mis amigas murmurando a espaldas mías? ¿Y con el recuerdo de la tragedia en el fondo de mi conciencia…? Decidí viajar. Fui a Nueva York. Después de un tiempo encontré trabajo como modelo para anunciar lencería. Por unos meses todo fue bien, luego la gente empezó a reconocer mis fotografías. Mis amigas empezaron a murmurar otra vez.

»Me gustaba la independencia. Aquello duró más de un año. Yo sabía lo que era ser una persona común y desconocida, afortunadamente libre de vivir su propia vida a su manera.

—¿Desapareció otra vez? —pregunté.

—Sí. Me di cuenta de que mi idea era buena, pero había cometido el error de entrar en una profesión en la que tenía que ser fotografiada. Decidí probar en otro sitio lejano y empezar de nuevo otra viga.

—¿Nueva Orleans?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Usted sabe el resto.

—¿Cómo conoció a Edna Cutler?

—No recuerdo bien cómo fue. Creo que la conocí en una lechería o en el restaurante… tal vez en el «*Bourbon House*». Me parece que fue allí. Usted sabe que es un sitio medio bohemio. La mayoría de gente se conoce. Algunos conocidos escritores, autores y actores comen allí cuando vienen a Nueva Orleans. Es un lugar sin pretensiones, pero con un ambiente auténtico de la época.

—Lo conozco.

—Bueno. Allí la conocí. Adiviné que ella también andaba escapando de algo. No le había sido tan fácil como a mí. Así le

ofrecí tomar su nombre por un tiempo y la dejé desaparecer.

—Estoy ansioso porque esto se aclare, Rob —dije—. «¿Usted se ofreció a ella?».

Lo pensó un momento y dijo:

—Bueno. Ella preparó el camino. Creo que fue idea suya.

—¿Está segura?

—Sí. ¿Puedo beber otra vez, Donald? Usted me ha devuelto el juicio al hablarme de eso. No quiero estar sobria esta noche. Deseo tocar los timbres de las puertas y divertirme.

—Primero quiero saber algo más, pequeños detalles. Por ejemplo, qué hizo cuando se enteró del asesinato de Nostrander.

—Imagínese. Un crimen fue cometido junto a mí. Yo estaba huyendo de la publicidad. Bueno… cuando esto sucedió, yo… me dejé dominar tontamente por el pánico. Y me escapé.

—No era suficiente, Rob.

—¿Qué es lo que no era suficiente?

—Esa razón para desaparecer.

—Pero lo hice así.

Yo la miré a los ojos, diciendo:

—Usted tenía razón, Rob. Nadie pensó que podía estar complicada en el asesinato de aquel joven con el cual iba en auto en el año mil novecientos treinta y siete; pero dos asesinatos en la vida de una muchacha son demasiado y no le harían las mismas preguntas que cinco años antes.

—Sinceramente, Donald, jamás pensé en eso. Pero, bueno, es un punto que cabe considerar. Algo muy complicado.

—Volvamos al salteador. ¿Lo detuvieron?

—Sí.

—¿Confesó?

—Ese crimen, no. Siempre negó haber tenido algo que ver con eso. Confesó otros.

—¿Qué hicieron con él?

—Le colgaron.

—¿Le vio usted alguna vez?

—Sí. Me llevaron para ver si le podía identificar.

—¿Lo consiguió?

—No.

—¿Lo vio solo o en hilera?

—En hilera. En una de esas celdas de inspección donde una persona se coloca en una especie de estrado con un montón de luces cayendo sobre él y con un telón blanco delante para que no lo vean a uno.

—¿Y no pudo distinguirlo entre los otros?

—No.

—Entonces, ¿qué hicieron?

—Lo llevaron a un cuarto oscuro donde había una ligera claridad y le pusieron un sobretodo y un sombrero, como iba vestido en el momento del asalto y me preguntaron si lo reconocía.

—¿Pudo hacerlo?

—No.

—¿El hombre que mató a su amigo llevaba una máscara?

—Sí.

—¿Observó algo en él?

—Sí.

—¿Qué?

—Cojeaba cuando salió del matorral. Después de los tiros, al escapar, no lo hacía ya.

—¿Le dijo eso a la policía?

—Sí.

—¿Tuvo esto algún significado para ellos?

—No lo creo. ¿No podemos dejar de hablar de esto y beber algo?

Yo llamé al camarero.

—¿Lo mismo? —le pregunté a ella.

—Estoy cansada del vino. ¿No podemos tomar otra cosa?

—Dos Scott con seltz —dije—. ¿Le parece, Rob?

—Muy bien. Y ahora haga algo por mí, Donald.

—¿Qué?

—No me deje beber más.

—¿Por qué?

—No quiero sentirme mareada, descompuesta y dormirme para despertarme mañana con un fuerte dolor de cabeza.

El camarero trajo las bebidas. Yo tomé la mitad y luego me disculpé dirigiéndome al cuarto de aseo. Di una vuelta, fui a una cabina telefónica, tomé un par de billetes, los cambié en monedas y llamé a Emory G. Hale al hotel de Nueva Orleans.

Tuve que esperar como tres minutos hasta que la operadora me

dio la comunicación. Entonces oí la voz de Hale.

La Central me dijo suavemente que echara veinticinco centavos en monedas y éstas empezaron a contar dentro de la caja.

Oí la voz impaciente de Hale.

—¡Hola, hola, hola! ¿Quién llama? ¡Hola!

—¡Hola, Hale! Soy Donald Lam.

—¡Lam! ¿Dónde está usted?

—En Los Ángeles.

—Bueno. ¿Por qué demonios no me avisó? Estuve desesperado por usted preguntándome si no estaría bien.

—He estado muy ocupado y no tuve tiempo de llamarle. He localizado a Roberta Fenn.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Los Ángeles.

—Un aplauso para usted. Así me gusta que se hagan las cosas. Nada de excusas ni coartadas. Sólo resultados. Usted ciertamente merece…

—¿Todavía tiene las llaves del departamento? —le interrumpí.

—Naturalmente.

—Muy bien. Roberta Fenn vivió allí. La encargada identificará su fotografía. Ha habido una trampa en un juicio de divorcio. Ella llevaba el nombre de Edna Cutler. Ésta vive en Shreveport, en una casa de departamentos llamados River View. Ella dio dinero a Roberta para escapar de Nueva Orleans.

»Póngase al habla con Marcos Cutler. Lo encontrará en uno de los hoteles de Nueva Orleans. Dígale que vaya al departamento y allí asegúrese de que él encuentre el arma y los viejos recortes de los diarios.

»Luego llame a la policía. Deje que las autoridades de California vuelvan a abrir el caso del asesinato de Craig. En cuanto haya hecho eso, tome un aeroplano y véngase a Los Ángeles. Yo estaré en dicha ciudad con Roberta Fenn.

Burbujas de amabilidad salieron de él como el vapor del café de una cafetera eléctrica.

—Lam, ¡eso es una maravilla! ¿Roberta Fenn está ahora ahí?

—Sí.

—¿Sabe dónde?

—Sí.

—¿En qué sitio?

—La tengo escondida.

—¿Puede decirme exactamente dónde?

—En este momento está en un club nocturno, preparándose para salir.

—¿Hay alguien con ella? —preguntó vivamente.

—En este momento, no.

—Y no la pierda de vista.

—La estoy vigilando.

—Eso es espléndido… ¡Maravilloso! Donald, usted es un hombre entre un millón. Cuando dije que era usted una lechuza, yo realmente…

La Central interrumpió diciendo: «Sus tres minutos han pasado».

—Adiós —dije, y colgué el receptor.

# capítulo diecinueve

EL ascensor contenía la acostumbrada muchedumbre de los lunes por la mañana. Hombres que habían andado sin sombrero sobre los campos de golf o las playas, y cuyas frentes estaban quemadas por el sol; muchachas con los ojos cansados, tratando de disimular con el maquillaje las denunciadoras marcas de la falta de sueño… Gente que encontraba doblemente desagradables los sombríos rincones de la oficina después de haber pasado un día al aire libre.

Elsie Brand estaba en su oficina, enfrente de la mía, cuando abrí la puerta marcada «Cool y Lam, Investigaciones confidenciales».

Ella levantó la vista cuando yo entré.

—¡Hola! Dichosa por verte de vuelta. ¿Tuviste buen viaje?

Retiró la máquina echando una rápida mirada al reloj como diciendo cuánto tiempo de la sociedad podría conceder a uno de los socios.

—Así, así.

—Hiciste un buen trabajo en el asunto de la Florida, ¿verdad?

—Se aclaró muy bien.

—¿Cómo está el negocio de Nueva Orleans?

—Echando fuego. ¿Dónde está Berta?

—No la he visto aún.

—¿Hizo alguna investigación en los Bienes Roxberry?

—Regular. Aquí hay un informe… Unas pocas notas.

Se levantó de la silla, acercóse a los archivos y pasó un dedo por el índice; abrió un cajón, revolvió las carpetas con la rápida seguridad del que sabe exactamente el sitio de cada cosa, sacó una ficha y me la entregó.

—Es todo lo que hemos podido obtener.

—Gracias. Le echaré un vistazo. ¿Cómo va el asunto de las construcciones?

Miró rápidamente hacia la puerta y bajó la voz, diciendo:

—Ha habido un cambio de cartas sobre ese asunto. Está todo en los archivos. Pero la correspondencia está en la oficina de Berta… bajo llave. Bien guardada.

—¿Sobre qué es esa correspondencia?

—Para conseguir que fueras aplazado en las clasificaciones.

—¿Lo consiguió?

Elsie miró otra vez la puerta.

—Me costaría el empleo si te lo dijera.

—¿Yo no tengo nada que decir en este asunto?

—En éste no. Y yo perdería mi puesto.

—Bueno. Y… ¿lo consiguió?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—¿Está todo arreglado?

—Sí.

—Gracias.

Me miró con curiosidad. Frunciendo el ceño entre sus arqueadas cejas, preguntó:

—¿Le vas a dejar hacer eso?

—Seguro.

Elsie se volvió hacia la máquina de escribir, puso sus dedos sobre el teclado un momento y luego empezó a oprimirlo como si hubiese sido una pianista dando un concierto.

—¿Qué esperabas que hiciera?

—Nada —dijo sin levantar la vista.

Me llevé el informe sobre los bienes Roxberry a mi oficina particular, me senté delante del escritorio y empecé a estudiarlo en detalle.

No me descubrió nada especial.

Silas T. Roxberry había hecho muchos negocios financieros, colocando dinero en varias actividades comerciales, algunas de las cuales dirigía. Otras eran simplemente pequeñas salidas de fondos para invertir en otros negocios. Él había muerto en 1937, dejando dos hijos; un varón de quince años y una niña de diecinueve, llamada Edna.

A causa de que la mayoría de los negocios eran demasiado

complicados una separación de bienes podría producir una merma del capital, se había decidido reunir los derechos de los herederos en una corporación conocida como Bienes Roxberry, participando ellos con un gran capital.

Howard C. Craig había sido el tenedor de libros de confianza de Roxberry. Hacía siete años que trabajaba con él. La corporación Bienes Roxberry puso a Craig como secretario y tesorero. Después de su muerte, un hombre llamado Seil le había reemplazado. Un abogado de nombre Biswill manejaba la fortuna con el título de gerente general de la Corporación. Y los negocios seguían de la misma manera que en vida de Roxberry. Como era una sociedad privada, era imposible saber algo sobre el éxito administrativo, pero Berta había conseguido un informe comercial. En éste se decía que el negocio era solvente, rápido en el pago, aunque se murmuraba que últimamente había hecho algunas malas inversiones.

No era imposible que Edna Cutler fuera Edna Roxberry. Tomé el teléfono y llamé a los Bienes Roxberry. Dije que era un amigo de la familia que había estado lejos muchos años y pregunté si Edna Roxberry se había casado.

Me dijeron que aún estaba soltera y que encontraría su número en el listín de teléfonos. Querían saber quién llamaba. Corté la comunicación.

A las diez, Berta aún no había aparecido.

Le dije a Elsie que salía y me fui a las oficinas de los Bienes Roxberry.

Toda su historia podía leerse en los letreros de las puertas de sus oficinas. Silas Roxberry había sido uno de sus principales clientes. Biswill, con la muerte de aquél, había trasladado allí todos sus asuntos. Habiendo sostenido a los herederos en la idea de entregarlo todo a una corporación, había sido nombrado gerente general de ella. Ahora los letreros decían:

*«*
*HERMAN*
*C.*
*BISWILL*
*,*
*ABOGADO*

.
*ENTRADA*
*619».*

En el 619 decía:

*«*
*BIENES*
*ROXBERRY*
*INC*
.
*ENTRADA*
*».*

Más abajo, en un rincón, a la izquierda:

*«*
*HERMAN*
*C.*
*BISWILL*
*,*
*ABOGADO*
.
*ENTRADA*
*».*

Las letras del nombre de la oficina privada estaban gastadas. Éste era el viejo estudio del abogado.

No se necesitaba ser un buen detective para comprender que Herman C. Biswill había cortado una buena tajada de pastel.

Abrí la puerta y entré.

Parecía haberle entrado la manía de las máquinas. Las había allí de todas clases: registradoras, de sumar, de direcciones, etc. Una mujer de cierta edad estaba manejando una máquina de calcular. Otra joven preparaba la correspondencia.

Había un tablero a un costado y una ventanilla en la que se leía: «Informes». Pero en ella no había nadie. Cuando yo entré, apareció

una luz en el tablero sonó un timbre. La empleada se acercó a tomar el teléfono dijo:

—Bienes Roxberry… No, no está aquí… No puedo decirle si vendrá hoy… ¿Era un mensaje? Muy bien; se lo diré. Gracias.

Cortó la comunicación y dejó caer una llave en el tablero. Me miró con sonrisa cansada, diciendo:

—Buenos días.

Tenía más de cincuenta años. Se veía que era una mujer que había trabajado toda su vida. Sus ojos estaban cansados, pero eran bondadosos, y su aspecto el de una persona que sabe lo que hace.

—¿Usted está en la corporación desde hace mucho tiempo?

—Sí.

—¿Trabajó con el señor Roxberry?

—Sí. ¿Qué desea usted?

—Estoy buscando informes sobre una persona que se llama Hale —dije.

—¿Qué quiere saber de él?

—Algo referente a su crédito.

—¿Puede darme su nombre?

—Lam. Donald Lam.

—¿Y qué Compañía representa?

—Una sociedad Cool y Lam. Soy uno de los socios. Estamos haciendo un negocio con el señor Hale.

—Espere un momento. Veré si encuentro algo.

Se fue al fondo de la oficina, abrió un índice y recorrió cierto número de fichas, sacó una y volvió al mostrador.

—¿Cuáles son sus iniciales?

—¿Del señor Hale?

—Sí.

—Emory G. Hale. Debe haber sido uno de los abogados de la sociedad.

Volvió a mirar la ficha.

—No tenemos ningún informe de Emory G. Hale. No hay informes de que hayamos negociado con él.

—Tal vez usted lo recuerda —dije—. Debe haber sido el representante de alguien y es posible que ése no sea su nombre. Tiene alrededor de cincuenta y siete o cincuenta y ocho años, ancho de espaldas, brazos largos… Cuando sonríe tiene un hábito peculiar:

cierra los dientes, entreabriendo los labios.

Ella pensó un momento y luego, moviendo la cabeza, dijo:

—Creo que no puedo ayudarle. Aquí se hacen negocios de muchas clases. El señor Roxberry se ocupa de asuntos financieros.

—Sí, lo sé. ¿Usted no recuerda al señor Hale?

—No.

—Podía figurar bajo otro nombre.

—No. Estoy segura de eso.

Fui a alejarme, pero me volví de pronto, diciendo:

—¿Tienen ustedes asuntos con Marcos Cutler?

Ella negó con la cabeza.

—¿O con Edna Cutler? —pregunté, como si entonces se me ocurriera la idea.

—¿Edna P. Cutler?

—Creo que es así.

—¡Oh, sí! Teníamos muchos negocios con ella.

—¿Y sigue todavía?

—No. Se perdió todo. El señor Roxberry hacía muchos negocios para la señorita Cutler.

—¿Señora o señorita?

Ella frunció el ceño, diciendo:

—No lo sé. Sólo recuerdo el nombre en los libros: Edna P. Cutler.

—¿Pero cómo la llamaba cuando ella venía? —pregunté.

—No creo haberla visto en mi vida.

—¿Su cuenta no es activa ahora?

—¡Oh, no! Hicieron algunos negocios con el señor Roxberry. Espere un momento. Frances —llamó a la muchacha que escribía a máquina—, ¿no han terminado todos los negocios con Edna P. Cutler?

La joven se detuvo para inclinar la cabeza, asintiendo, y siguió con su trabajo.

La mujer que estaba detrás del mostrador me dio una cansada sonrisa de despedida.

Salí y me quedé pensando en el corredor.

Edna Cutler. Varios negocios con Silas Roxberry… Sin embargo, nunca había venido a la oficina… Howard Chandler Craig, un tenedor de libros… Salía con Roberta Fenn… Un asaltante

misterioso y el tenedor de libros que debía conocer al dedillo las transacciones financieras de Silas T. Roxberry, asesinado.

Llamé a la oficina encontrando que Berta no había regresado aún. Le dije a Elsie Brand que iría a mediodía y que si llegaba Berta le dijera que me esperara.

Me fui al departamento de policía.

Al sargento Peter Rondler, de la Sección de Homicidios, le había tratado yo siempre a patadas. La razón era que había tenido dos o tres discusiones con Berta Cool y odiaba hasta el suelo que ella pisaba. Cuando yo había empezado a trabajar con ella, él había predicho que yo sería un verdadero felpudo antes de tres meses.

El hecho de que yo había llegado a ser su socio y que en ciertas ocasiones le hacía frente a ella, le producía una gran satisfacción personal.

—¡Hola, Sherlock! —dijo al abrir yo la puerta—. ¿Desea algo?

—Tal vez.

—¿Cómo anda el detective?

—Solo, bien.

—¿Y las relaciones entre usted y Berta?

—Divinamente.

—No veo todavía marcas de pies.

—Todavía no.

—Ya lo va a domar. Podré hacerle frente un tiempo, pero nada más. Ella le tirará de las orejas, le pondrá su marca y luego lo enviará al matadero. Después de curtir su linda piel y convertirlo en cuero, empezará a buscar otra víctima.

—Eso es lo que se imagina —dije—, pero no voy a dejar el pellejo.

Él rió.

—¿En qué historias anda?

—Novecientos treinta y siete. Asesinato no descubierto. Un hombre llamado Howard Chandler Craig.

El sargento tenía unas cejas hirsutas, que cuando fruncía el ceño le caían sobre los ojos como nubarrones por encima de una montaña.

—¿Se está divirtiendo? —dijo.

—No lo creo.

—¿Qué sabe de eso?

—Nada.

—¿Cuándo estuvo en Nueva Orleans?

Yo titubeé.

—Empiece a mentirme y le echo abajo su maldita agencia. No tendrá ni un ápice de cooperación mientras viva.

—Ahora llego de allí.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que anda mal?

Rondler apoyó su antebrazo sobre el escritorio, levantó la muñeca y, con los dedos, tocó el tambor sobre la mesa. Por fin dijo:

—La policía de Nueva Orleans está haciendo averiguaciones.

—Puede ser un punto de vista de Nueva Orleans.

—¿Qué?

—Una joven llamada Roberta Fenn iba en un coche con Craig cuando fue muerto. Ella ha estado mezclada en otro caso de asesinato en Nueva Orleans. La policía no está segura de lo que sucedió. No sabe si ella es la víctima, si fue la que lo mató o si sólo se asustó y se envenenó.

—Dos asesinatos en cinco años es demasiado para una linda muchacha.

—Así parece.

—¿Y usted qué es lo que busca en esta casa?

—Investigo.

—¿Para quién?

—Para un abogado. Quiere cobrar una herencia.

—¡Fantasías!

—Es la verdad. Por lo menos, así nos lo ha dicho a nosotros.

—¿Quién es el abogado?

Sonreí.

—¿Qué busca?

—A una persona que ha desaparecido.

—¡Oh!

Rondler sacó un cigarro y apretó sus labios como si fuera a silbar, pero no lo hizo. Con cuidado, cortó la punta del cigarro. Luego, sacando un fósforo, dijo:

—Muy bien, aquí está el asunto. A fines de mil novecientos treinta y seis tuvimos grandes disgustos con un hombre que asaltaba las parejas de enamorados.

»Fue algo muy desagradable. Pusimos hombres en los puntos

estratégicos y le tendimos trampas. Nada dio resultado.

»Cuando el asunto estaba muy grave y nadie se animaba a salir en coche por el parque, nuestro bandido desapareció. Creíamos haber quedado libres de él, cuando en la primavera de mil novecientos treinta y siete los asaltos volvieron a repetirse.

»Varios muchachos formaron una Liga de defensa cuando él empezó a tomarles sus mujeres. Craig era uno de ellos. Eran tres que siempre iban juntos; dos de ellos fueron muertos, el tercero fue herido, pero se salvó. Las cosas se pusieron muy serias. El jefe de policía ordenó capturar a ese pájaro.

»Seguimos poniendo trampas. No caía en ellas. Luego alguien tuvo una idea luminosa. Un sujeto que organizaba regularmente sus asaltos, ¿por qué desaparecía en los meses fríos? Naturalmente, tenía menos ocasiones, pero era más fácil elegir.

»Se nos ocurrió que tal vez se iba a otros sitios durante los meses de invierno. El sitio más indicado era San Diego. Así, buscamos en la Florida.

»Cerca de Miami se habían producido muchos asaltos de enamorados durante el invierno de mil novecientos treinta seis y mil novecientos treinta y siete. Y lo mejor era que tenían un par de rastros, algunas impresiones digitales y algo con lo cual podríamos trabajar.

»Eso nos dio la oportunidad. Pensábamos que este hombre viajaba en automóvil y que éste estaba registrado en California. Que debía ser un lobo solitario y no tenía mujer. Fue un trabajo aburrido. Empezamos a examinar los números de las patentes de los vehículos que, teniendo matrícula de California, habían sido registrados en la Florida y de aquellos que habían entrado en el Estado dos semanas antes de que empezara el primer asalto en Los Ángeles.

»Esto nos dio el primer dato. Encontramos que un coche registrado a nombre de Rixman había cruzado en Yuma, cuatro días justos antes del primer asalto del treinta y siete. Buscamos a esa persona. Era más bien buen mozo y moreno. Hacía algún tiempo que estaba sin trabajo, pero pagaba su alquiler con puntualidad, tenía dinero y dormía mucho durante el día.

»Conducía un “cupé” “Chevrolet” y lo guardaba en un garaje que había en los fondos de la casa dónde vivía. Dos o tres veces por

semana iba al cine, pero otro par de noches salía con el auto.

»La patrona le oía volver muy tarde. Todo eso era en el verano de mil novecientos treinta y siete.

—Naturalmente, de cuatro de esos asaltos sólo uno era denunciado a la policía. A veces el hombre no puede permitir que su nombre salga en el informe oficial. Otras es la joven quien no lo desea. Cuando ha habido violencia es un triste negocio hacer tal denuncia y que los diarios publiquen los detalles.

—¿Era Rixman? —pregunté.

—Ése era el pájaro que buscábamos. Empezamos a seguirlo y a la tercera noche él dirigió su coche hacia el parque de los enamorados, lo estacionó, bajó del coche y anduvo unos trescientos metros, y esperó debajo de un árbol. Eso nos dio todo lo que necesitábamos. Teníamos una mujer detective que se prestó para la trampa. Sorprendimos a Rixman con las manos en la masa. Los muchachos cayeron sobre él, y cuando llegó aquí, a la oficina, estaba como un cordero.

»Se sentó allí, en esa silla. Sabía que todo terminaba para él. En ese momento no le preocupó, pero después tomó un abogado y simuló la locura. Pero no le sirvió de nada.

»Nos dijo que tenía un hermoso par de anteojos. Elegía lugares oscuros, pero donde había un poco de claridad que reflejaba el punto en que los coches se detenían. Estudiaba con detenimiento a sus ocupantes antes de acercarse. Con aquellos anteojos era difícil engañarlo. Sabía cuándo era una trampa, y entonces se quedaba tranquilamente en la sombra y esperaba.

»Lo contó todo. No recordaba los asaltos que había cometido, pero no se olvidaba de aquéllos en que hubo tiros. Siempre juró que no había cometido el de Craig. Los muchachos no le creyeron, pero yo sí. No veía la razón para que mintiera sobre ese punto, cuando lo mismo iban a colgarle.

—¿Le ahorcaron?

—Gas —respondió Randler—. Cuando le condenaron se había vuelto muy rebelde. Después de aquella primera noche no quiso volver a hablar. Consiguió un abogado y éste le dijo que callara. Simularon la locura, tratando de mantener esta actitud hasta el momento de la ejecución, pensando tal vez que conseguiría prórroga. Yo nunca pensé que ahí terminara el caso de Craig.

—¿Cuál era su idea? —le pregunté.

—No tengo ninguna. No poseo prueba alguna, pero le diré lo que podría haber sido.

—¿Qué?

—Esa joven Fenn podría haber estado chiflada por él. Deseaba que se casara con ella y él no quería. Probó todos los viejos ardides y no le resultaron. Él estaba enamorado de otra y pensaba casarse. Se fueron de paseo por última vez. Con un pretexto bajó del coche y, pasando al otro lado, le disparó un tiro. Después de esconder el arma corrió por el camino pidiendo auxilio. Fue algo muy sencillo.

—Podría haber sucedido así.

—La mayoría de los asesinatos —prosiguió el sargento Rondler —, son tan tontos que no hay pruebas. Nada los denuncia. Cuando se preparan más las cosas para escapar de la Ley, es cuando quedan un montón de rastros imposibles de ocultar. El que comete un crimen con éxito es el que tiene una sola cuerda. La sujeta bien, le hace un nudo y luego se aleja.

—¿Y sobre el crimen de Craig?

—No hay más que lo que ha dicho Roberta Fenn.

—¿Qué es?

Abrió el cajón del escritorio y dijo, riendo:

—He hecho traer todos esos papeles después de recibir el telegrama de Nueva Orleans. Ella describe al sujeto como de mediana estatura, llevando un traje oscuro, un sobretodo de fieltro y un antifaz. Que cojeaba, pero que cuando escapó ya no lo hacía, y que no llevaba guantes.

—¿Lo habría hecho usted mejor?

—Probablemente, no. Pero si no fue Rixman quien cometió el crimen, entonces fue ella.

Él sonrió.

—¿Qué le hace pensar así?

—Que fue el único asalto que negó el bandido. Después que se detuvo a Rixman no hubo ningún otro. Si hubiera habido alguien que repitiera la hazaña, aquellos tendrían que haber seguido.

Yo retiré la silla.

—Es mejor que encienda su cigarro antes de que lo haya estropeado de tanto morderlo.

Vi juntarse sus cejas.

—Usted está consiguiendo una gran cantidad de informaciones sin dar ninguna.

—Tal vez no las tenga.

—Y, sin embargo, estoy seguro de que las tiene. Oiga, Donald, le voy a decir algo.

—¿Qué?

—Si anda dando vueltas con esa mujer, le vamos a aplastar.

—¿Qué mujer?

—Roberta Fenn.

—¿Qué hay con ella?

—La policía de Nueva Orleans la busca y al paso que van las cosas nosotros también la buscaremos.

—¿Por qué la buscan?

—Si usted sabe dónde está y la tiene escondida, va a recibir una buena paliza y allí donde duele, y le aseguro que va a ser fuerte.

—Muy bien. Gracias por el dato. —Y salí.

Desde un teléfono del edificio llamé a la oficina. Berta Cool acababa de llegar. Le dije que estaría allí a las dos. Quería saber qué pasaba y le contesté que no podía discutirlo por teléfono.

Fui al hotel. Roberta Fenn dormía. Me senté al lado de la cama y le propuse:

—Hablemos.

—Muy bien.

—Ese Craig… ¿qué me cuenta? ¿Había salido alguna vez con él?

—Sí.

—¿Deseaba usted tal vez casarse con él y el hombre no quería?

—No.

Yo sostuve su mirada.

—¿Se encontraba usted en algún mal paso?

—No.

—¿Conocía la gente con quien él trabajaba?

—Sí, Roxberry, y después que éste murió, los Bienes Roxberry.

—¿Le habló alguna vez de la Compañía?

—No.

Volví a mirarla fijamente.

—Podría estar mintiendo.

—¿Por qué, Donald?

—Si usted y Edna Cutler estuvieron de acuerdo para realizar el

plan con Marcos Cutler, podría encontrarse ante dos asesinatos.

—Donald, le he contado toda la verdad.

—¿Mencionó alguna vez a Edna Cutler?

—No.

—¿Usted no sabía nada de la citación que tenían que presentar a Edna?

—Absolutamente nada. Ya le he dicho que no sabía dónde estaba ella. Yo sólo me instalé allí y tomé su nombre como lo habíamos convenido.

—Lo sé. Ya me lo refirió.

Me puse en pie.

—¿A dónde va?

—A trabajar.

—Yo voy a desayunarme y luego bajaré a comprar algunas ropas. Me siento terriblemente deprimida sin un camisón.

—Mejor sería que no saliera a la calle. Pida que le sirvan aquí las comidas. Compre lo necesario en la tienda de enfrente. No hable por teléfono y suceda lo que suceda, no se comunique con Edna Cutler.

—¿Por qué iba a tratar de comunicarme con ella?

—No lo sé. Sólo le pido que no lo haga.

—No lo haré, Donald. Lo prometo. No haré nada que usted no quiera.

—Volvamos al asesinato.

La expresión de su rostro me dijo lo mucho que le molestaba el tema.

—Lo siento —dije—. Pero tenemos que volver a hablar de esto. Esa figura enmascarada y con sobretodo, ¿cojeaba?

—Es cierto.

—¿Era de mediana estatura?

—Bueno, sí. Más bien… He pensado mucho desde entonces. En aquel momento yo estaba excitada… Pero sin el sobretodo, creo que debía ser más bien delgado.

—Piénselo bien. ¿Podría haber sido una mujer?

—¡Una mujer! ¡Pero si el hombre trató de obligarme…! El…

—Muy bien —le interrumpí—. Eso era una parte de la comedia. ¿Podría haber sido una mujer?

Ella frunció el ceño, diciendo:

—Naturalmente, el sobretodo escondía su figura. Llevaba pantalones y zapatos de hombre, pero…

—¿«Podría» haber sido una mujer?

—Sí —dijo ella—, podría. Pero quiso llevarme con él. Y entonces…

—Eso es todo —observé—. Olvídelo. ¿Está segura de que Craig jamás le dijo nada de Edna Cutler?

—Sí. No sabía que se conocieran. ¿La conocía él?

—No lo sé. Se lo pregunto a usted.

—Nunca me dijo nada.

—Muy bien. Sea una buena chica. La veré a la hora de la cena. Hasta luego.

# capítulo veinte

EL hombre de la oficina del reclutamiento naval no me hizo muchas preguntas. Me dio un cuestionario para llenar. Cuando lo hice, me dijo:

—¿Cuándo quiere ir al examen médico?

—Lo más pronto posible.

—Ahora, si lo desea.

—¡Cómo no!

Fui escoltado hasta una sala interior y me quité la ropa. Me examinaron… y me aceptaron.

—¿Cuánto tiempo necesita para arreglar sus asuntos, señor?

—Veinticuatro horas.

—Muy bien. Vuelva el martes a la una de la tarde preparado para partir.

Le dije que estaría allí y me fui hasta la agencia. Berta echaba fuego de impaciencia.

—¿Dónde demonio te has metido?

—He estado aquí dos veces durante la mañana, pero tú no estabas y yo tenía algo que hacer.

—¿Qué…? —gritó—. Me imagino que echando a perder todo el asunto.

—Espero que no.

Me tendió un telegrama, el cual decía:

*«Felicitaciones para su lechuza. Llego en el avión de las ocho treinta. Espéreme en el aeropuerto».*

La firma era «Emory G. Hale».

—Lo sé —dije—. Yo le telefoneé.

—¿Qué le dijiste?

—Que había encontrado a Roberta Fenn.

—Creía que no querías decírselo.

—Antes no. Ahora sí.

—Los diarios de la tarde —dijo Berta— insertan estos titulares: «Se busca aquí al autor del crimen de Nueva Orleans». Todos hablan de Roberta Fenn. Han desenterrado el hecho de haberse encontrado envuelta en el asesinato de Howard Craig, el muchacho que fue muerto por Rixman; el salteador de enamorados.

—Sí.

—No pareces sorprendido.

—No.

—Lograr de ti información es desesperante —dijo Berta, enojada —. Uno ha de dar más de lo que recibe. Estoy tratando de decirte que ella está en peligro. Si sabes dónde está o si la has escondido, te vas a quemar los dedos.

—¿Qué tal anda el asunto de las construcciones de guerra?

Instantáneamente Berta púsose a la defensiva. Desapareció su manera agresiva. Fue amable.

—Berta tendrá que hablar de eso contigo, querido.

—¿Sobre qué?

—Si alguien te hace preguntas recuerda que, aunque no conoces los detalles, eres la cabeza. Berta no se siente bien desde hace un tiempo. Creo que es el corazón. Tendrá que descansar en ti. Berta ha firmado un contrato; hay mucho dinero en él si vigilamos con atención y no nos dejamos engañar por los carpinteros. Vas a tener que ocuparte de toda la dirección.

—¿A causa de tu corazón?

—Sí.

—No sabía que te molestaba.

—Yo tampoco lo sabía hasta que me vino un gran cansancio y… no creo que sea nada serio, pero me incomoda.

—¿Cómo es eso?

—Palpitaciones después de comer.

—¿Has visto al médico?

—Cuando estoy acostada los latidos hacen temblar la cama.

—Pero dime: ¿has visto al médico?

—¡Demonios, no! —exclamó Berta, enojada—. ¿Por qué me iba a hacer mirar por uno de esos alacranes que no hacen más que

manosearla a una?

—Creía que ellos eran los que podían saber algo.

—Nada de eso.

—Podrías tener necesidad de un certificado médico.

—Cuando llegue ese momento ya veremos. No te preocupes por eso.

—¿Y que tendré que hacer yo en esa empresa de construcciones?

—Berta se ocuparía de eso junto contigo, querido. Pero ahora terminemos con el caso presente. Por si alguien te llega a hacer preguntas, recuerda que yo no puedo soportar ningún esfuerzo, que estoy amenazada de algo muy grave, y que tienes que encargarte de todo el negocio de esas construcciones.

—¿Pero por qué tengo que decir eso?

—¡Maldición! —clamó enojada—. No me fastidies. Dices eso… —Se contuvo a tiempo, y luego prosiguió con naturalidad— porque tú no puedes abandonar a Berta, sobre todo en un momento en que ella ha abarcado demasiadas cosas en su afán de hacer algo por la patria.

—¿Patriotismo?

—«Todos tenemos» que poner nuestra parte —murmuró suavemente.

—Muy bien —dije—. ¿Quieres ir conmigo al encuentro de Hale?

—¿Crees que debo hacerlo?

—Sí.

—Muy bien, querido, lo que tú digas.

Yo me puse en pie bostezando.

—Bueno, tengo cosas que hacer. Vendré a las ocho menos cuarto.

—Estaré esperando —prometió Berta—. Quiero ver el correo de la tarde. Espero un paquete. Cuando lo reciba te mostraré algo bueno. Y entonces verás si Berta no sabe comprar. Mercancía que ya no se consigue, y barata… medias de seda pura. Te quedarás sorprendido.

Me fui a la biblioteca pública y me pasé el resto de la tarde revisando un viejo archivo de diarios (todos los que se referían al asunto del salteador) y especialmente el caso Craig.

Salí a las cinco y media para dirigirme hacia el hotel, pero en Fifth Street entré en un limpiabotas. Compré un diario de la tarde y

me puse a leerlo mientras me lustraban los zapatos.

Los encabezamientos daban alentadoras noticias de la guerra. En la primera página estaban todas las buenas. La segunda era la reservada para las malas, más barcos hundidos… los aliados estaban «volando» las fuerzas del Eje. Éstos «tiraban algunas bombas» sobre los aliados. Y entonces llegué a los avisos personales.

*«Rob. Estoy en Los Ángeles. Tengo que hablar contigo. A pesar de lo que puedan haberte dicho, me preocupo por tus intereses. Habla Herman 6-9544 y pregunta por mí.*
*Edna C.»*

El hombre que estaba lustrándome los zapatos se quedó sorprendido al verme saltar del banquillo y pagarle, diciendo:

—Basta por ahora.

Un taxi me llevó al hotel. Tomé la llave y subía mi habitación. La criada había pasado por allí. Todo estaba arreglado. Pero Roberta había desaparecido. Se veía que había salido a hacer compras, porque encima de la cama había un camisón color azul durazno y dos pares de medias del mismo tono. A los pies de la cama había un paquete y una pequeña maleta sobre la silla. Aquélla estaba vacía y aún tenía el precio. En el suelo había un diario.

Volví a mi habitación y llamando por teléfono dije a la muchacha:

—Mi hermana ha telefoneado a una amiga y ha ido a verla. Me dio el número, pero lo he perdido. ¿Podría mirar en el registro y decirme cuál es el último que se pidió desde esta habitación?

—Espere un momento.

En seguida me lo dio.

—Herman, seis, nueve, cinco, cuatro, cuatro.

—Ése es el número —repetí—. ¿Quiere hacerme el favor de pedirlo de nuevo?

Un momento después dijo una voz:

—Palm View Hotel.

—¿Se aloja ahí Edna Cutler, de Nueva Orleans?

—Espere un momento.

Otros cinco segundos y obtuve la información. La señorita Cutler se había ido hacía unos veinte minutos. No había dejado dirección.

Corté la comunicación, y bajando por el ascensor, fui a una tienda de efectos de viaje y compré una maleta. Volví a subir y metí en ella todas mis cosas. Guardé el paquete que estaba sobre la cama de Roberta, sin abrirlo. También el camisón y las medias. Las cremas y artículos de tocador conseguí meterlos en el maletín que ella había comprado.

Humedecí una toalla y la pasé por todas las partes para quitar las impresiones digitales, por los pestillos de las puertas, espejos, encima del tocador… por todo lo que pensé que ella pudiera haber tocado.

Al terminar, llamé a recepción para que vinieran a buscar el equipaje. Bajé y pagué la cuenta y expliqué al empleado que mi madre había muerto de repente, que nos íbamos a vivir con otra hermana que vivía en Venecia y que estaba desesperada, y no queríamos dejarla sola.

Tomé un taxi hasta Union Deport; después de despedirlo registré el equipaje, puse la póliza en un sobre estampillado, y escribiendo la dirección de mi oficina, lo eché al buzón. Miré el reloj y vi que sólo me quedaba el tiempo justo para ir a buscar a Berta y salir para el aeropuerto.

# capítulo veintiuno

EL avión bajó rugiendo desde el cielo; luego las ruedas tocaron la pista de cemento y el enorme expreso transcontinental aterrizó, y reduciendo su velocidad, giró en ancho círculo, deteniéndose casi delante de la puerta de salida.

Emory C. Hale fue el segundo en bajar. Venía conversando con un individuo de aspecto más bien distinguido, con bigotes grises y monóculo. Tenía demasiado aspecto de banquero para serlo en realidad.

Hale tenía el aire de buen humor, como si hubiera hecho un viaje maravilloso. Cuando nos vio, vino hacia nosotros con las manos tendidas y con su característica sonrisa.

Su saludo para Berta fue apresurado. Toda su atención era para mí.

—¡Lam, estoy encantado de verle! Deseaba que viniera a mi encuentro… Pero perdóneme, estaba olvidando la educación. Señora Cool, ¿puedo presentarle al teniente Pellingham, de la fuerza de policía de Nueva Orleans? Y éste es Donald Lam, teniente.

Nos dimos las manos.

Hale parecía gozar con su papel de maestro de ceremonias.

—El teniente Pellingham es un experto en balística. Se ocupa de casi todo el trabajo técnico del Departamento de Policía de Nueva Orleans. Ha traído aquel revólver, Lam. Yo le conté que usted estaba conmigo cuando lo encontramos y que discutimos si debía ser entregado a la policía o esperar que usted hiciera una investigación en Los Ángeles para saber el estado exacto del caso del asesinato de Craig.

Hale me miró significativamente, como tratando de hacerme comprender que esta conversación preliminar me indicaba la conducta que debía seguir y no contradecir sus declaraciones.

Yo asentí con la cabeza, diciendo:

—Ya me he puesto al habla con el sargento Rondler en el Cuartel General.

—¿Usted no le habló del revólver? —preguntó Hale.

Me hice el sorprendido.

—¡No! Comprendí que debía investigar el asesinato y luego, si se hablaba que el crimen había sido cometido con un arma de ese calibre, avisarle para que usted previniera a la policía.

—Es cierto —dijo Hale, radiante—. Así es como quedamos. Pero usted estaba conmigo cuando lo encontramos, y eso es lo que le interesa al teniente Pellingham. Desea que compruebe la evidencia.

Yo me volví hacia el policía.

—El señor Hale estaba revolviendo el escritorio. Había unos papeles que se notaba que habían caído por detrás de una separación. Cuando empezamos a sacarlos, apareció el revólver.

—Naturalmente que usted pudo identificarlo —preguntó el teniente Pellingham.

—Era un treinta y ocho de acero —aclaré—. No recuerdo de qué fábrica. Este…

—Ése no es el punto que interesa. A lo que voy es a que usted pueda identificar «el revólver que vio allí».

Yo lo miré impávido.

—Yo no puedo decirle con certeza la clase de revólver que era.

—¿Pero no puede decirme si la pistola que tengo en la mano es la misma?

—Naturalmente que es la misma —dijo Hale.

Yo titubeé un instante, diciendo luego:

—Es claro que ninguno de los dos tomamos el número de la serie, ni nada de eso. Lo vimos simplemente y luego lo volvimos a dejar allí, y si Hale dice que es el mismo, yo estoy de acuerdo.

—Naturalmente que es el mismo —protestó Hale—. Eso puedo asegurarlo.

Pellingham observó:

—Lo que necesitamos es alguien que lo asegure ante un jurado.

—Podemos hacerlo —dijo Hale, confiado.

Yo murmuré, dirigiéndome a Pellingham.

—Si usted lo tiene, tal vez yo pueda identificarlo. Y si es así podríamos ponerle las iniciales.

—Es una excelente idea —dijo el otro—, y cuando usted esté en el banquillo de los testigos, se guarda muy bien de decir que lo tiene marcado. ¿Me comprende?

—No estoy seguro.

—El fiscal de distrito expondrá sencillamente: «Señor Lam, aquí tenemos un revólver que lleva grabadas las iniciales D. L. ¿Sabe quién las puso?». Entonces usted dirá: «Yo». Le preguntarán: «¿Por qué?». Y usted responderá: «Para poder identificarlo». Entonces dirán: «¿Es éste el revólver que usted vio en un escritorio de un departamento de Nueva Orleans?», etcétera, etcétera.

—Comprendo.

—¡Espléndido! —dijo Hale—. Los dos grabaremos nuestras iniciales.

Pellingham nos llevó a un rincón de la sala de espera.

—Lo haremos en seguida —murmuró—, pues yo voy a ir inmediatamente al departamento de policía, para tirar unas balas de prueba y compararlas con la que mató a Craig.

Nosotros lo observamos mientras ponía una pequeña maleta sobre sus rodillas y la abría sacando de ella una cajita de madera. Levantó la tapa, y sujetó por el mango con cordones que pasaban por los agujeros hechos en la madera, estaba el revólver de calibre treinta y ocho que la agencia me había proporcionado unos meses antes.

—Aquí está —dijo Hale enfáticamente—. Éste es el que se encontraba allí. Y apostaría uno contra diez a que ésta es el arma que mató a Craig.

—Grabe sus iniciales —dijo Pellingham, pasándole un cortaplumas.

Hale lo hizo en la culata del revólver.

Pellingham me lo tendió.

Yo lo miré por todos los lados.

—Me parece que es el mismo. Naturalmente que yo no tomé el número de la serie. Pero por lo que puedo ver…

—¡Pero, Lam! Naturalmente que es el mismo. Usted lo sabe bien.

—Creo… bueno, lo parece…

Pellingham me indicó:

—Ponga sus iniciales. —Y me entregó el cortaplumas.

Berta miraba el arma y me miraba a mí. Su expresión era un

estudio.

Hale estaba radiante.

—Ahora usted ha identificado este revólver —dijo Pellingham—. No se retracte y no deje que ningún abogado lo confunda cuando se haga la comprobación.

Por medio de un altavoz dijeron:

—Un telegrama para el teniente Pellingham de la fuerza de policía de Nueva Orleans. Diríjase a la taquilla, por favor.

—Discúlpenme —dijo éste, y cerrando la maleta, fue a la ventanilla.

—Me alegro de que haya identificado ese revólver —dijo Hale —. Debimos haber tomado el número de la serie cuando lo encontramos.

—Me sorprende que no hayas pensado en eso, Donald —me reprochó Berta.

—Es una sabia lechuza, señora Cool, pero hasta ellas alguna vez cierran los ojos. Es el único paso en falso que ha dado.

Hale se echó a reír.

—Las lechuzas no parpadean —lo interrumpió Berta, mirándome fijo.

Pellingham se acercaba apresuradamente con un telegrama en la mano.

—Lam, ¿tomó usted un avión desde Fort Worth, el sábado por la noche?

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Lo tomó usted?

—Sí.

—Muy bien, Lam. Le voy a pedir que venga al cuartel general conmigo… ahora mismo.

—Lo siento —dije—. Tengo otras cosas que hacer. Y son importantes.

—A mí no me importa lo que tenga que hacer. Va a seguirme.

—¿Tiene autoridad para eso?

Pellingham metió la mano en su bolsillo del pantalón. Yo creí que iba a mostrarme una estrella. Pero sacó una moneda.

—¿Ve esto? —dijo—. Es mi autoridad.

—¿Diez centavos?

—No. Cuando deje caer esta moneda en un teléfono, pague y

llame al cuartel general de policía, tendré toda la autoridad necesaria para que me apoye en todo lo que haga.

Sentí que los ojos de Hale me abrasaban, vi que los de Berta brillaban de intensa concentración y la fría determinación de los grises ojos de Pellingham.

—¿Va a venir conmigo ahora? —preguntó.

—Empiece por echar su moneda —le contesté, dirigiéndome hacia la salida.

Berta Cool y Hale se quedaron como petrificados, mirándome como si yo hubiera dejado caer una máscara y fuera ahora un extraño.

Pellingham lo tomó como una cosa muy natural. Debía esperarlo, ya que había empezado a hablar. Tranquilamente se dirigió a la cabina telefónica.

Afuera estaba el coche de la agencia. Yo salté en él. Tuve que dar un rodeo para perderme; subí por Burbank hacia Van Nuys, luego bajé por el bulevar Ventura, después por Sepúlveda hacia Wilshire y llegué a Los Ángeles. Sabía que Pellingham me haría cerrar todos los caminos, dando las señas del coche de la agencia.

# capítulo veintidós

NO tuve tiempo para esconder el coche de la agencia, lo dejé sencillamente en una plaza de estacionamiento, cerca de Palm View Hotel.

Fui allí, busqué al portero y saqué un par de dólares de mi bolsillo.

—¿Puedo servirle en algo? —me preguntó.

—Deseo una información que vale dos dólares.

—Diga usted.

—Esta tarde se fue del hotel una joven que figuraba inscrita con el nombre de Edna Cutler.

—Muchas se han ido hoy.

—Usted debe recordarla, porque es una morenita de linda figura.

—Sí, me parece haberla visto llegar. Pero no cuando se ha ido.

—No debía tener mucho equipaje. Estaba con ella otra joven morena, de ojos castaños. Llevaba un vestido negro con cinturón y sombrero rojos y…

—Ya sé. Tomaron el coche de Joe Miller.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Ahora debe estar afuera. Tiene su parada fija.

Yo le entregué al muchacho los dos dólares.

—Venga —dijo—, yo se lo voy a presentar.

Éste escuchó. Y entornó los ojos tratando de pensar.

—Sí, recuerdo a esas dos damas —murmuró—. Pero no sé bien adónde las llevé. Era una pequeña casa de departamentos por Thirtyfifth Street. No recuerdo el número. Podría llevarlo hasta allí y…

Yo ya había abierto la portezuela antes de que él pudiera ver que llevaba un pasajero.

—No se preocupe por la velocidad —le dije.

—¿Quién lo dice? —preguntó—. ¿Un oficial?

Yo saqué mi carnet.

—Muy bien.

Salimos volando. La señal de la esquina cambió en el momento justo de ponernos en movimiento. Miller consiguió dar una vuelta adelantándose a la ondulante muchedumbre del tránsito en contra. Corrimos tres manzanas antes de que otra señal cambiara y el hombre dobló hacia la derecha y por allí vislumbró una señal abierta a la otra manzana, entonces dobló a la izquierda y aceleró.

Una sola vez tuvo que detenerse. Después siguió todo el recorrido sin una interrupción en el camino. Luego se detuvo delante de una casa de departamentos de dos habitaciones, sin pretensiones… del tipo corriente de las construcciones de ladrillo, cuya fachada habían tratado de renovarla con un revestimiento de estuco blanco y tejas rojas.

—Es aquí —dijo Miller.

Le entregué un billete de cinco dólares.

—¿Quiere que espere?

—No. No es necesario.

Consulté el tablero de la puerta. Estaba lleno. Las tarjetas, sin embargo, aparecían ligeramente rozadas. Algunas eran impresas.

Pero no había ningún nombre que ni remotamente se pareciera al de Edna Cutler.

Toqué el timbre para llamar a la encargada. Un minuto después apareció en la puerta.

Le dediqué una de mis más graciosas sonrisas.

—Dos damas que ahora acaban de llegar me han llamado para el seguro de un automóvil. Vengo del Auto Club of Southern California. Deseaban conseguir las patentes y un seguro.

—¿Usted habla de las jóvenes de Nueva Orleans?

—Sí.

—¿Por qué no llama allí? Están en el número dos setenta y uno.

—Perdone. Debí haber confundido la numeración. No tenía el nombre, y mal marcado, tengo dos diecisiete. Y no me contestaban.

Le sonreí mientras ella seguía reflexionando y empecé a subir.

El corredor estaba a oscuras. Una raya de luz salía del departamento 271. Yo probé el picaporte sin hacer ruido.

La puerta estaba cerrada por dentro.

Golpeé y no pasó nada. Llamé otra vez y entonces se oyó un ligero movimiento detrás de la puerta, luego pasos apagados y la voz de Edna Cutler que preguntaba:

—¿Quién está ahí?

—El inspector de la electricidad para revisar la instalación.

—Bueno, pero ahora no puede entrar.

—Es una ordenanza municipal. Tengo que revisar la instalación antes de que se haga uso de la luz.

—Ya la tenemos encendida.

—Será cuestión de un momento. Si no tendré que cortarles la luz.

—Vuelva de aquí a una hora —dijo, alejándose.

Llamé tres veces más y no obtuve respuesta.

Miré a mi alrededor encontrando a mitad del corredor el cajetín de los fusibles. Hice un pequeño experimento; destornillé uno de ellos y me lo metí en el bolsillo. Me acerqué a la puerta y vi que ya no había luz en el departamento 271.

Despacio, levanté el pestillo sosteniéndolo.

Por un momento todo quedó en silencio, luego oí voces dentro de la habitación. Se acercaban a la puerta.

Edna Cutler decía:

—¡Ese estúpido! ¡Creí que era mentira; y ahora nos ha cortado la luz!

Oí el ruido del cerrojo que se corría.

No esperé más. Apoyé el hombro contra la puerta y la sentí ceder bajo mi peso. Entré como en tromba.

La habitación estaba a oscuras, pero por la ventana entraba bastante claridad de un letrero rojo que había en la esquina.

Al abrirse la puerta, Edna, que casi pierde el equilibrio, consiguió sostenerse. Llevaba un par de pantaloncitos y un corpiño. En el fondo, en un rincón del departamento, se veía otra figura. Por su exclamación supe que era Roberta.

—Le dije que no se comunicara con Edna —la reprendí.

—Yo… Usted no comprende, Donald. Tenía que verla.

—¡Dios mío! —dijo Edna Cutler—. ¿Otra vez el detective?

—El mismo.

—¿Qué le ha hecho a la luz?

—He sacado un fusible.

—Bueno. Póngalo otra vez.

—¿Y encuentro la puerta cerrada cuando vuelvo?

—¿Qué quiere usted?

—Usted ya lo sabe. Yo…

—¿Qué es? —preguntó Edna Cutler, casi en un murmullo al interrumpirme yo bruscamente.

—Tranquilícese —dije con calma—. Temo que él las haya seguido.

Por el corredor se acercaban unos pasos, eran lentos y tranquilos, sin vacilaciones, como los pasos del verdugo al dirigirse a la celda del condenado.

Edna Cutler dijo:

—Nadie.

—¡Cállese…!

Y salté hacia la puerta tratando de cerrarla. Tropecé con un taburete. Los pasos se acercaban. El que caminaba parecía un hombre cojo.

Éste llegó a la puerta antes que yo; llevaba un sobretodo con el cuello levantado y un sombrero con el ala baja. No era ni muy alto ni muy grueso.

Roberta Fenn dio un grito.

El hombre empezó a hacer fuego antes de que yo tuviera tiempo de hacer algo. Un tiro a Roberta, luego el arma se volvió hacia Edna. Yo ya estaba a su lado. Entonces, él, al darse cuenta de que no podía perder aquel tiro, volvió hacia mí el revólver… yo oí el estallido y sentí el fogonazo que me rozó el rostro. No me había dado y me prendí en su mano.

Mis antiguas lecciones de «*jiu-jitsu*» me sirvieron entonces. Giré dándole la espalda y sujetando su muñeca le torcí el brazo tirando por encima del hombro. Me incliné bruscamente hacia delante. Y así tuve la fuerza necesaria para mandarlo por encima de mi cabeza, al medio de la habitación.

En el vestíbulo todo era alboroto. Las mujeres gritaban. Dentro del departamento, Roberta Fenn sollozaba suavemente, mientras Edna echaba maldiciones.

El revólver, al caer el hombre, había quedado en mi mano.

Una voz dijo en el corredor.

—¿Qué pasó? ¿Qué ha sucedido?

Yo salté por encima del cuerpo tendido y me asomé por la ventana, mirando hacia abajo en la oscuridad rojiza por la luz del letrero luminoso.

Detrás de mí había cada vez más movimiento. A lo lejos se oían las sirenas de la policía.

Uno de los hombres más arriesgados había entrado ahora en la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué pasa aquí?

Yo le contesté por encima del hombro:

—Alguien ha tratado de matar a estas mujeres. Las luces están apagadas.

—Creo que debe haber sacado el fusible del corredor. Vea si consigue una luz.

Me incliné más por la ventana y miré hacia arriba.

Allí había una cornisa de ladrillos de tres pulgadas de ancho. Me subí a la ventana y extendiendo la mano por encima de mi cabeza, puse con todo cuidado el revólver sobre los ladrillos. Luego me bajé entrando de nuevo en el cuarto. Un momento después vino la luz.

—¿Está arreglada? —preguntó la voz del hombre desde el corredor.

—Muy bien —grité.

El asaltante estaba sólo desmayado. Su blanco sombrero de fieltro estaba un poco más lejos. Los faldones del sobretodo se habían doblado para arriba, quedando bajo su cabeza.

Y era Marcos Cutler.

# capítulo veintitrés

ESTABAN en la oficina de Rondler y una brillante luz iluminaba todos los rostros. Una estenógrafa tomaba todas las palabras que yo decía. Dos detectives allí sentados me observaban con esa concentración interesada que se ve en el rostro de los jugadores de póker.

Edna Cutler y Roberta Fenn ocupaban sillas en un lado de la sala y Emory Hale estaba sentado al lado de Berta.

Rondler dijo:

—Por lo que se ve usted localizó a Roberta Fenn en Shreveport y se la trajo a Los Ángeles.

—¿Tiene usted alguna objeción que hacer? —pregunté.

—La policía de Nueva Orleans la buscaba.

—A mí no me lo dijeron.

—Usted sabía que todos los diarios trataban de descubrir qué había sido de ella.

—Yo no sabía que los diarios tuvieran derecho de prioridad. Yo sabía que su vida estaba en peligro. Deseé proporcionarle una salida.

—¿Cómo sabía que estaba en peligro?

—Porque ella estaba en relaciones con Edna Cutler y si la policía las encontraba, ambas sabían demasiadas cosas.

—¿Usted quiere decir cosas referentes a la muerte de Craig?

—Eso es otro asunto.

—Cutler había estado haciendo negocios con Roxberry en explotaciones de petróleo. Y lo tenía todo a nombre de su mujer. Así las cuentas aparecían en los libros como Edna P. Cutler, aunque ésta no estaba enterada de eso y Roxberry nunca lo había sabido. Una parte del dinero que estaba a nombre de Edna era en realidad de Roxberry. Se trataba de explotaciones de petróleo. Éste murió.

Salieron a relucir los pozos. Pero como eran negocios particulares, no había papeles que lo comprobaran. Marcos no hizo más que callar. Así podría quedarse con medio millón de dólares y conseguir un decreto de divorcio, alegando que los bienes que estaban a nombre de Edna habían sido colocados así, por conveniencias, para que no estuvieran a nombre de él, pero que en realidad eran de su propiedad particular, adquiridos con fondos que tenía antes de casarse.

El sargento Rondler empezó a golpear el escritorio con los dedos.

—Lo demás es muy sencillo —proseguí—. Craig empezó a sospechar del robo. Cutler había ido demasiado lejos para echarse atrás. Esperó hasta que Craig saliera una noche con Roberta, y disfrazándose de salteador, lo mató.

»Edna Cutler creía que Roberta sabría algo que pudiera ayudarla. La siguió hasta Nueva York y la perdió, encontrándola otra vez en Nueva Orleans. Allí trabó relación con ella y con Nostrander. Éste le dio un ingenioso consejo para devolver la pelota a su marido. Edna lo siguió al pie de la letra. No le contó nada de lo que pensaba hacer y Cutler cayó en la trampa. Después, cuando Edna se lo dijo, él se dio cuenta de que tenía que hacer desaparecer el testimonio de Roberta Fenn y obligarla a confesar que todo había sido una conspiración. Si él conseguía hacerlo, podría reunir un jurado que manifestara que Edna había mentido al declarar que no había recibido la citación de divorcio. Éste era el único camino que le quedaba.

—Cutler confiesa eso —dijo Rondler—, pero nada más que eso.

—Él contrató a Hale. Pensó que un abogado de Nueva York podía armar con más facilidad aquel embrollo que uno de Los Ángeles, pero hizo que éste, a su vez, contratara a una agencia de Los Ángeles. Mientras tanto, Hale había localizado a Edna Cutler, y por intermedio de ella a Roberta Fenn. Había tratado de descubrir algo de ella y no había podido conseguirlo, entonces se volvió hacia nosotros. De Edna Cutler no pudo saber nada, pues ésta estaba siempre prevenida.

—¿Y lo que se refiere a los diarios y al revólver?

—Los primeros tal vez Roberta los dejó allí. Otra persona los encontró y puso el revólver.

—¿Por qué?

—Para que la cosa fuera más real.

Rondler dijo:

—El arma no está de acuerdo. La bala que mató a Craig no fue tirada con ella.

Yo asentí.

—Espero —dijo Hale— que no va a insinuar que yo la metí allí.

Yo lo miré.

—Usted ha sido un ingenuo, pretendiendo haber salido para Nueva York en avión la noche que quería liquidar a un enemigo.

—¿Qué quiere usted decir? —chilló.

—Yo no sé lo que pensaba hacerle a Nostrander. Tal vez quería asustarle, hacerle una proposición o fingirse un agente federal. Probablemente iba a ofrecerle dinero. De cualquier manera quería tener una coartada. Nostrander se quedó demasiado tiempo en el departamento de Roberta Fenn. Usted le siguió hasta allí sin poder imaginarse por qué se quedaban allí tanto tiempo, pues usted sabía que la joven no estaba. Alrededor de las dos y veinte de la madrugada, comprendiendo que no podía dejar pasar más tiempo sin verlo, se decidió a subir para ver lo que pasaba.

—Yo no hice nada de eso —exclamó Hale.

—Es claro —dije, volviéndome hacia Rondler— que quiera negarlo, habiéndose cometido el crimen a las dos y media.

—¿Tiene alguna prueba? —preguntó éste.

Señalé con la cabeza a Roberta Fenn.

—Este hombre —dijo ella— subió a mi departamento.

Yo le sonreí a Hale.

—Eso no es verdad —protestó—. Es un caso de identidad equivocada. Debo tener un doble.

Rondler seguía tecleando con los dedos.

—¿Qué sucedió allá arriba? —me preguntó.

—¿Dónde?

—En el departamento de Roberta Fenn, cuando subió y se encontró con Nostrander.

—Yo no lo sé. Hale es el único que puede estar enterado de ello. Procure que se lo diga.

—Le he dicho que yo no subí —gritó Hale de nuevo.

Rondler preguntó a Edna:

—¿Cómo pudo ponerse al habla con Roberta Fenn?

—Puse un aviso en el diario.

—¿En los diarios de Los Ángeles?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensé que su vida estaba en peligro y deseaba protegerla.

—¿Dónde estaba ella? ¿Dónde había habitado aquí en Los Ángeles?

—No lo sé.

Rondler se volvió hacia Roberta.

—¿Dónde estaba usted?

—En un hotel —dijo ella—, pero me es imposible decirle el nombre.

—¿Sabe dónde era?

—No. Era… Estaba oscuro cuando llegué.

—¿Y llegaba sola?

—No. Estaba con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sé. Era una amistad que había hecho en el camino.

Rondler me miró haciéndome una mueca.

Yo no dije nada.

—¿Por qué huyó de la policía de Nueva Orleans? —me preguntó Rondler un momento después.

—Porque tenía un trabajo que realizar.

—¿Qué era?

—Quería encontrar a Roberta Fenn.

—¿Para qué?

—Porque yo también pensaba que estaba en peligro.

—¿Por qué?

—Porque Marcos Cutler había encontrado al procurador de Nueva Orleans, bien convencido de haber entregado la citación a Edna Cutler. En esas circunstancias, todo lo que le restaba hacer era sacar a Roberta del camino entonces constaría contra Edna la declaración del que había entregado las citaciones. Y el jurado se inclinaría ante aquel testimonio.

Rondler dijo:

—Es una buena teoría. Lo malo es que no tenemos pruebas contra nadie. Marcos Cutler cuenta que usted es el que tiró sobre él

y que él sólo había subido a ver a su esposa. Que no tocó ningún fusible y que la puerta estaba abierta. Que hizo usted fuego cuando él entraba y luego, en la oscuridad, lo agarró y lo tiró de cabeza.

—Fue él el que tiró —dije.

—Bueno —dijo Rondler, irritado—, ¿y dónde está el revólver?

—La ventana estaba abierta. En la lucha debió saltar por ella.

—Uno de los inquilinos dijo que usted la había abierto.

—Yo fui a la ventana y miré hacia afuera. Por eso se han confundido. Usted sabe cómo se pone la gente.

Rondler le dijo a Hale:

—¿Con quién demonios cree que estoy hablando?

Hale dijo con dignidad:

—Yo estaba en Nueva York. Mire el registro de pasajeros.

Yo sonreí a Rondler.

—Revise los registros de la Compañía de aviones y encontrará que el hombre que realizó el viaje a Nueva York pesaba ciento cuarenta y seis libras; y Hale pesa por lo menos doscientas. Esas señas corresponden a Marcos Cutler.

—¡Es un absurdo! —gritó Hale—. Los registros estarán equivocados.

Yo encendí un cigarrillo.

Rondler dijo:

—Bueno, creo que eso es todo. Ustedes se pueden ir, pero que nadie abandone la ciudad sin mi consentimiento. Todos ustedes están bajo custodia como testigos materiales y serán vigilados.

Salimos al corredor. Hale le dijo a Roberta Fenn:

—Siento haberla engañado. Yo me relacioné con Edna Cutler y conseguí que me diera una carta de presentación para usted. Comprenda que yo…

—Sí, sí; ya lo veo —dijo Roberta—. En la vida hay de todo.

Yo bostecé desperezándome.

—Bueno, estoy cansado —dije—. Me voy a mi casa a meterme en la cama.

Berta me miró con un brillo intenso en su mirada.

—Permíteme hablar contigo un momento, Donald —dijo Berta.

Y pasando su brazo bajo el mío me llevó hacia un lado. Su voz era maternal.

—Ahora, Donald, debes dormir. Tú estás en todo.

—Sí, por eso levanto la reunión.

Ella me dijo en voz baja:

—Si vas a buscar el revólver para hacerlo desaparecer, es peligroso. Dime dónde está para que yo vaya a buscarlo.

—¿Qué revólver? —pregunté.

—No seas tonto —dijo Berta—. ¿Crees que no reconozco un arma de la agencia? ¿Dónde está el otro?

—En mi departamento, en el cajón de arriba de mi tocador.

—Muy bien. ¿Dónde quieres que lo ponga?

—En cualquier parte. Debajo de las ventanas de Edna Cutler. No dejes rastros.

—Confía en mí —murmuró Berta—. Creo que te vigilan. ¿Y el que empleó Cutler, está escondido?

—Por un tiempo… creo que sí. Después ya veremos.

Roberta Fenn se nos acercó.

—¿Puedo interrumpirles un momento? —preguntó.

—Sí. Ya hemos terminado —dijo Berta.

Los ojos de Roberta eran acariciadores. Me tendió las manos.

—¡Querido!

# capítulo veinticuatro

EL teniente Pellingham entró en la oficina pisando fuerte el martes alrededor de la una menos cuarto. Elsie Brand me previno que allí estaba y yo fui a hablar con él.

—Espero que no estará enojado conmigo, Lam.

—No, si no lo está usted.

—Debería haberme dicho que estaba tratando de proteger a Roberta Fenn porque la creía en peligro.

—Entonces usted la hubiera tomado bajo custodia y la habría devuelto a Nueva Orleans.

—Bueno —confesó al fin—, tal vez haya algo de eso.

—Para no decir nada de Edna Cutler —proseguí.

—Lam —dijo él—, usted es muy reservado. Desearía que me dijera exactamente qué sucedió en Nueva Orleans.

—¿Se refiere a Nostrander?

—Sí.

Yo miré el reloj y dije:

—Tengo una cita de aquí a doce minutos. Emplearé diez minutos en llegar hasta allí y quiero estar a la hora. ¿Qué dice si nos ponemos en camino? Podremos hablar mientras tanto.

—Muy bien. Le agradeceré cualquier dato que me pueda dar. Mi misión ha resultado un desastre. Lousiana puede pedir la extradición de Roberta Fenn, pero no lo creo, por las pruebas que hay ahora. Si pudiera volver con este crimen descubierto, me habría ganado un buen ascenso.

—Muy bien, vamos.

Tomé mi sombrero y acercándome al escritorio de Elsie Brand, le tendí la mano.

—¿Te vas? —me preguntó mirándome sorprendida.

—Sí. Estaré ausente algún tiempo.

—Parece una despedida.

—¡Oh, volveré!

Salimos. Ella me siguió con los ojos hasta que se cerró la puerta.

Cuando bajábamos del ascensor nos encontramos con Berta Cool. Ésta sonrió amablemente a Pellingham.

—¿Te enteraste de las noticias, Donald? —me preguntó.

—¿Qué?

—El sargento Rondler encontró el revólver que Cutler había empleado y que fue tirado por la ventana del departamento de Edna Cutler. Una bala de prueba dijo que era el mismo que mató al joven Craig. Cutler protesta, pero ahora se lo llevan a la ciudad.

—Eso está bien.

—¿A dónde van ustedes dos? —preguntó Berta.

—A pasear. Ven con nosotros. Pellingham dijo que deseaba hablarme.

Ella miró hacia el ascensor como si titubeara.

—Quería ir a la oficina primero. He encargado un montón de medias de seda pura. Deseo ver si han llegado. Pero voy a ir mejor con ustedes.

Caminamos los tres de frente, Berta a un lado, Pellingham en el medio, mientras o iba del lado de afuera.

Pellingham me dijo:

—¿Usted cree realmente que Hale subió al departamento a las dos y media de la mañana?

—Estoy seguro que sí. ¿Qué ha descubierto de nuevo acerca de él?

—Que no era abogado —dijo riendo.

—Yo nunca creí que lo fuera. ¿Detective privado?

—Sí. Gerente de una agencia de detectives de Nueva York. Cutler lo empleó para conseguir alguna confesión de Roberta Fenn. Para decirle la verdad, creo que fue él quien puso esa prueba contra ella en el departamento de Nueva Orleans, esperando poder hacer presión sobre Roberta amenazándola con abrir de nuevo el antiguo caso de asesinato y que ella apareciera como culpable. El precio de su silencio habría sido el dar el testimonio de que había conspiración entre ella y Edna Cutler.

—Muy bien razonado —dije.

—Donde fracasaron —prosiguió Pellingham— fue al no

percatarse de que el revólver que habían metido en el escritorio sería probado para saber si era el que había tirado la bala asesina.

—Naturalmente —dije—. Si Roberta se hubiera inclinado ante lo que ellos querían, le hubieran devuelto los recortes y el revólver.

—Tiene razón. Yo no lo había pensado.

—Tal vez lo único que querían era hacer presión.

—Hay algo en todo eso —dijo Pellingham—. Hay muchas cosas que usted podría aclarar.

—¿Qué cosas?

—Deme algún dato sobre el cual yo pueda basarme en el asesinato de Nostrander. ¿Fue Hale el asesino?

Yo miré mi reloj. Faltaban cinco minutos para la una.

—Le diré una cosa —anuncié mientras esperábamos que cambiaran la señal del tránsito—. Berta Cool y yo fuimos los primeros en descubrir el cuerpo.

—¡Qué! —exclamó sorprendido.

—¡Donald! —protestó Berta.

—Está bien —cedí—; a nosotros no nos toca. Ya hicimos nuestra declaración. Soy yo el que llamó a la policía por teléfono para prevenirles y que obrasen.

—Cuénteme lo demás —dijo Pellingham, mientras seguíamos andando.

—Llamamos al timbre del departamento de Roberta Fenn. Alguien nos abrió la puerta desde dentro. Al llegar al departamento encontramos que estaba abierto y allí se veía el cuerpo de Nostrander. Yo hice retroceder a Berta pensando que el asesino estuviera aún en el departamento.

Pellingham asintió.

—Pero no estaba allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nosotros nos quedamos vigilando la casa. Éste no salió. Nadie dejó aquel edificio, no siendo una mujer de cierta edad. Luego vino la policía.

Pellingham dijo:

—Eso es lo extraño. Después que ésta recibió aquel aviso por teléfono, fueron allí dos detectives. Llamaron al departamento de Fenn y alguien abrió la puerta. Subieron y en el departamento no había nadie.

—La noche que fui yo a ver a Roberta Fenn, Nostrander golpeó la puerta. No había llamado desde abajo. Roberta me despidió y me dijo que mejor era que me fuera. Yo salí enseguida. Cuando llegué a la calle, miré para todos los lados. No vi a Nostrander por parte alguna.

—Pero ¿cuál es la respuesta? —dijo Pellingham.

—Nostrander debía tener otra relación en la casa, alguien que él visitaba regularmente. Lo razonable es suponer que sería alguna muchacha y que cuando ella se dio cuenta de que Nostrander estaba todavía enamorado de Roberta Fenn, se puso celosa. Marilyn Winton tenía el departamento enfrente del de Roberta.

»Después del asesinato, varias personas vinieron a esa casa, llamaron por el timbre de Roberta Fenn y a todas les abrieron desde arriba. Si ésta hubiera vuelto a su departamento, hubiese sido muerta, pero todos los otros que entraron no encontraron a nadie. Lo que han descuidado es el hecho de "que el inquilino de cualquier departamento puede oprimir el botón que abre la puerta de la calle".

Pellingham echó una maldición.

—Marilyn Winton contó haber oído el tiro a las dos y media —observé—. Fue la única que lo oyó. Creo que si interrogan bien a Hale, descubrirán que a las dos y media todavía se encontraba conversando con Nostrander. Supóngase que después que él se fue haya entrado en el departamento Marilyn Winton.

—Pero ella oyó el tiro a las dos y media.

—Ella lo «dice». Si yo tengo intención de entrar en el departamento de alguien a matarlo, a las tres, me prepararía una buena coartada, diciendo a mis amigos, al llegar a la puerta de la calle, que había oído un tiro. ¿No es cierto?

Pellingham siguió mirándome como si acabara de quitarle una venda de los ojos.

Dio un silbido, tomando una rápida decisión.

—Muy bien, va a volver conmigo a Nueva Orleans.

—Eso es lo que «usted» cree —le dije y, subiendo unos escalones, crucé la puerta de la Oficina de Reclutamiento de la Armada antes de que ninguno de los dos se diera cuenta de que me iba.

Le dije al empleado que estaba en el escritorio:

—Donald Lam, que llega a incorporarse.

—Muy bien, marinero. Pase por esta puerta. Allí en el fondo hay un ómnibus que espera. Suba en él.

Berta y Pellingham se atropellaban por entrar. Éste último se había olvidado de sus buenas maneras.

Un hombre de uniforme les presentó una bayoneta. Ellos se quedaron inmóviles, como imágenes en pantalla.

Pellingham me señaló:

—Quiero a ese hombre.

El que estaba detrás del escritorio dijo:

—También lo quiere el tío Sam.

Yo me volví, tirándole un beso a Berta.

—Te mandaré una tarjeta postal desde Tokio —le grité y crucé la puerta.

# capítulo veinticinco

LEÍ el final de todo el asunto en el diario cuando me acercaba a San Francisco, en un tren lleno de jóvenes americanos que iban a pelear.

Hale lo había confesado todo en cuanto se dio cuenta de que no iba a ser colgado por asesinato. Él había estado siguiendo a Nostrander. Todo le había fracasado. Quería que éste confesara que lo de la presentación de los papeles a otra mujer era un infundio. Lo encontró en el departamento de Roberta Fenn, pero Nostrander estaba borracho. Hale estaba dispuesto a ofrecerle un millar de dólares y como no deseaba que lo encerraran por estafa en caso de que Nostrander los rechazara, se había preparado una coartada que lo hacía aparecer como saliendo esa noche para Nueva York, en avión.

Marilyn Winton había sido detenida. La policía la acusaba. Marilyn había estado tratando de que Nostrander se casara con ella. Éste era el famoso asunto amoroso que la hacía mirar al mundo con encono.

Marcos Cutler había confesado el asesinato de Craig, pero insistía en que aquel revólver había sido puesto allí por la policía. Alegaba que el arma del crimen él la había escondido en Nueva Orleans, en el departamento de Roberta Fenn.

Cuando el tren entró en San Jorge, donde se detenía veinte minutos, le mandé un telegrama a Berta. Decía:

> *«Edna Cutler aceptará una cuenta de diez mil dólares porque hemos aclarado las cosas. Las medias de seda no se fabrican en el Japón. Te mandaré una flor de cerezo. Cariños».*

El empleado de la Western Union contó las palabras, tomó el dinero y dijo:

—¿Desea poner dirección, señor Lam, para la respuesta?

—Envía: la Armada de Estados Unidos, Tokio —contesté muy serio.

Y el funcionario así lo puso.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
*Youth's*

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.